

Annotation

De donde son los cantantes, segunda novela de Severo Sarduy, supuso el inicio de la etapa de más plena madurez del escritor y el despliegue total de elementos y recursos expresivos que configuraron uno de los mundos más personales, creativos y poéticos de la narrativa contemporánea en lengua castellana.

Como escribe Roland Barthes en el revelador ensayo que precede a modo de prólogo, a la presente edición: «Cubanas, chinas, españolas, católicas, drogadas, teatrales, paganas, circulando desde las carabelas a los self-services y de un sexo a otro, las criaturas de Sarduy van y vienen a través de un cristal de un parloteo depurado que le pasan al autor, demostrando así que no hay tal cristal, que no hay nada que ver detrás del lenguaje [...] El texto de Severo Sarduy posee todos los adjetivos que forman el léxico del valor literario: es un texto brillante, ágil, sensible, divertido, inventivo, sorprendente y sin embargo claro, y hasta cultural, y constantemente afectuoso».

De donde son los cantantes

Severo Sarduy

ASALAMANDRA **CURRICULUM CUBENSE**

Plumas, sí, deliciosas plumas de azufre, río de plumas arrastrando cabezas de mármol, plumas en la cabeza, sombrero de plumas, colibríes y

frambuesas; desde él caen hasta el suelo los cabellos anaranjados de Auxilio, lisos, de nylon, enlazados con cintas rosadas y campanitas, desde él a los lados de la cara, de las caderas, de las botas de piel de cebra, hasta el asfalto la cascada albina. Y Auxilio rayada, pájaro indio detrás de la lluvia.

—¡No puedo más! —chilla, y abre un hueco en las migas de pan.

—¡Revienta! —es Socorro la que habla— Sí, revienta, aguanta, muérete, quéjate al estado, quéjate a los dioses, drop dead, cáete abierta en dos como una naranja, ahógate en cerveza, en frankfurter chucrute, jódete. Conviértete en polvo, en ceniza. Eso querías.

Auxilio aparta las mechas. Se asoma, quevediana:

—Seré ceniza, mas tendré sentido.

Polvo seré, mas polvo enamorado.

Socorro —Tu me casses les cothurnes! (en français dans le texte). Calla. Yo tampoco puedo más. Sécate esa lágrima. Ten pudor. Ten compostura. Aguanta. Toma el vanity.

El espejito hace señales. Dirige el sol hasta el rascacielos de cristal. Al balcón del piso veinte sale una niña con otro espejo en la mano. Da saltitos y lo mueve buscando la llamada.

—Mírate. Las lágrimas te han hecho un surco en las cinco primeras capas de maquillaje. Evita que lleguen a la piel. Verdad es que para eso haría falta un taladro. Has perdido la crema de espárragos. La fresa subyacente se está confundiendo con la capa de piña ratón de Max Factor. Cuadrículada estás. Vasarélica. Cantemos:

siempre ausente, siempre ausentehace el mal gratuitamente.

Auxilio, más bien cantando:

—Sí, es él. La adivinanza de las adivinanzas. La pregunta de los sesenta y cuatro mil dólares, la definición del ser. Se acabó lo que se daba. Se acabó el

jamón. No hay queso ya. Ésta es la situación: nos hemos quedado y los dioses se fueron, cogieron el barco, se fueron en camiones, atravesaron la frontera, se cagaron en los Pirineos. Se fueron todos. Ésta es la situación: nos fuimos y los dioses se quedaron. Sentados. Achantados, durmiendo la siesta, encantados de la vida, bailando la Ma Teodora, el son inicial, el son repetitivo, dando vueltas en el aire, como ahorcados.

—Calla. Eso querías.

—No. No quise esto. Pedí la vida, entera, con cascabeles y panderetas. Pedí el pan y el chorizo de cada día. Nada. Nada. Me enviaron la pelona, la cabecipelada, la calva, la raspada, la sola.

—Se te ve una mejilla. Es como la cara de la luna: llena de cráteres.

—Crápula. Granuja. Rana. Que te trague el Ser. Que te aspire. Que se te rompa el aire acondicionado. Que a tu alrededor se abra un hueco. Que te chupe la falla lacaniana. Que seas absorbida, desapercibida por inadvertida.

—Se acabó. Me voy. Ahora sí. Como sea. Me sacan de aquí. Estoy atacada y doy golpes de lanza a diestra y siniestra, al derecho y al revés, atrás y adelante, como un guerrero japonés contra un enemigo invisible.

Auxilio mueve la cabeza. Fleclos dorados contra los cristales. Mechas de estambre. Aspas.

—Vete. Inesencial. Dejas la Casa. Sí, la casa con mayúscula. La Domus Dei. Y mueve la cabeza

SOCORRO EN LA DOMUS DEI

¿Pero cómo no equivocarse? Eran miles. Miles de piececillos. Manitas carcomidas. Aquel chirrido. Platos de lata y cucharas. Salían verdosillos y arremetían contra las ollas. Sirena, y aparecían. Chirrido, y desaparecían. Al mismo tiempo. Salía una mujer a cada uno de los vidrios. Y en cada uno sacudía un mantel negro. La fachada desaparecía detrás de una cortina de migas de pan.

Río de plumas.

—Buenos días. He llamado por teléfono y nadie responde.

—Ah —dice la criada.

—¿Puedo entrar?

—Es inútil. No está.

—¿Cómo? Después de tanto tiempo. De tanta espera. De tanta coba y palanca. Me he arrastrado en las antesalas, revolcado entre las sábanas de cada ministro, sobornado porteros.

—Ah, pues no.

La criada abre la puerta, de par en par, como si abriera las piernas, su cajita hialina, al ente por excelencia. Del interior brota una luz: la que refleja la calva de la Gran Pelona. Socorro se engarrota toda, blanquea, como pulpo en agua hirviendo.

—¿Ya ve? —profiere, ronca, la acolita—. Brilla por su ausencia.

Cuando Socorro toma el ascensor, ya va, la pobre, en un grito pelado. Lagrimeando, carita de rana. Confunde los botones, cae contra un negro, se pilla un dedo con la puerta. Así llega a los bajos: plañidera, morada obispo, agachada en un rincón de la caja de aluminio, rodeada de gallinas peladas por todas partes, menos por una que ocupa un pedazo de hielo en aserrín y una jaba de naranja agria.

¡Hay que oír las frasecillas que se gasta el enanito portero para con las visitantes! Debajo de su gorra escarlata sale y agota las sinonimias. Con Socorro la cosa es diferente, porque congelada y todo como está, al primer piropo le da un puntapié, lo amarra con su propio cinturón a la banquetta, aprieta el botón del roof-garden y lo suelta disparado en la caja sonante.

Hay espejos en el hall, y, aunque deshilachada, la Parca no puede aguantarse: saca su cepillo de cerdas de puerco, su sombra de párpados anaranjada con brillanticos, su lunar postizo que se coloca con esmero sobre la

comisura derecha de los labios para que se desplace hacia arriba en cada sonrisa, saca por último sus collares yoruba y cuando sale a la calle ya es otra. A tal punto que Auxilio, que la espera con un cupón en la mano —válido para dos batidos de mango en el Milk Bar de la esquina—, salta de contento al verla, agita un pañuelo: la cree recibida.

—Pues no, no lo fui.

Cuando gráciles, simétricas, ambas se vuelven hacia el edificio, ya los vidrios están apagados. No hay ruidos. Las migas de pan han blanqueado la copa de los árboles, el césped negro.

—¡Es como nieve!

SELF-SERVICE

—¡Metafísicas estamos y es que no comemos! ¡Vámonos al Self-Service!

Y diciendo y haciendo. Apretándose el vientre van, en puntillas, escurriéndose entre carapachos de autos oxidados —los cabellos sedosos fluyen entre las latas— dando traspies, saltando sobre ruedas de bicicletas achatadas y sin rayos, sobre manubrios, cláxones musgosos, faros rellenos de papeles, círculos de aluminio con barras rojas. Deidades amarillas. Pájaros flavios. Gamos. Van entre los vidrios, ceñidas de lluvia, coronadas de orquídeas congeladas de Palm Beach, limpias entre la escoria, nítidas como hongos sobre detritus de caballo, fragantes entre motores Diesel en desecho.

Siguiendo los andamios de un edificio en construcción —en los cimientos, agua verde empozada—, van cantando Ich bin von Kopf bis Fuss auf Liebe eingestellt, abriendo en corazón sus boquitas de pez hambriento, en equilibrio, con los brazos extendidos, sobre una barra de hierro.

Y detrás, en los cuadrados simultáneos se encienden mil globos de papel. Conos sobre un tapiz rojo.

Y sobre los edificios, raya la noche la estela lechosa del metro. Rombos azules intermitentes.

Y adelante las Floridas, las Siempre-presentes atraviesan otro andamio, otra avenida. Allá van, bajo el trébol de las carreteras que vigilan helicópteros. Túneles sonantes. Allá, por las escaleras automáticas, por los rieles, por donde están, un segundo antes de la señal de arranque, todos los tranvías. ¡Qué rápidas!

Papa por papa, papa por papa las recoge; agachada debajo de las mesas, entre los pies, gatea a lo largo de las galerías de piernas, tras un tomate que rueda, el vaso de cartón, la copa de remolacha rallada —hilillos morados sobre los zapatos.

La gente salta sobre ella. Abajo, allá, en cuatro patas, enredada en su propia peluca, entre mandarinas abiertas ha caído Auxilio con su plato (un tacón-aguja perfora el huevo en gelatina), ensopada.

Todo lo recoge mirando hacia arriba —las papitas fritas, terrosas—, a un lado y a otro como ardilla asustada. Se pone sus espejuelos verdes. Con el cerquillo se cubre la otra mitad de la cara.

—¡Quiero desaparecer! —y ya no es ardilla, sino topo: se hace una esfera, esconde la cabeza.

Socorro ya está sentada, pero no come. Mira la comida y llora con quejidos regulares. Solloza y se sopla la nariz con un kleenex. Cuando Auxilio llega manivacía —botó su plato al cesto de la basura—, la sacude por los hombros.

—No es nada —le dice.

—No es nada —le contesta.

Y vuelven a reírse.

Ya están las dos sentadas, compuestas, ante un ventanal de celuloide. Ni

una mancha, ni un solo cabello desplazado, ni una gota de salsa de tomate en las mejillas. Fijas; las cabezas, separadas por unos centímetros, coinciden con el cruce de las diagonales del paisaje —domos azules perforados de ventanas, un campo de aviación de donde se levantan mosquitos y bimotores—, las manos pálidas sobre el pecho. Ni siquiera se mueven, pero es inútil: todo el mundo las mira. Se saben acusadas.

—Ojillos burlones nos recorren de pies a cabeza.

—Dedos nos apuntan, nos ponen asteriscos.

Entonces Auxilio se señala la sien derecha, se pone de pie de un salto, sacudiendo la melena como un plumero, tintineando sus cascabelitos, toda sonora ella.

—Tengo una idea.

Abre una caja redonda forrada en piel de cocodrilo que trae colgada a la espalda con una cadenita plateada, como una cantimplora, y contándolas, saca cincuenta fotos en colores. Desecha dos, amarillentas, le entrega a Socorro un close-up en blanco y negro, y con las otras cuarenta y siete se va al extremo del comedor. Desde allí, mesa por mesa, las va repartiendo. A cada entrega sonrío, se da un peinazo, se presenta al destinatario con una reverencia y renueva su asombro con la descripción minuciosa de la foto. Socorro la sigue a unos pasos, añadiendo adverbios a los adjetivos, genuflexiones a las reverencias, refrescando el aire con un abanico de plumas de avestruz, rociándolo de ungüentos. A una señal de Auxilio, Socorro adjunta medallitas de la Caridad del Cobre y bombones.

La primera es un flash ya desvaído. Auxilio está en guayabera, con la cara pintada de amarillo y un gorro, tomando café, delante de una torre de cartón, o una carroza de carnaval, o un mausoleo con letras arábigas.

—Aquí estoy ante la mezquita azul de Constantinopla, aunque no se ven los cuatro minaretes. El traje es de emperatriz Ming, por eso tengo esa taza de té decorada con dragones en la mano y en la otra este largo tallo con una sola flor. Como ve tengo los ojos prolongados con unas líneas negras que, si no fuera por

las orejas, de perfil, se verían convertir en pececillos.

—Olvidas decir que estos niños mocosos y en pelota que tocan mandolinas, boquiabiertos ante el lente, son tus intérpretes.

—Mis seguidores. Mire esta otra. Aquí estoy entre los indios caduveo o cadiveo, leyendo a Boas y con una grabadora. Lo que me entrega el aborigen es una máscara cuyas líneas generales corresponden al plano de la ciudad. ¿Quedé bien, verdad?

Así, reparte todas las fotos. Menos una. Se queda con la de carnet, tamaño seis por ocho, en la cual se ve de frente, mirando ligeramente hacia un lado, apenas seria, tal cual es.

—Creo que no dejaremos una mala impresión.

—Quizás. Pero vámonos antes de que se arrepientan.

—Espera. Olvidaba la hoz.

Nota:

El self-service está en los bajos de un octaedro de baquelita. Muros de botellas de Coca-Cola sostienen el plafón, que decora una Caída de Ícaro, en rosa viejo y oro. Desde los ángulos, cuatro lámparas móviles recorren los muros con un movimiento sinusoidal y a veces se detienen sobre fuentes de zanahoria rallada, huevos en gelatina o remolacha en almendra que están incrustadas, en nichos de mimbre, entre las botellas. Un arpegio de xilófono, a cada recorrido de la luz, asciende o desciende en la escala según la altura del haz y se detiene en una nota cuando éste lo hace en un plato. Como la remolacha en almendra se encuentra prácticamente al nivel del techo, la nota correspondiente es un chillido que se vuelve ronco cuando el foco comienza la sinusoide.

Tanto los manjares como los platos que los contienen están hechos de material plástico.

UNA NUEVA VERSIÓN DE LOS HECHOS: PARCA Y GENERAL

Que ella lo enredó con sus guedejas de champán, que él la pinchó con el broche abierto de una de sus medallas, que la confitura de cereza cayó sobre el kaki carmelita del uniforme, que él la cortó con un galón, que se enredaron ambos, que se callaron por cortesía, que se insultaron, que los espárragos a la crema quedaron entre las condecoraciones, que el pírrico invocó a la patrona de los artilleros, la invencible Changó, que ella respondió apelando a la reina del río y del cielo, su antídoto y detente: no se sabe ya nada.

Anotemos pues, tal y como se ve en estos instantes: frente al departamento de postres, entre bandejitas sinoviales y temblorosas como mariposas quemadas, Auxilio ha enredado sus cabellos... No: sus cabellos se han enredado en el bosque de aluminio que acoraza a un flacucho general de la armada.

Allí están los dos —serpientes emplumadas— cheek to cheek, pegados uno a otro, pegadas las bandejas. Hermanos siameses forcejeando. Murciélagos de la Bacardí, mancha de tinta, animal doble, ostra abierta, cuerpo con su reflejo; eso son Auxilio y el General.

Allí siguen, tocándose por el vértice, extremos que se tocan. Como una culebra que se encuentra un bocadito sonante, apetitoso, un pastelito piramidal que se traga de un tiro y entonces da el grito, porque acaba de tragarse su cola, y así desaparece y vuelve a la Nada pelona.

—¿Pero, por qué el general no se quita la casaca y se acabó?

Oigan la pregunta que hace Socorro. Únicamente ella.

Yo —Hija mía, ¿no ves que si el general se quita sus quincallas sería como el pájaro pintor de Lacan que se quita sus plumas? Como una cabra que se quita sus rayas negras para hacer con ellas un Vasarely.

Socorro —Yo lo que quiero es que acaben de sacar a Auxilio de este enredo.

Yo —Ya saldrá de él. Ya volverá a su casa, modosa, presumida, casta.

Socorro —¡Oigan eso! ¡Tres adjetivos de un golpe! En mi tiempo no era así. A dónde va la joven literatura...

Yo —Sí, querida, tres adjetivos seguidos, pero muy bien puestos. Así es que traga y cállate.

Socorro —Yo no tengo sentido de la digresión, así es que rápido: ¿qué pasó con mi amiguita?

Pues nada, que esa cosmogonía en ciernes atrajo, chupó mundo. Como un imán debajo de un río los anzuelos, o como un aspirador en un pollero las plumas, así el binomio Auxilio-General chupó todo lo que había alrededor, y claro está, chupó a una negra y a una china: así se completó el curriculum cubense.

Estaba ya el cuarto elemento que es siempre la Pelona Innombrable, estaba pegado al tercero, que siempre está heroizado en el sentido de la fuerza, pues bien, acudieron los dos que faltaban. Allí llegaron, piedras gemelas, peces de ojos iguales, a prenderse en el pelo y las medallas, a enredarse con Auxilio Concepción del Universo:

1. una asiática, empolvada con cascarilla, diva de la Ópera del barrio del Shanghai, 2. una negra de redondas nalgas y pechos, muy semicircular, muy cosena, apretada toda en una tela rojo vivo y con el pelo recién planchado como un río de lianas.

Así es que, vistos desde arriba, desde un espejo imaginario que podemos situar por ejemplo encima de la contadora del self-service (y que por cierto está allí y sirve para ver si alguien se lleva los cubiertos o se esconde al pasar una galletica de chocolate en el bolsillo), el conjunto es un trébol gigante de cuatro hojas, o un animal de cuatro cabezas que miran hacia los cuatro puntos cardinales, o un signo yoruba de los cuatro caminos: el blanco de la peluca y la casaca,

la china de la charada y el gato boca, la negra lamesca, y la última —que fue la primera—: la impostura pelirroja, la Cerosa, la Sola-Vaya.

Caemos pues, en las cuatro partes de que habla el lechoso de la Selva Negra.

Socorro —¡Sí, el único que le ha puesto la tapa al pomo!

Allí os los dejo. Cuatro seres distintos y que son uno solo. Ya se van zafando, ya se miran. ¡Qué graciosos!

JUNTO AL RÍO DE CENIZAS DE ROSA

en el bosque de la habanauna china se perdió, y como yo era un perdido nos encontramos los dos.

(canción popular)

HOMENAJE AL “SHANGHAI”, BURLESCO HABANERO

Ni la luna, la perdiz, ni los helechos que blanquea, ni los cuatro animales, ni el vino del viento, ni el agua del Almendares: nada faltó al encuentro.

Allí, entre los troncos de las cañas rayadas de violeta, lamiendo los canutos, siguiendo la dobladura de las hojas como cuchillos, baba plateada, la culebra añadía cascabeles a los del río.

Junto a ella la tortuguita roja, la que más corre: montura de los inmortales.

Más allá, ojillos de fuego entre el follaje negro del flamboyant, las crines como cáñamos, el unicornio.

Y a su lado la siempre-en-una-pata, rosada, la garza.

El rumor de la tierra era como el de los palillos que chocan en el aire en La Toma de un Fuerte Enemigo, así es que, nada raro, allí estaba Cenizas de

Rosa. Cosida en aquel paisaje, ejercitando su yin en pleno bosque de La Habana, era un pájaro blanco detrás del bambú, un prisionero inmóvil entre lanzas. Recitaba los Cinco Libros, cantaba con su voz de pitillo; parecía que iba a reventar como un sapo salado, miraba a la luna en silencio y volvía a recitarlos.

Así la sorprendió el humito del Romeo y Julieta, el mejor de los tabacos habanos, y el medalleo.

Ella no palideció; lo estaba ya de tanto arroz con té.

Si iba vestida como para recibir a los embajadores de las provincias en el Jardín de los Ming; si llevaba un slack negro y una guayabera de hilo, como de costumbre, o si simple y llanamente estaba tal y como su madre, de un solo pujo, la concibió en un entreacto de la ópera, eso no se sabe.

Honoris Causa del billard y los catres —que fueron sus campos de batalla—, así la sorprendió el Condecorado, el Glorioso. Amortiguado por una colcha de musgo aplastaba alacranes dormidos y caracolitos anaranjados; su paso era el del Invencible: lo puntuaban sus oros pectorales. Era el capirote de las procesiones sevillanas, la majestad de las sinagogas, el aídos gallego lo que avanzaba. No general; gladiador zancudo.

La amarilla dio un chillido. No era para menos. El venía separando los gajos, dando golpes con los brazos como con un machete doble, se abría paso entre la zarza entonando un aire de combate. Era un mirón, el muy tunante, otro místico. ¡Pero hay que ver que las artes gimnásticas sirven para algo! Da un salto Flor de Loto, y, como el pececillo que al saltar fuera del agua se vuelve colibrí, así vuela entre las lianas. Es ahora una máscara blanca que rayan las sombras de las cañas, es apenas el vuelo de una paloma, el rastro de un conejo. Mira a ver si la ves. No se distingue. ¡Sí! La denuncian sus ojos, dos ranuras doradas, ojos de encantador de serpientes. Caimito sobre los ramos de caimito. Es mimética. Es una textura —las placas blancas del tronco de una ceiba—, una flor podrida bajo una palma, una mariposa estampada de pupilas, es una simetría pura. ¿Dónde está? No la veo. Respira apenas. Ahora, con su pincel de cejas se dibuja caras en las manos y las agita lejos de la suya, para así aturdir al Belicoso. Él, divide el aire a espadas, la blasfema por orden alfabético.

Cenizas de Rosa .se le vuelve nube, cervatillo, rumor del río entre las piedras. Así dan vueltas en redondo, buscándose con la mirada, como dos gallos de pelea. Así pasa el tiempo de una recitación.

Ataca la china. Cambia de disfraz, tira piedras, aparece y desaparece en el mismo lugar, corre en zigzag para no ser alcanzada por ningún arma, erige una barrera de piedra para hacer correr el río en sentido contrario y desorientar al Enemigo; cuquea ciempiés, ardillas, camaleones, para que lo muerdan a su paso; imita el choque de medallas, la propia voz del perseguidor, o aparece como otro general lujurioso para enloquecerlo. Así fatiga uno a uno sus recursos escénicos.

El Matarife está listo para la pelea. Para él, las fugas son como los carros llenos de oro que se regalan a un invasor para detenerlo. Da vueltas y vueltas en torno a su presa: no es ya una, sino dos espadas las que lleva. Con el segundo cuchillo, el que se dobla pero no se parte, abre la maleza. ¡Flautica pírrica ésa!

Mientras más se sutiliza la Amarilla, más líquida se vuelve, la espada que sabéis más ígnea; ¡ya es casi bífida!

Claro está, con un aliado como ése, el Libidinoso no tarda en intentar el jaque mate.

El Bosque de la Habana es el del Palacio de Verano, y las aguas del Almendares son las del Yang-Tzé; Cenizas de Rosa teje su propia figura con lianas y huye, dejando al adversario ese doble inasible, esa imagen deshilacliada y móvil.

Él se acerca por detrás, sutil; pero abandonado por Chola Angüengue, la reina de las armas, queda atrapado en el telar.

Allá, lejos, chilla la china, baila el mambo de Cantón. Y él, aquí, clavado. Fijo.

¿Huelen? Sí, es el tufillo: arroz cantonés con soja, salsa negra. Hay algo más: orina de perro (es temprano); más: té. Sí, como habíais previsto, estamos en el barrio chino.

El Lector —Pero, ¿y ese disco de Marlene?

Yo —Bueno, querido, no todo puede ser coherente en la vida. Un poco de desorden en el orden, ¿no? No van a pedirme que aquí en la calle Zanja, junto al Pacífico (sí, donde come Hemingway), en esta ciudad donde hay una destilería, un billar, una puta y un marinero en cada esquina les disponga un “ensemble” .chino con pelos y señales. Haré lo que pueda.

Así es que:

—¡Atmósfera china, muchachitas! —el Director sale de una nubecilla azafrán con olor a yerba quemada (sí, la yerba que suponéis). Sale de su pagoda de humo, cabizbajo, el pelo laqueado de sudor, los ojos —dos bolas rojas— de bulldog de jade, las manos cruzadas sobre el pecho (¿recita el Libro?); camina, siguiendo una línea de puntos. Tirita, enverdece; la nube opalina se deshace en el decorado. Es verde limón, pluma de gallo, se eriza; un viento venenoso le ha entrado por los nueve orificios.

Está inspirado. Se acerca sereno, mirando hacia el tablado, pero en *su* realidad atraviesa combates, esquiva murciélagos que son navajas toledanas, aplasta hileras de hormigas, de enanos rojos, cabalga sobre una tortuga. Para nosotros se quita un arete; él se arranca sanguijuelas de las orejas. ¿Se echa fresco con las manos? En el plano de la yerba ordena Las Aguas. ¿Se rasca el cuello? Trata de zafarse un gorila, o un homúnculo que le muerde los hombros. El Director, yerbado, juega en los dos bandos; es un anfibio de la conciencia, el mascalzone.

Trae un pantalón de lienzo, una banda anaranjada a la cintura, sandalias abiertas, y trae sobre todo un olorcito que no quisiera reiterar, pero que es más fuerte que el del puerco en almíbar mal digerido.

Se para en el proscenio vacío, pero se siente mirado. Sorprende entre las ranuras del tablado, deslizándose, gotas de mercurio, ojillos de neón verde, paralelos.

—¡Un cafecito, maestro! —Viene chancleteando, abierta la bata de seda

floreada, Flor de Loto Junto al Río de Cenizas de Rosa. Por la otra puerta del escenario entran María Eng, Carita de Dragón, el Ranita y las Siempre-Presentes, más conocidas por las Culito: Auxilio Chong y Socorro Si-Yuen, coristas de la Ópera del Barrio de Changai. Esas que, dando un salto mortal, atraviesan las troneras y caen despatilladas dentro del castillo en El Ataque al Fuerte, y también esas que salen de mariposas y se convierten en sapos entre las hojas de nenúfar en el Poema de la Barca, pues bien, éstas son ellas. Ya las veremos transformarse, poseedoras que son del secreto de las setenta y ocho metamorfosis.

Para entrar en situación, porque ya estamos en ensayo, Flor de Loto da su nota entre crispada y ahogada (flauta llena de cerveza), pero como no previene a nadie, la muy cattiva, al Do chino acuden María, Carita de Dragón y las Siamesas.

(Afuera, el Barrio abre: en la vitrina del burdel, preservativos con pico, espuelas y cresta, con cascabeles; dedales. El tísico del cine cambia la cartelera: hoy un puente lunado bajo unos pinos, una cara con franjas negras y amarillas como un pez indio.)

Planeando en el astral, como estaba, el Director no pudo más y, bañado en una babita sulfurosa, cayó al suelo. María Eng vino con un pomo de sales de violeta y un jarro de jugo de naranja con hielo.

La orquesta de flautas pequinesas había comenzado el tema cantado del Poema de la Barca y como, una vez impulsada, Flor no podía detenerse hasta el gran final, desde las bambalinas, semidesnudas, salieron Auxilio y Socorro dando volteretas en el aire, colibríes: la cabeza les colgaba detrás y de timón les servía la cola. Crines de alazán, estambre, llama, cinta de resina, agujas, monedas verdinegras eran las cabelleras que filtraban lámparas entre telones que imitaban telones de fieltro veneciano, murallas de cartón, puentes, pájaros etruscos.

Volaban las Divinas, sí, volaban sobre el escenario rayadas de naranja, rayadas de clorofila, suspendidas por hilos de material plástico del mismo color que el telón de fondo, que era del color de los paravanes en los burdeles

polinesios y del color del aire que desplaza un aspa nevada.

En las alturas las Sonrientes daban alaridos de conejo capado, rezaban el Saludo al Gran Loco y se orinaban de miedo. Desde allá nos miraban; ojillos de oso hormiguero.

Flor, en un carro tirado por dragones, forcejeaba con un demonio cabezón y, cantando el aria del Rapto, atravesaba las auroras boreales del Tempo escénico. Su cara era un círculo plano, tres rayas bajo una corona con dos unicornios afrontados.

Sobre la orquesta cantonesa —tres flautillas que soplaban los negros y un cantonés peludo—, en el carro, la Emperatriz se doblegaba, bambú que arrastra el río.

El Director abrió una rendija en un ojo. Dijo que había soñado con Flor y que había sido un papalote negro sobre letras de oro y también un pájaro atravesado por una lanza y una gran llave envuelta en plumas.

La cabeza vendada con paños de vinagre, los pies en agua caliente, dos durofríos de fresa (a falta de hielo) bajo las bolsitas de entrepierna que del susto se le habían vaciado o estaban por el ombligo o dios sabe dónde:

—The show must go on!

Golpeó el gallego con tal fuerza a la puerta de zinc que la orquesta silenció y el asistente soltó los hilos plásticos. (El olor a verdura quemada, que detectan a la legua los olfatos adiestrados, atrae la jara.) Soltó los hilos plásticos, como iba yo diciendo, y cayeron las Culito al suelo demoliéndose la enrojecida parte por la cual se les nombra.

De modo que, sobre el tablado, se miraron los tres. Faceba proprio pietá.

El paso del mirón, y mucho más si es gallego, no necesita pie de grabado.

Yo tú, querida Flor, ya me hubiera dado cuenta de que es Él quien se

acerca, y en lugar de estar allí, en tu baño de vapor, pesándote, tomando vinagre y lavándote los ojos con sal, ya le hubiera pasado cerrojo al camerino. Así como estás vas a durar casta y pura lo que dura un merengue en la puerta de una iglesia.

Auxilio y Socorro (*que juegan a la canasta en el pasillo, vestidas ya para el número de las Amazonas*): —¡Vaya! Lo único que faltaba: ¡el escritor Dios, el que lo ve todo y lo sabe todo antes que nadie, el que da consejos y mete la nariz en todas partes menos donde debe!

Bueno, pues como iba diciendo cuando me interrumpieron las Llenas de Gracia, el Mirón camina siempre en diagonal y aparece en forma de tajada. Archimboldesco, es de perejil, de madera, de caracol comestible cuando explora el bosque; aquí en el pasillo del teatro por donde avanza, viene a ras de muro, sigue de lado: atraviesa como un cortaplumas los afiches cagados, las jabalinas, los laúdes que esconden gajitos de haschisch, los pomos persas llenos de piedras y mariposas negras.

Iba tan cortante, tan diagonal, que no lo vio Flor, cuando, comme d'habitude, salió de escena dejando al auditorio en ovaciones, desmayos y lluvia de gardenias.

La regina pictrix va a recorrer ahora las doce estaciones del ensimismamiento. Va a desdisfrazarse. Dejará de ser Emperatriz Ming; será puro pellejo pintado.

Cuando el General, con un ramo de rosas en una mano y un habano extra fino en la otra, abrió de un empujón la puerta del camerino de la Emperatriz, dejó salir a un chino asténico y calvo, en guayabera de hilo y slack, que llevaba una toronja en una bandeja.

Pasó al interior el Batalloso sin decir ni esta boca es mía. El chino se escurrió.

Como ardilla, el gallego miraba aquí y allá, olfateaba, hurgaba en el camerino buscando su frutica china, su lichi. Vio un refajo de encajes que colgaba de un paraván y se le hizo la boca agua. Se acercó en puntillas. Lo haló

de un tirón. Pero no oyó ningún grito del otro lado. Ni tampoco cuando entró al baño. Indagó también detrás de las puertas y debajo de la cama. Había tres gatos barcinos parados en una pata como pelícanos o caballitos de mar.

Perdía la paciencia. Fue en el escaparate donde encontró un ajustador negro y un calzoncillo transparente modelo televisión. Como a todo general en trance difícil, a éste se le paralizó la digestión (langosta Thermidor, el plato preferido de la armada), se le hizo un nudo en la garganta y otro en el bajo vientre y apenas si pudo proferir el consabido “Ayúdame, Dios mío”. Salió, releyó en la puerta el letrerito. La Emperatriz. Se iba ya cuando oyó el alboroto. Venían las Simétricas muy irritadas, con el vocabulario en alta tensión, contando el dinero de la noche entre loas, a saber:

—Tu madre no sabe quién es tu padre.

—Hija de mil leches y todas distintas.

—Injerto de mono y aura.

Ven al Medalloso y ahora se contonean, cadera para aquí, cadera para allá, bailan la comparsa del Alacrán, apenas tocan el suelo, como cuando, sobre la alfombra azul del primer acto, saltan entre cintas que escriben el signo de la guerra, poseedoras que son del Secreto del Salto.

ORQUESTICA SIVAICA

¿Las encuentras graciosas? Envueltas en un mantón de flecos, el pelo retorcido en hélice borrominesca, cayendo en conchas, van seguidas de hilillos de oro como los autos de ciertas fotos nocturnas. Ese malva, esa loción de té con limón, esa gran cesta de mimbre llena de pocket books, piñas y caimitos; ese daiquirí helado con fresas que se van tomando, ¡todo las hace tan mignonnes! ¿No es verdad, General? ¡Están como para comérselas! ¡Qué saladitas, qué crispy! ¡Ande, muerda! Crujen sabrosamente, como huesito de torcaza. Vamos, General, dígales algo, tire una canita al aire, acuérdesese de sus buenos tiempos en la Acera del Louvre, cuando no en los bailables de Marte y Belona.

El Gene —Pues no señor, no les diré nada.

Yo —Vamos, no se haga, usted que es tan galante.

El Gene —¿Y por qué no les dice algo usted? Para mí son dos sijús plataneros, dos titís peruanos.

Yo —Déjese de retórica. Tíreles aunque sea una piedrecita, un suspiro.

Se agachó el General con la flexión máxima que permitía su venerable vehículo somático. Visto desde la retaguardia era como un triciclo o un fotógrafo con la cabeza en su cámara de cajón. Desde la Proa, una gruta adiposa: los tres mantos de la barba, el ovoide del Thermidófago velado de destellos, cúpula al revés. Desde abajo no sé cómo se veía porque no pude agacharme más que él, pero imagino que le quedaría bien como fondo el toldo del teatro, que está decorado de ramas de laurel en calcomanía, de soles y estrellas de papel plateado que han profanado las moscas.

Dada la abundancia de arácnidos, coleópteros y otros adyacentes en los parajes, el General comprobó varias veces que era una piedrecita y no un ciempiés, una araña o una avispa lo que iba a tirarles.

Ya iban de espalda las Pie Diminuto cuando recibieron entre los bucles el homenaje.

En menos de lo que un mono se rasca un ojo se oye el grito de “¡Metamorfosis!” en Si Bemol, y acto seguido aparecen las Dos montadas en sendas Vespas de carrera, a toda máquina, y armadas de ametralladoras Thompsom, cuchillos bífidos, jabalinas, lanzallamas, pistolas pum-pum, granadas de mano y bombas lacrimógenas. Hasta las hélices coronan cascos, todo lo cual es muy natural en un barrio tan mal frecuentado. Lo que sí es ya más asombroso es que cada Una está provista de tres cabezas y siete brazos. ¡Hay que ver el artefacto de aluminio tetradecápodo y hexacéfalo!

¡Mi vida, qué aparato! ¡Qué orquestica shibaica! Los cuatro flautines-fémur tiemblan bajo el paso de las catorce cornetas que escupen candela amarilla, y éstas bajo el de las cabezas de las Papisas del Tarot. El

arroyo albino fluye entre oros y bastos.

De ese arroyo arranca Auxilio un cabello, lo anuda dos veces, lo sopla, y a la voz de “¡Metamorfosis!” éste se convierte en una culebra que serpentea en el aire con una mariposa en la boca, que se rompe contra el suelo y es camaleón, sapo, camarones de plomo. Así puebla la plaza de animales: monos actores, antílopes rojos sobre relojes de sol, grullas asustadas, camellos cargados de órganos hidráulicos, leopardos, linceos, osos que huyen de las motonetas.

Socorro se divierte, y ríe con un hipito, como si le hicieran cosquillas con una pluma en el ombligo, hasta que Auxilio vuelve a ordenar y todas las criaturas, antes de alcanzar las aceras, se vuelven pájaros que levantan el vuelo.

La luz de la luna queda como filtrada por un acuario.

Unidas por un ombligo, motocicletas siamesas, las Vespas se duplican: cuatro triángulos opacos. Detrás, un río de tuercas y latas oxidadas divide un paisaje anaranjado y negro; a sus meandros descienden terrazas vacías, naves de latón mohoso, portales cenicientos cuyos muebles ha blanqueado el musgo.

Ruedan las Divinidades Calvas y el rechinar de las gomas en el asfalto es como el de una orquesta de sordos, como el de un brazo que se rompe, o una cabeza entre ruedas dentadas. Van a toda máquina. Pero, ¿creen ustedes que se agitan, que dicen adiós? Nada de eso: majestuosas, llevan al cuello pañuelos inmóviles y rojos como lenguas de ahorcados, apenas si el aire las despeina... Ahora palpitan, se contraen, se inflan y desinflan como sapos salados, juguete de Maryan que cabecea, que suelta el bonete de rabino, que pide agua por señas, que pierde la cuerda y va dejando una línea de puntos en los movimientos de las manos. Que se detiene.

Así como en un altar yoruba las cabezas de los santos brillan en el cáliz, rodeadas de frutas podridas y gallos degollados, así entre cláxones y palancas, de un plato incandescente, emergen las cabezas de las Muertas-Vivas: ojos blancos sobre rostros blancos, cabellos de menta que ciñe una corona de llamas, párpados rotos de los que ruedan dos hilillos que dividen sus caras en franjas, monedas bizantinas.

Son fluorescentes, son de acetileno, son tambores que imantan pájaros, son helicópteros, son sillas en el fondo de un acuario, son eunucos obesos con los sexos diminutos entre flores rosadas, son pirañas, son ángeles leprosos que cantan “Metamorfosis, metamorfosis”, son dos pobres criaturas que han querido escapar a un Priápo jubilado. Se les perdona.

¡Qué cambio, mis ranitas! Al verde del semáforo las Divinas reaparecen en su estado normal. En sus Vespas, vestidas de cuero, parten estrepitosas, soltando humo negro por el tubo de escape. ¡Montadas en esas motonetas y disfrazadas de delincuentes juveniles, estáis tan tristes como los caballitos de un ti vivo de suburbio!

El paso de las Vespas explica muchas cosas: Flor, en guayabera y con un tirolés que le disimula la bola de billar, recorre desde hace ya mucho rato su zona de la calle Zanja, gastando tacón y aceras. Con la noche, cae ella del dólar al peso, de la cama al catre, del whisky al café con leche, del yes al sí. La ve pasar G. y se queda como si viera llover. Y ella, sádica, le sonrío.

Sin embargo, a G. se le moja todo cuando ve que se acercan las Peripatéticas. Vestidas de cuero negro de la cabeza a los pies, ornan los cascos antes citados con fotos en colores de Elvis Presley, medallas de James Dean, autógrafos de Paul Anka, mechones de pelo de Tab Hunter, huellas digitales de Pat Boone y “medidas” de Rock Hudson.

¡Qué bien les queda todo! Paradas en una esquina, en plena oferta y demanda ante un afiche de pasta Gravi (la reina de las cremas dentales) quedan entre el cepillo de dientes gigante y la espiral rosada.

Se acerca el General. Con una publicidad así, ¿cómo va a resistirlas?

Auxilio (*que, con su jacket de cuero negro, está sudando* —temperatura media de la “ínsula” 25 grados) —¿Qué calor, verdad?

General —Parece que va a llover.

(*Risitas de parte y parte.*)

Como a un reino en cielos según sus nieves y pájaros, así ha dividido la acera en zonas Carita de Dragón a los efectos de trabajo. Se pasea por bares y billares con un bonete negro, un cinto de piel de rinoceronte y una tableta de marfil en las manos. Sentencioso, se autonombra El Muy Anciano. Señala con un signo de tiza las fronteras del Barrio —un afiche de Gravi, la cartelera del cine, la sombra del lumínico del tren de lavado—, las nombra según su especie, y luego pasa en bicicleta, abriendo un cofrecito a los impuestos. Es chulo de nacimiento, es socio de la jara. Sabe dónde están y cómo se llaman todos los números y todas las yerbas. Trafica, pero ni juega ni fuma. Esquiva el azar y el fuego. Dirigir lo Ilusorio es renunciar a él —profiere, y así, dueño-de-toda-posible-ciencia recorre las zonas vendiendo boletos, cigarrillos de gajo y hasta sobrecitos de “azúcar refino” (para consumir productos nacionales —dice). Otorga nirvanas, salmodioso.

Lo llaman los adeptos Cielo de Cien Arco Iris, Monte de Flores y Frutos, Rostro. Él entra cantando en los fumaderos y deja en las pipas y los samovares una córnea anaranjada como la del pico de un tucán. Donador de Estanques de Jade, desaparece: un olor resinoso en el aire.

G. recorre esas estaciones, atraviesa esas cortinas concéntricas, se hunde en esos caracoles de humo preguntando por el sentido de su ser. Busca a Flor, busca a Flor, y paga la “fuma” entre risitas burlonas.

En esas barracas de bambú crujiente le brindan los más añejos fermentos; le ofrecen, para que chupe del “secreto”, los canutos humeantes que se ramifican desde las pipas. Se niega.

—Llevo ya todos los alcoholes dentro.

Acaba de consumir con las Dos —y juntas—, la impostura que suponéis. Cierto es que tal destino se perpetró sádicamente y que aún en los momentos de mayor sofoco (que los tuvo, vestido como estaba con la casaca y los calzones), G. no cesó de interrogar:

G (*la hojalata suena, con el vaivén*) —¿Dónde está la Emperatriz, mi locura, mi culito lunado?

Y las Peripatéticas (*a dúo*) —La Emperatriz es un espejismo, un trompe-l'oeil, una flor in vitro.

Y G (*fustigándoles el trasero ceroso*) —La Ming existe. La he visto en el bosque (*y un cintazo*), la he visto en escena (*y otro*). ¿A dónde se ha escondido dejándome con gemido?

Y las Pintarrajeadas —La Ming es una ausencia pura, es lo que no es. No hay respuesta. No hay agua para tu sed.

Etc., etc.

¡Qué inquisición, mis Ranitas! Le habéis hecho pagar al gallego veinte dólares-service non compris más el hotel y la cena —esa leche caliente con canela que adoráis—.

Las Cejudas —Ah sí, inquisición la suya. Con el calor que hace y con su manía combinatoria. Se agotó en los Posibles.

Yo —Pues no lo parece. Miren. Avanza hacia la zona Eng.

Las Ojito (*agitando grandes abanicos de nácar y carey*) —Sí, pero no va a ejercitarse —¿con qué?— (*risotadas*). Se le ha ocurrido que así como nosotros dividimos nuestra zona, ya que cuando una fatiga sus encantos lidiando entre plumas, la otra los refresca reclutando entre vitrinas, así María divide la suya con Flor de Loto. Busca en María la mediación, el ente.

Ya pasa del otro lado del anuncio de Gravi. Sofocado, pero con una moral muy alta. Está en zona Eng. María ha dejado de su primer recorrido de la noche, un perfume de jazmín y nenúfar; en el rocío del asfalto están escritos sus pasos, en las vitrinas el roce de su gasa, en el aire el destello caoba de su moño trenzado con perlas.

Pasa Carita de Dragón. Detrás viene María. G. la aborda, la corteja. La invita a un daiquirí en el bar del Ambos Mundos, a otro, y entonces le confiesa que es un adepto a los números, a las permutaciones. De ahí su fascinación de “teatro”, de espejos. Quiere el doble, el simétrico, el ludióon que pasa del otro

lado de la escena para darse a sí mismo la réplica —tú y yo—, que se vira como un guante.

Ella comprende muy bien, pero no dice ni sí ni no. Se tapa la cara con sus collares de bambú. Detrás de ellos sonrío. El temblor de las cuentas es como el de una sumadora de azabache. Sus ojos son dos huecos de alcancía, dos linternitas mecánicas. Ahora las pone en “faro”: es que se acerca un marinero.

Parte con él. Le dice a G. que pospone, que “después de todo al míster le intereso yo sola”, que mañana ya verá.

G. saltó sin impulso. Jiribilla. —¿Por dónde lo soplaron?—. La banqueta se quedó girando. Ya estaba en la calle cuando sintió que lo agarraban por un brazo. Era el camarero. No había pagado.

La ve hundirse entre letras. Números inflados, rojos. Bandas de tela blanca que son muros. Ya es un laúd malinés. Un pájaro del trópico asiático del otro lado de un río. De cenizas de rosa.

(REDOBLE DE PALILLOS)

Es el de sus pasos. Militares, claro está. ¿Oye las gaitas de una marcha? ¿Recibe voces de mando? María se le va —serpiente en agua—; él, al trote. A toda máquina. Despega. Lebrél tras perdiz de hojalata, tigre tras torcaza a sí mismo fijada. Le rechinan los fémures. Sabueso. Con la lengua afuera. Gamo mojado. Franja de aros dispersos. Deja líneas negras. Perro de la Greyhound. Dragón de la Shell.

Ella, allá, lejos. Él la llama, la arma como un rompecabezas, la dibuja uniendo números. La huele —ron, canela, azúcar prieto—; sí, la huele: el mirón es miope.

Como en un teatro cuando el actor exclama: “¡Oh, he aquí la aurora!” y se encienden al unísono todos los spots dorados, así, de golpe, cae la noche habanera. G. perdido. María es esa humedad, esa ausencia de pájaros, el gong de la Ópera, su estampido —reverberación de tamborines, címbalos mohosos—

y las sombras sucesivas que deja en el aire: serpientes batallando entre vidrios, orquídeas pudriéndose, tifón, piedras de anís creciendo en las botellas, guerra de jaguares birmanos.

Aporía del Acto, María es el Deseo, la Ausencia de Flor. G.: una gallinita ciega. Tantea en el vacío, la va a tocar, sí, salta sobre ella, la agarra.

—¿Pero qué pasa, hombre? ¡Ya no se puede vivir en esta ciudad!

Había atrapado a la cantante del Picasso Club, que salía de la pista.

La vuelve a ver. Allá va. Ahora sí, ella. Se pierde en las tiendas, entre globos de papel encendidos. Olor a lukum. Zigzaguea G. Se sigue a sí mismo. Foto movida, va casi entero, más pálido, tras su propio cuerpo, y otra vez, borroso, detrás... y otra vez. Es un ejército. Se miran en un espejo y retroceden: rostros verdinegros, oliváceos, toronja, yerba seca; barbas piramidales de caracoles de astracán, de estambre negro, de fibras marrón; manchas grises de corcho, algas. Se ven cosidos de medallas y bandas tricolor, de cintas y galones; se ven recortados sobre damascos, sobre encajes toledanos; se ven recompuestos con pedazos de cortinas, con abejitas de oro y flores de lis, con tapices de rosas y manzanas y serpientes flamencas. Sí, dan un paso atrás: no es para menos. ¡El honor de la marina!

Lola, lolala la la la laIch bin die fesche Lola

—¿Qué fue?

Que persiguiendo a María & al americano, rebotando entre paravanes, G. ha venido a dar a este café-cantante. Se tira en un sillón de mimbre —acuden cantonesas con pencas de guano y pantuflas—, pide un “cuba-libre”. Al fin los tiene: están allí, frotándose con música, junto a la pianola de la orquesta de charleston. María, bajo los faroles azules de petróleo, las manos abiertas contra la espalda del boy, guiña el ojo a un mulato de ojos verdes tocador de marimba. Johnny Smith la atrae por la cintura. Es muy sonriente, pelirrojo y pecoso, trae un pantalón de lona blanca que le aprieta las nalguitas y esa camisa amapola fluorescente que permitió a G. distinguirlo contra noche y miopía.

Las que cantan y se menean y cabalgan pelícanos de madera pintada y murciélagos de tela en la tarima del fondo son las Baby Face. ¡Cómo han cambiado esas niñas! ¡Hay que ver que el Secreto de las Transformaciones hace oprobios! Son obesas de vientre gomoso coronadas de sombreros con faisanes entre frutas de oro, barcos de plumas, almenas. Son barbudas de un circo mongol. Los cuatro pies paralelos repican contra las tablas y levantan un polvo amarillo. Gritan: “Lola, Lola”. Entonces aparecen por las puertas laterales Chong y Si-Yuen —porque las Sebáceas no han querido renunciar a sus apariciones anteriores, tan bellas las encuentran, y siguen en la Ópera— vestidas de pedazos de tela rojos y oro, rubias como muñecas, ardientes de alcohol, los ojos azulísimos envueltos en franjas negras, tristes musas de Klimt. Bailan un pas de deux, envueltas en una misma guirnalda. Fascinado por esa simetría danzante G. no ve que las Rollizas se abren, dejan pasar a la Eng y al Johnny y vuelven a cerrarse, uniéndose en la línea media, como los postigos de un tríptico.

(Black out)

Aux. und Soc. — ¡No! Somos la Luz. Simplemente nos hemos convertido en su ausencia. Ahora somos sus islas. ¡Mira!

Sí, el techo, el piso y las paredes son discos rojos, azules y amarillos que giran a toda máquina y se cortan unos a otros y se encienden y se apagan y son de otro rojo y otro violeta y estallan y vuelven a cortarse. Hasta que el General se aprieta los ojos.

Se lanza contra una pared y la atraviesa.

Está del otro lado.

Es un reservado oscuro, con olor a humo de Camel mentolado. Cuatro sofás de cuero negro en los ángulos. Espejos. En una pared que ilumina una lamparita blanca, un hombre pinta. Enfrente —G. los ve reflejados—, María e il rosso se besan; están sentados uno al lado del otro y miran la pared (donde el fresco se va definiendo). Se acarician y sonríen. Él le muestra su sexo, rosado y

perfectamente cilíndrico. El glande es un caracol o una cúpula rayada en blanco y en el amapola fluorescente de la camisa, como un caramelo o un reguilete. María lo toca con la punta de los dedos. Risita. Le muestra ahora sus senos, igualmente decorados: una espiral amarilla parte de los pezones y se pierde en el pecho; le muestra su ombligo: pintada, la reproducción en miniatura de un tondo cóncavo. Johnny se pega contra el vientre para verlo. Un mar embravecido ocupa casi toda la media esfera —líneas continuas en tinta negra, como las vetas de un árbol—, en él se distingue apenas una barca. A la derecha un farallón, rocas que ciñe la espuma, un cielo con cuños rojos.

María (*muy orgulloso*) —Bonita cosa, ¿verdad?

Johnny asiente con la cabeza.

María (*profesional*) —El original, atribuido a Li Sung, que vivió entre 1166 y 1243, según este tiempo, se llama “En un bote”, y es una hoja de un álbum en forma de abanico, dibujado en tinta y color sobre seda.

Johnny —How I would like to have one!

María (*señalando al pintor*) —Es él quien los hace, Carita de Tortura, muy antiguo maestro en las artes simétricas del placer y el horror de los ojos: Pintura y Tortura chinas.

G. —Pero, ¿qué pasa?

Son las Dueñas-de-Todo-Aparecer que se vengan de G. (cf: los golpes y los cintazos en aquel desatino, ¿se acuerdan?) y se manifiestan como Luz fría. Sí, un gran neón circular ilumina el reservado. Los tórtolos dan un salto y se visten. G. aparece en toda su impostura: estaba en su nirvana el mirón y, de la pura contemplación, ya había pasado a la praxis da solo. Se olvidaba de Flor. ¿La superponía (y él al míster) en aquel dúo?

Carita de Tortura se ha puesto de pie (a la verdad que tiene una cara que da miedo: cejas de espada; franjas verdes y naranja le recorren la frente y le bordean los ojos, negras que se vuelven flores los pómulos y la nariz; la boca es de tigre).

Ya frente a G, lo increpa, agitándole las manos manchadas de pintura frente a la cara.

—Pero ¿qué rayos hace usted aquí, mirón, crápula?

G: marcha atrás.

Y Carita —Deme acá esa mano.

Le toma de un tirón la mano derecha.

—Vaya, para que aprenda.

Y le arranca una uña.

Golpeó los muros y el techo. Dejó en el piso un laberinto fresco: el hilillo de sangre de su meñique. Sudaba frío. Un zumbido en la cabeza, un puñado de sal de higuera en la lengua; las piernas de trapo, los ojos de vinagre. Se le perforó la noche de luces verdes como las de la Fiesta de las Linternas. Sí, ¿qué General soporta la vista de la sangre? No se miraba la mano, el meñique mojado.

Se tiró contra una puerta. La abrió una anciana con la cara pintada de blanco y los labios muy rojos, que le hizo un koteu y le vendó la mano con un paño helado.

—Lo esperábamos —le dijo—, y le presentó una taza de ojo de dragón. G. probó la sopa, y con el del sirope de canela le llegó un olor a lejía empozada, a plancha de hierro caliente, a ropa vieja y a churre.

—Peno en un tren de lavado —añadió la Venerable—, pero sepa usted que, aquí donde me ve, nací con un jade negro en la boca, dormí en lechos de sándalo y fui concubina imperial. Me debato entre calzoncillos y camisetas en remojo, pero he tomado el té de las mil gotas rojas en la garganta y el vino de polen de cien rosas, savia de mil plantas, médula de unicornio y leche de fénix. Como usted, aquí expío. Venga por este pasillo. Cuidado. No manche las sábanas.

G. avanzó tras la asiática. (“Tengo fiebre.”) Y tapándose la nariz (pasaban entre bateas de lejía podrida donde flotaban pedazos de jabón azul y toallas). —¡Qué olor a proletariado!

—Espéreme aquí.

Era un cuarto con un mostrador repleto de camisas planchadas y saquitos de bora. De un estante colgaba un almanaque con una china (la cara plana, como si la apretaran contra un cristal) en bikini, montada en una Vespa; un refrigerador portátil, una radio de pilas, una cámara de cine y una Coca-Cola tamaño familiar en una cubeta de hielo brotaban de las alforjas. Entre cuños negros, al nivel de las ruedas, había escrito LA CHINA moderna. G. iba a ver la lámina siguiente cuando en el suelo se abrió una compuerta y salió la cabeza de la anciana.

—Baje por aquí.

La escalenta babosa lo condujo a otro cuarto, oscuro. La humedad manchaba las paredes. Desapareció la Venerable. Entró Carita de Tortura. Se cubría con un birrete púrpura, la ceñían la frente dos dragones de oro atrapando una misma perla. Vestido de malva, bufanda floreada de satín japonés. En ella se enredaba una trenza de perlas con los ocho emblemas de los santos taoístas que se perdía tras un cinturón de espigas.

—No trate de engañarme, generalote —y le dio en el hombro un toquecito breve y violento que lo sentó de nalgas. (Aunque parecía una oca pintada, Carita era cintura-negra del ring.)

—Sí, no trate de engañarme: lo sé todo. No pierda su tiempo en contestar. Conozco la alquimia, la sublimación del elixir vital, la cocción y reducción del cinabrio. ¿Cómo no voy a conocer sus manejos? Óigame bien. Óigame bien: o deja de perseguir a Flor de Loto o lo elimino. ¿Entiende? Lo elimino. ¿Quiere que lo acueste en hielo? ¿Que le pegue fósforos encendidos en la planta de los pies? ¿Quiere que se los corte con una gillette azul? ¿No? Pues entonces quédese quieto. Flor y María. A las dos las deja en paz. ¿De acuerdo, gene?

El suelo era de tablas y olía a orina de gato. Recordó que la anciana le había entregado una taza de té y que tomándose lo se había dormido. ¿Habían pasado muchos días? ¿Todo era un sueño? ¿Seguía soñando?

Era de día. Lo que más le sorprendió no fue despertarse por el suelo, en un cuchitril apestoso, sino comprobar, a la luz que entraba por una rendija, que las que había creído manchas de humedad eran las de un fresco que decoraba los cuatro muros y la puerta de madera.

En él aparecían Carita de Tortura, las dos Obesas, la Chong y la Si-Yuen, todos con el cráneo raspado, desnudos hasta el ombligo y sin zapatos, sobre una nube cuyos bordes eran como el oleaje del tondo. La Chong, con un manto rojo y aretes de oro, de perfil, la mirada perdida, enseñaba un cepillo de largas cerdas, o un caza-moscas. Carita desataba un pergamino y recibía de la Si-Yuen un pincel. Una obesa sostenía un recipiente rojo y un asta con cuatro argollas, la otra, con los piececillos blancos en la espuma, abría la mano izquierda en U, como si mostrara una flor y separaba los dedos puntiagudos y desparramados de la derecha liberando monedas — o mendrugos.

Detrás de la nube un farallón. Árboles negros y motudos, de hojas afiladas. Una cascada.

G. se asomó a las aguas —la rendija de la puerta—. Supo entonces:

a) que se encontraba en un sótano, b) que ese sótano era el del tren de lavado, c) que en la habitación contigua había una reunión, silenciosa, de fumadores.

Humo anaranjado. Entre teteras y tazas azules divisó la cabeza de María, las de las Ojitos de Ofidio en sus formas de coristas de la Ópera (¿qué se hicieron las Obesas?) cubiertas de colibríes disecados, guacamayos y piñas confitadas con rubíes; las de Carita de Dragón, el Director, y otro chino, flaco y flexible como una anguila, calvo, de un amarillo mostaza. Éste estaba en el centro del coro, de pie y desnudo (sí, tenía, pero pequeño y espiral como un tornillito) junto a Carita de Tortura, en calzoncillo.

Las Biondas servían té, y repartían, reverenciosas, azúcar en turrone y pedacitos de toronja, o de lukum, o de algo envuelto en harina.

El mostaza se rascó la bola de billar, hizo tres reverencias, y con una vocecilla de pito, de tití pinchado, tarareó:

—El ser de los pájaros no es el timbre del trino, sino las plumas cayendo a cada muda. Blancas, son otro pájaro en la nieve, la firma del primero; rojas, pez que se vuelve mariposa si lo atacan. Otro cuando muda, despista dejando ojillos de culebra entre las viejas plumas: dota de mirada a su impostura; su júbilo es clavarse en el aire frente a su doble ciego, enfrentar a los tigres el apócrifo. ¡Oh, ardientes!

¡Oh, feroces!

¡Oh, dulces pájaros!

Pero G. no pudo oír más. Abriendo por la línea media el cuerpo de una de las Obesas en el fresco (el ombligo era la cerradura de la puerta), entró al sótano la exmandarina.

—¡Medicina la Hang! Aquí donde me ve, me sé los Libros. El señor está curado. (*Y le arranca el vendaje.*) G. retira la mano, como pata de cangrejo hervido.

Está en la calle.

Ya se abren los paravanes, caen las persianas de canutillo con un ruido de arena, pasan los lecheros.

La matrona de Formosa se lava la cara. Y abre una lata de sardinas.

G. ya no come ni duerme. Tiene calambres, visiones, flojeras de vientre. Se siente mirado (pero nada de yerba, no, sino café, que toma para animarse, y seconal, que toma para tranquilizarse), se ahoga en un vaso de manzanilla —de agua ya no los toma—, tiene algo entre pecho y espalda, algo que le aprieta el pescuezo. ¿Están ahorcando en alguna parte un muñeco de trapo que es su imagen? ¿Tienen detrás de alguna puerta su fotografía con alfileres en los ojos? ¿Está su nombre en un vaso con vinagre? No sabe. Busca por la noche. La Ausencia le come el hígado —cirrosis ontológica—. Después de todo es la

pobre Generala quien paga los platos rotos. De estos desatinos resulta que el Medalloso ya no le rinde homenaje. Ella llora entre paravanes, se refugia en el sótano con sus provisiones de rapé... pero nada. Ni los ostiones, ni la Maltina con leche condensada: no hay afrodisiaco que valga. G. se queda en el dintel (o en el umbral, que para el caso es lo mismo); le da la claustrofobia.

El General —¡Por la Covadonga, eso es ya demasiado! Miente usted: nunca he faltado a mis deberes conyugales. Cumplo con eficacia y esmero dos veces por semana, lunes y jueves, para más detalles.

Yo —Eso dice él. Lo cierto es que la Generala...

El Lector (*cada vez más hipotético*) de estas páginas —Bueno, pónganse de acuerdo: una versión o la otra. Lo que yo quiero son hechos. Sí, hechos, acción, desarrollo, mensaje, en suma. ¡Mensaje lírico!

Como iba diciendo: el Teatro se volvió para G. una misa. Siempre en primera fila. La aparición de Flor en la Toma del Fuerte es la fiesta de los Posibles. En lo falaz, en lo óptico, toma gato por liebre. En los entreactos se da de cabeza con la Nada. Entra en los camerinos, deja caer junto al de la Emperatriz una pulsera de jade, según la antigua costumbre feudal, para apelar a sus favores. Siempre almidonado, siempre con su Romeo y Julieta y su casaca, que muestra ya en las axilas estratos concéntricos de azules varios —el sudor permite datarla como la corteza a los árboles— y ese olorcito a vino dulce con yema de huevo, su reconstituyente matinal.

Se sabe de memoria La Toma: bosteza en la emboscada decagonal, en la danza de los cuchillitos y hasta en el encuentro de Meng Hai-kung con las fuerzas del gobierno. Lagrimea cuando Flor aparece entre dos tocadores de sheng, una jabalina en cada mano, vestida de hojuelas azules, coronada de dos plumas de faisán. En su rostro navegan peces, huyen mariposas negras sobre sus párpados. Le dividen la frente dos espirales blancas; dos orlas simétricas, negras y amarillas, parten del labio superior y, bordeando la nariz, se abren como caracoles en los pómulos. En las mangas hay pintadas dos máscaras iguales a su cara. Trae al cinto una espada de cuya empuñadura parte un cordón de oro. Flor está aquí. Flor es. Más ligera que el sonido del *ti* coreano, más sabrosa que el vino de rubí y que la leche de coco.

Dos porta-estandartes la siguen con el Pabellón azul del Imperio, que centra una letra; detrás vienen dos tocadores de pipa, dos de luth y uno de tan-pin-ku.

Fénix de la montaña, la Luna la dora. La Luna es una linterna oscilante; sus ojos dardos negros.

Aún después del banquete el jengibre es capaz de festejar con sus siete sabores, y después de la lluvia la luz con sus siete islas: cuando se van los acróbatas Flor entrega su mejores kung sostenido. Se para en punta de pie, se llena de aire y los emite sin esfuerzo, perforando corazones y tímpanos. Avanza con un redoble de tambores y címbalos; retrocede y aparecen la Reina de las Grullas (¿la reconocen?, ¿adivinan quién es? Mírenla bien y sabrán —respuesta tres líneas más abajo—) y la Reina de los Halcones (que en la leyenda es un Rey, pero la metamorfosis no da para tanto). Pues sí, como han adivinado, la *Chong* y la *Si-Yuen*, las Nítidas, las Dueñas-de-la-Yerba-de-la-Immortalidad, batallan ante Flor, saltan una sobre la otra, dan vueltas de camera, se acometen con machetes dentados y con arcos. Así se van desplumando en el proscenio. Detrás Flor, la Fija, sonrío, ausente, sosteniendo en una mano el Fénix imperial, flanqueada por dos unicornios. Está allí, en plena posesión de su yin, como la viste en el bosque, ¿te acuerdas?

G. (*lagrimoso, il povero*) —Sí, claro que me acuerdo, junto a los helechos, cerca del Almendares...

Yo —Silencio. Óyela. Entona su solo.

G. (*suspirando*) —¡Qué lindo es todo eso!

Yo (*que lo despierto*) —Bájese de esa nube y vuelva a la realidad. Se acabó la Toma del Fuerte.

(*aplausos, etc.*)

EN CASA DEL GENERAL

G. (*airado, venitas moradas le surcan el triple mentón*) —Yo lo único que quiero saber es dónde está, quién es, por qué no viene, dónde se esconde, dónde.

Y las sacude por los hombros. Sueltan las plumas, piojos, lentejuelas. Ya son dos cabecipeladas.

Ellas (*las únicas que, sacudidas, se vuelven dos cabecipeladas*) —No lo podemos decir así como así. Es un secreto, es una apariencia, es...

Las insípidas se carcajean, se destornillan, dan brincos, son un salta-perico, van a desunirse.

General (*al oído*) —Yo lo que quiero es que le digan que soy yo, el del Bosque, que voy todos los días al teatro, que (*y se le aguan los ojos— ¿vas a llorar? vamos, que los hombres no lloran— es algo pitoyable*) no puedo más.

Las Sonsas —Se lo diremos.

Y así, muy deportivas, meten en la cesta todo lo que les viene en gana, aprovechando la debilidad de G.

¡Para mi cuarto! (*es Auxilio*). Y echa mano a un grabado, a un abanico de marfil. Ahora, graciosa, se echa fresco como una manola de feria, moviendo los ojos al compás, taconeando. ¡Olé!

La Otra, más discreta pero más burlona, juguetea con los gatos de angora, que arrastran cintas y cascabeles y se enredan entre las patas de los balances. Ella prefiere las cabecitas de esfinge, los relojes de arena, las garzas disecadas, los chinitos de jade que son pies de lámpara, los angelotes de madera dorada. Es una iniciada del Pop, está muy à la page. Canta, y mete cuanto encuentra en una jaba.

G. (*caricioso*) —Llévense todo lo que quieran. Díganle que se digne mirarme.

Ah, ya esto es demasiado. Miren eso. Auxilio arrastra hasta la calle una bañera de mármol rojo montada en cuatro garras de bronce. No sé qué irá a

hacer con ella, ya que lo que es jugar a los bomberos, de Pascua a San Juan y hay que obligarla.

Auxilio (*no hay peor insulto que la verdad*) —Y tú, métete en lo que te importa, me cago en tu madre, para ti tengo esto.

Y me enseña, la muy cochina, un enorme falo de porfidio, casi de un metro, que se lleva para su “salita pompeyana”. Hay que verla, está que no puede más. Tiene ya la Vespa cargada y ahora llama una camioneta.

La Otra, más saciable, anda por allá, conversando con la Generala, dando vueltas de camera sobre un tapiz persa (con el que de seguro carga) con una niña albina apretada en una bata roja —¿será nieta de G?—. ¡Bravo! Parecen dos gladiadoras.

Huyeron, tronando, con las motonetas. Solavayan. No les falta un solo prendedor. Van en kimono, con sombreros de copa. Llevan hasta una lámpara de cerámica azul —de pilas— encendida en el manubrio. Los sacos van llenos de Biblias, pisapapeles, relojes, etc. Las Insaciables no han dejado nada.

G. —¡Nada! Mirad los mostradores: polvo. Pero no todo está perdido.

Mejor dicho:

Cuando G. vio que ya todo estaba perdido, ya in articulo mortis, concibió una apelación final. Dio a las Ninfas, con la condición de que se lo entregaran al salir a escena, un regalo para Flor. ¡A lo que llega un corazón enamorado!

—¿Qué era?

Pues algo en apariencia muy banal. Una pulsera más, como la de todos los días, en jade azul, con flores y mariposas pintadas, como las que usaron las campesinas mongólicas. Claro está, ésta tenía además un dispositivo interior que funcionaba al cerrarse la joya en la muñeca, y que soltaba dos navajitas de afeitar muy afiladas contra la parte interior del puño. Sí, las arterias abiertas, tal y como piensan. Es cierto: G. había terminado su parábola, cumplido su ciclo. De mirón a sádico. Quien posee por la mirada posee por la daga. Por su sangre la reconocería. Herir. El placer está atravesado por el dolor.

¿Se siente culpable? Apenas. Se le subió lo de gallego a la cabeza, como dicen. Es un vampiro.

Pero, queda una última pregunta:

—¿De dónde salen todos esos objetos, dónde se ha desarrollado la escena precedente?

Pues bien, tanto era el peregrinar de sus noches y la impaciencia de sus días que G. decidió cambiar de ataque. ¿Qué se necesitaba en el Teatro? ¿Qué usaba Flor a diario? ¿Sin qué no podía vivir?

Aunque su vocación era grande, pronto rechazó el proyecto de la tienda de víveres. De la cocina de Flor, según las leyes de la Ópera, casi todo estaba excluido. El arroz con té que comía y el aceite de sésamo que usaba para darse masaje no valían la pena de una instalación. Se decidió por el resto. Así es que con sus últimos ahorros, la Generala, los gatos y la saltadora albina que acabáis de ver, además de algunos trofeos de guerra y de caza, G. se instaló en el Barrio Chino de plein pied. Allí, frente al teatro, inauguró *La Divina Providencia*, tienda total, esa que las Urracas acaban de devastar.

Desde allí vigilia día y noche. Centinela en su almena.

Hoy no iré al espectáculo.

Espera a que saquen por la puerta de los camerinos un cuerpo pálido.

LA DOLORES RONDÓN

—Como hace tanto calor, no nos vendría mal un paseíto por el cementerio: el mármol refresca, casi como una limonada. No hay mesitas ni traganíquel en este jardín de piedra, pero a eso llegaremos. En éste de Camagüey, en el centro de Cuba, no faltan retratos al óleo, con el muerto negro más rosado y más saludable que lo que nunca lo estuvo en vida, ni capillas de

dos pisos, ni lectura. Aquí, por ejemplo, en el cruce de estas dos avenidas, se puede leer el poema de Dolores Rondón:

Aquí Dolores Rondón finalizó su carrera, ven, mortal, y considera las grandezas cuáles son. El orgullo y presunción, la grandeza y el poder, todo llega a fenecer. Y sólo se inmortaliza el mal que se economiza el bien que se puede hacer.

Duro Oficio el de Dolores. Cortesana y poeta. Cortesana lo fue toda su vida. Poeta por un día. Pero el tiempo lo disuelve todo, como el mar en el mar. De la cortesana, de sus altas y bajas, que fueron las del senador Mortal Pérez, ya no queda nada. Pero el poeta nos mira, desde la muerte.

Bajo el poema dos ángeles boca abajo sostienen una lámpara encendida.

Una lámpara encendida sobre una cinta escrita en latín.

Una cinta escrita en latín que envuelve un ramo de flores.

¡Y todo de mármol!

Pero dejemos la palabra a los dos narradores. Que ellos nos presenten la vida de Dolores Rondón. No lo harán en el orden cronológico, sino en el del poema, que es, después de todo, el verdadero.

AQUÍ DOLORES RONDÓN

En la provincia, época republicana reciente.

Narrador Uno (*corifeo de vocecilla chillona, ácida*): ¡Ah sí, ponerse a escribir otra vez, qué vomitivo! ¡Como si todo esto sirviera para algo, como si todo esto fuera a entrar en alguna cabezota, a entretener a alguno de los lectores babosos, ovillados en sus poltronas, frente al sopón soporífero de cada día!

Narrador dos (*corifeo sentencioso, grave, de voz engolada*): Pues sí, descifra o revienta: todo sirve, todo es definitivo, todo vuelve al todo, es decir a la nada, nada es todo (*se raspa la garganta*) ...con ese juego de palabras quiero

decir que tu vomitivo es muy útil, útil porque vomitivo, en fin, con palabras se modifican las cosas, los comportamientos, el comportamiento de las (*se detiene en seco, da un coturnazo contra el suelo*).

Narrador Uno (*muy atiplado*): Comportamiento, futuro, modificar: palabras cojas. No me hagas reír que tengo el labio partido. Tú tienes un perro sarnoso, sarnoso digo por ejemplo, pues bien, tú coges el perro, que es la palabra, le echas encima un cubo de agua hirviendo, que es el sentido justo de la palabra. ¿Qué hace el perro? ¿Qué hace la palabra?

Conque ésas tenemos: perro-palabra, agua-sentido: he aquí las cuatro partes. ¡A cogerlas! ¿Quién le pone el rabo al burro? He aquí el resumen de mi metáfora: palabras cojas para realidades cojas que obedecen a un plan cojo trazado por un mono cojo.

Narrador Dos: Mis luces son pocas, de acuerdo, pero no veo muy bien quién es el mono.

Narrador Uno (*en soprano de coloratura*): ¡Mi hijo, por favor, hasta cuándo! (*busca una comparación fácil*) Pues bien: las palabras son como las moscas, los sapos, como es sabido, se comen las moscas, las culebras se comen los sapos, el toro se come las culebras y el hombre se come al toro, es decir que...

Narrador Dos: ¡Que el hombre se come las moscas!

Narrador Uno: No es tan fácil, pero bueno, hoy no nos hemos reunido aquí para eso, sino para tratar, bajo la advocación de la Santa Patrona de los Animales Menores, para tratar digo, el caso de la mulata Dolores Rondón.

Narrador Dos (*respondiendo a un acertijo*): ¿La que finalizó su carrera?

Narrador Uno: La misma que viste y calza. Hablaremos de ella.

Clemencia (*doncel pelirrojo y ceroso de voz fina e histérica*): ¡Con pelos y señales!

Auxilio (*doncel pelirrojo y ceroso de voz fina e histérica*): ¡Con sopa de sapos!

Socorro (*doncel pelirrojo y ceroso de voz fina e histérica*): ¡Con monos piedra fina y gatos araña!

Narrador Uno (*protestando*): ¡Ah no, eso sí que no! A esas tres locas no las soporto, a esos engendros.

Narrador Dos: Vamos, por Dios (es un modo de hablar), más simplicidad, más modestia. Tira tus lentejuelas al pozo y oye con calma. Éstos son los testigos de Dolores, los acompañantes. Déjalos que se expresen.

Auxilio (*dirigiendo una protesta del trío, muy líder de masas, muy seguro*): ¡Pugnamos por salir!

Socorro (*sprecht-gesang*):

Como la jicotea del carapacho, como el pollo del huevo, como el muerto del hoyo, ¡sí!

Narrador Uno (*asustado ante la aparición de los tres acólitos*): ¡Por favor!

Dolores (*mulata wilfredolamesca, voz entre guitarra y tambor obatala*): Hay que salir. (*Sin graduación alguna: una calle, cerca de la estación. Hoteluchos. Olor a tabaco y a mango. En el aire color limón la gorra roja de los maleteros, la risita de las espuelas. Pregones. Joyeros ambulantes. Quizás el claxon de un viejo Ford.*) Salir del hoyo. El que no cambia se estanca. Hay que moverse. No, no es el fango lo que me molesta, ni los aguaceros, ni los charcos, ni las carretas con bueyes, ni las campañas electorales; sino los otros comprando y vendiendo, comprando machetes, jabones, aldabas, tijeras, aretes, trapos, botellas y catres viejos; los otros comiendo y durmiendo.

(*Desaparece, como apareció, la calle.*)

Narrador Uno: ¿Ya lo ves? Desprecia lo esencial, el lugar de su origen.

Narrador Dos: Calla, estúpido. Lo esencial está entre la guanábana y el mango.

Dolores (*consciente de la interrupción de los narradores*): De aquí me voy yo y he venido a vender todo lo que tengo: un reloj pulsera y un gallo fino. Con lo que me den, hasta Camagüey, por lo menos. Éste es el abur de arranque. Yo hago como Cristóbal Colón, que quemó sus naves. Soy bailadora fina, a otros con la rumba de cajón. Letrada, lo soy, no muy leída. Calada en santos, apuntadora de las buenas. Al fijo, al corrido.

Auxilio (*rápido*): ¿Ustedes saben qué cosa es eso de “apuntadora”?

Socorro (*docto*): Cada animal es un número de la lotería, el uno es el caballo, el nueve la culebra.

Clemencia (*en falsete falso*): Que se come al sapo, que se come al toro.

Dolores: Hija legítima soy de Ochum, la reina del río y del cielo. Hay que sacudirse. Hay que ir siempre adelante, como los tranvías. Hay que salir de aquí.

Narrador Uno: Eso se cree ella, que se va; pero aquí se queda, aquí finaliza su carrera.

Narrador Dos (*grandilocuente*): Se va, se va para que el poema sea cumplido, para que, como te decía, el destino exista, el vomitivo sea útil.

Dolores (*que ha escuchado la conversación entre los narradores*): ¿Cómo? ¿Qué dicen esos viejos chochos que están allí? ¿Que me quedo? ¿Que aquí finalizo mi carrera? Ahora verán. ¡Oye, galleguito! Tú, el de la boina, tú mismo.

Mortal (*el rubio, el ojitos-de-piñata, el hombre de castilla, con su hablar casto*): ¿Me llama a mí?

Auxilio (*hablado-cantado, voz de soprano ronca, contento al comprobar que el poema sigue su curso*): ¡Los opuestos se juntan!

Socorro (*y se da un motazo*): ¡Se tocan por el vértice!

Clemencia (*coronado de guirnaldas de mármol*): ¡Como la culebra su cola!

Auxilio, Socorro, Clemencia (*réquiem desafinado*): ¡Como el principio al fin!

(Los tres con sombreros de guanábanas, con cestas de raspadura, saltando los railes, ¡que el tren llega!

FINALIZÓ SU CARRERA

En la provincia, después de la caída de Mortal

Narrador Dos: ¡A lo que hemos llegado! ¿No te lo dije? Los acompañantes la abandonan, la entregan a su verdugo como antes la entregaron a sus amantes, al mejor postor.

Narrador Uno: No son culpables, son inconscientes. Han revelado el sitio donde Dolores se encuentra con sus amantes y eso es todo. Por unas monedas, por unas cajas de Chesterfield y una loción Elisabeth Arden la han vendido, frívolos garzones. No sabían lo que arriesgaban, no sabían que la muerte vigilaba a cada paso. Pero no nombremos a la Huesuda, al *Ánima Sola*, no vaya a ser que anticipe su llegada. Confiados, víctimas ellos de la furia bigotuda. Había que advertirlos: Oyá es temible y pasa a diario con su carreta, dueña de los rumbos del viento, de las llaves del cementerio. Dolores va a morir, quizás está ya muriendo para que el poema se cumpla. En el calor, en un lecho chinchoso muere, sin el aire acondicionado siempre en *Very Cold* en que vivió sus mejores días, sin sus colchones Simons, los más cómodos, sin el agua de rosas que un día la perfumó. Haz, Huesuda, que...

Auxilio (*dándose cuenta del mal que ha hecho*): ¡Todo perece!

Socorro (*y se rocía de pies a cabeza con un atomizador*): ¡No somos nada!

Clemencia (*y se da un peinazo*): ¡Al polvo vuelve el polvo!

Dolores (*Con este monólogo Dolores recibe la muerte. No teme ya el tono grandilocuente, las imágenes ridículas, el folklore, la ampulosidad misma. Dolores entra en la muerte en tono mayor, como un día entró en la vida. Alarga ciertas palabras, los nombres de los santos, en esta “declamación lírica” Comicidad lagrimosa. Aquí la retórica, y el cha-cha-chá en los patios, al fondo*): Vuelve el río a la fuente, la luz a la aurora, la fiera herida al bosque. Cada uno en su agua. Cada pájaro en su aire. Vuelvo al fondo del mar, con la bata blanca de Obatalá, en la noche, bandera de los muertos. Arbol soy, sombra di. Lo oscuro asusta a los pájaros, pero el día viene, ronda de gallos. ¡Valle de sombra, a mí! No faltan al hijo de Elegua ni el pan, ni el pasto, ni el agua de reposo a su elegido, ni la fruta olorosa a su esposo. Guitarras, fui de madera; que mi muerte os caliente. Maracas, diosas destempladas, rómpanse. Los santos lo habían dicho con sus señales diurnas: el vaso de agua roto, los caballos ariscos, lo negro en los espejos. No oí. No creí. No abrí la puerta. Llamabais. El rey del cielo ahora me abra con la misma sonrisa con que yo abro no al amante de cada día, sino al asesino. A la Casa Húmeda los dioses provean lo que a la tierra. Habrá calor, habrá vino y café en la muerte. Ni el pan, ni la piña, ni el mamey abierto, ni los gallos degollados me falten en la tumba. Ni la oración de los nueve días, ni el luto, ni el banquete abundante con guayaba y queso. Ron que haya en mi velorio. Ron y recogimiento. Ni llantos, ni crujir de dientes, ni ropas rotas. Rey, recíbeme; voy sin temor. Viento trágame. Espárceme en la lluvia... Ya vosotros, servidores oscuros, bestias que me habéis traicionado, la guerra os diezme, el rayo os ciegue, la lepra os roa. Habéis prometido sin cumplir, dioses de blancos. Puñal, sé breve. No repitas mi sangre.

(Se apaga el cha-cha-chá.)

Auxilio: Ridículo monólogo final. Desprovisto de naturalidad camagüeyana.

Socorro: ¡El muerto al hoyo y el vivo al pollo!

Clemencia: Quién se tomara una cerveza bien fría!

Narrador Dos: Parcas estúpidas. Lechuzas.

Narrador Uno: Es tarde. Vámonos. Hay feria de la Caridad y esta noche todo el mundo está borracho.

(Grito de Dolores. El cha-cha-chá recomienza.)

(En el burdel de al lado Auxilio, Socorro y Clemencia lo bailan agitando sus cabelleras —lentos remolinos de llamas—, dándose palmadas en los labios, mordiéndose los dedos, arrancándose collares de cartílagos, zafándose las cejas, cuarteados ya los rostros, esas máscaras pálidas.)

VEN, MORTAL Y CONSIDERA

En la provincia, antes de la elección

Narrador Uno (*irónico*): ¿Te acuerdas del perro?

Narrador Dos (*tan despistado como una monja en un garage*): ¿Qué perro? ¿El del hortelano?

Narrador Uno: No, el otro, más sato, que en el primer verso salía disparado cuando le echaban el balde de agua hirviendo.

Narrador Dos: ¡Válganos! Claro que me acuerdo. ¿Qué se ha hecho?

Narrador Uno: Ya lo sabrás. Espera. Mira: ya están allí, ya llegan.

Narrador Dos: ¿Quién es esa gente?

Narrador Uno: Los de la proclamación, los de Mortal.

Narrador Dos: ¡La ronda de los vivos y los muertos! (*Una multitud en la plaza. Vivas, aplausos. Banderolas. Por todas partes surgen arcos de triunfo.*)

Mortal (*aspirante a concejal. La voz del primer verso se ha vuelto autoritaria*): Yo... (*pero hay defectos en el micrófono, en la radio. Primero*

como “estática”, a tal punto que se escucha una sola silaba, luego el dial recorre todas las estaciones. Silbido agudo.)

(Publicidad cantada) Jabón Candado, deja la ropa (*hablado, vocecilla*) o en el Caballero de la R (*voz de intelectual*) Wallraf-Richartz-Museum (*hablado*) y de una situación interna ext (*cantado, Ella Fitzgerald*) in the moon.

Mortal (*continuando el discurso*): Yo, hij (*pero vuelve la “estática”*).

Narrador Dos (*temeroso*): Parece que los dioses están en su contra. No llega ni siquiera a comenzar su mensaje.

Narrador Uno (*risita rápida*): ¿Mensaje? Para que haya mensaje (*repitiendo algo que no comprende, y que acaba de leer en alguna parte*) tiene que haber: uno, intencionalidad; dos, conciencia del emisor; tres, código; cuatro.

Mortal (*que sigue su discurso*): Yo, hijo de la Provincia, en el día de hoy, he recibido la proclamación como candidato a concejal por Camagüey, la más bella que ojos humanos vieron, para ocupar un puesto en el gobierno de la República (*aplausos*). Otros dirán que...

Narrador Uno (*docto*): Se sabe las partes del discurso: introducción, tesis, antítesis, refutación y resumen.

Mortal: Es fácil prometer los mejores bienestares antes de llegar al poder; para nosotros el poder no será un triunfo sino un sacrificio, como la Patria es ara y no pedestal. A los que dilapidan y empeñan las arcas nacionales en riesgosos convenios o trueques desasosegados e inconscientes, opondremos el razonamiento de las finanzas y un plan de ayuda al campesinado que consiste en la creación de viviendas baratas, caminos vecinales, escuelas y asistencia médica, sin olvidar el desayuno escolar (*aplausos*), la creación de centros de baile, circos, peleas de gallo, verbenas (*aplausos*) como me han pedido en entusiasmado coro,

Narrador Uno (*burlándose de Mortal por haber empleado la palabra entusiasmado sin conocer su raíz*): ¡Oye eso!

Mortal (*que lo ha escuchado*): sí, en un entusiasmado coro los vecinos ilustres de este glorioso y dos veces heroico pueblo. La voz mambisa (*en ese momento, con aullidos dantescos, un perro atraviesa la plaza donde tiene lugar el mitin, entre los aplausos y los vivas, los gritos y el desplume de Auxilio, Socorro y Clemencia..*)

Auxilio, Socorro y Clemencia: ¡Cuidado! ¡Tiene rabia!

Narrador Uno (*sacerdotal*): Canis hydrofobus, ¡Dominus Tecum!

Auxilio, Socorro, Clemencia: ¡Amén!

Narrador Dos: Ah, pero están allí esas víboras, esas ponzoñas venenosas, frescas, recién bañadas, teñidas de color salmón y con botas de piel de cebra, ya había yo sentido el olor a Camel y a Old Spice de Shoulton. Allí están, después de haber perpetrado el más horripilante crimen de la historia camagüeyana, la delación más innoble, el fratricidio más... no encuentro el adjetivo.

Auxilio, Socorro y Clemencia (*risas de brujas ante un menjunje de vinagre y sapos salados*).

Auxilio: El pobre, no entiende nada. No tiene discernimiento alguno. Mira, solamente para enumerarte así, de un tirón, todos tus errores, que son garrafales, hidrópicos, ballenáceos. Mira, para señalarte solamente cuatro (*seguro de si, académico leyendo su discurso*): error número uno, concerniente al ser material:

Socorro: No estamos ni frescas ni recién bañadas, puesto que no hay agua en toda la población y sólo nos hemos pasado un trapito con alcohol. Por otra parte, nuestras esplendentes pelucas, que todos admiran como es debido, no son color salmón, como en una apreciación ingenua habéis proferido, sino color zanahoria rallada, que no es lo mismo.

Auxilio: Error número dos, concerniente al peri-ser material:

Clemencia: Ni es Camel, cigarro que detestamos por la alusión verbal de todos conocida y que nos recuerda el sobrenombre de nuestra infancia, ni es Old Spice de Shoulton, sino Fleur de Racaille de Caron: en parfumes on sait très

bien à quel saint se vouer.

Auxilio: Error número tres, concerniente al enunciado del insulto y a la propiedad en el empleo de las palabras, que cada una, como es sabido, tiene su acepción propia —lo que excluye toda sinonimia— y ésta no es variante ni transferible.

Socorro: En efecto, no se trata de un fratricidio, puesto que ningún parentesco nos liga a la que usted cree trucidada, no lo hemos perpetrado sino que seremos simplemente los “autores intelectuales”, y, por otra parte, los adjetivos horripilante, innoble, pertenecen a una estética pasada... pero no entremos en los detalles.

Auxilio (*anunciador, ángel del apocalipsis con un saxo tenor, enredado en cintajos, aureolado, descalzo sobre una espada*): Y por último, el cuarto error, el menos perdonable, concerniente a la cualidad espiral del tiempo del ser:

Clemencia: El crimen famoso, el fratricidio de que usted habla, a pesar de haber sido el tema del verso número dos y que estamos en el tres, no ha tenido lugar aún. Sería una simpleza el considerar que el orden numérico corresponde al argumental; es decir, que nosotros aún no hemos revelado nada, que el senador al cual será ligado el destino de Dolores aún no ha aparecido, puesto que en este mitin anuncia su aspiración a concejal. Por último, aun si esto ocurriera después de la muerte de Dolores, nosotros no la hubiéramos festejado viniendo a un mitin, sino que hubiéramos permanecido junto a su cuerpo.

Narrador Dos: Pero entonces, ¿qué rayos hacen ustedes aquí?

Auxilio, Socorro, Clemencia: Pues lo de siempre —es decir— asistir a Dolores —fieles y eternos que somos— apoyo espiritual —damos de compañía— etc., etc.

Narrador Dos: Ah, ¿entonces Dolores viene al mitin?

Auxilio: Viene, pero no precisamente a protestar, como nosotros, por la falta de agua, ni por cierto a hacer protesta alguna; viene simplemente porque el gallego le prometió (en el verso uno, que ése si ocurre antes de este

momento, y justamente antes).

Narrador Dos: ¿Y la espiral?

Auxilio (*Sin responderle, lo mira con el rabo de los ojos, que prolonga una línea de oro*): si sale electo concejal, lo que por supuesto ocurrirá, para que el poema se vaya cumpliendo paso a paso (cosa que ya comienza a aburrirnos), y sin tropiezos (por lo cual le suplico termine este verso ahora mismo).

Narrador Uno: Se hará dentro de unas líneas.

Auxilio: conducirla a Camagüey, y lo que es más, si comprendimos bien (pues, entre paréntesis, el acento maldito del peninsular nos revienta) le prometió que una vez allí iba a desposarla, ya que no puede ser esposarla lo que oímos, puesto que no se trata de ponerle esposas como a una delincuente, que no lo es. Así es que. Pero terminemos.

Narrador Dos: ¡Dolores, allí está!

Dolores (*Sofocada, de tanto correr*): ¡Qué viaje, madre mía! Saltando como el guanajo bailarín del circo, sobre una plancha eléctrica! Saltando he venido en una carreta de tabaco, con dos bueyes, por montes y valles, de día y de noche, pero al fin llego. Y vale la pena. Soy la primera, la fundadora del Club de Admiradores de Mortal. Tendré 600 fotos de él en mi cuarto, una mecha de sus rubios cabellos en un relicario. (*Y cambiando de tono.*) Pero que hambre tengo. ¿Quién tiene un sandwich que me regale?

Narrador Uno: Nadie. Nadie. No hay queso ya. Ni mucho menos una lasca de jamón. Como tú han venido cientos y cientos. Desde los lugares más recónditos. Haitianos y jamaicanos en caravanas ferroviarias. Cantando y brincando entre los vagones, sobre sacos de azúcar blanca. Los trenes como estelas de fuego en la noche, silbando, repitiendo ¡Mor-tal-Pé-rez!

Mortal (*En plena posesión de los micrófonos y del público, bajo una lluvia de pasquines morados*): ¡Habrás más que en el Diluvio!

(*Aplausos finales y vivas. Auxilio, Socorro y Clemencia reclaman mejoras, se pellizcan, se sacan las cejas y se pinchan. Vuelve a pasar el perro.*)

Auxilio, Socorro y Clemencia: ¡Agua! ¡Agua! ¡Agua! (*Y se retuercen, dan volteretas en la arena, tragan piedras rojas, babean —creen ver minarettes, un oasis—, las sedientas.*)

LAS GRANDEZAS CUÁLES SON

En casa de Dolores

Narrador Uno (*Sacudiendo una maraca*): ¡Electo! ¡Electo!

Narrador Dos (*Da una voltereta, cae de la hamaca*): ¿Qué pasa?

Narrador Uno: Ay, te despierto. Es que me anticipé un poco. Tenemos que gritar eso dentro de unas líneas, en una fiesta.

Narrador Dos: ¿Nos vamos a una fiesta? ¿Y el destino? ¿Y Dolores?

Narrador Uno: Precisamente, hemos ocupado todo el verso anterior con nuestras habladurías dejándolos de lado, pero como ellos son el tema esencial del poema tenemos que borrarlos.

Narrador Dos (*Asustadillo*): ¿Cómo borrarlos? ¿No aparecer?

Narrador Uno (*Aclarador*): Apareceremos, sí, pero como servidores anónimos: peluqueros, modistos, gente que no suma el ser. En cuanto a los tres psicopompos, que ayer maravilla fueron... (*Sin transición alguna: guatequito criollo. Guitarras. Llegan los del Partido, los matamoros; ron con limón. Las amarillentas se rompen las caderas*) ...hoy son costurera, repostera y anticuaria de Dolores: tijera, veneno y carcoma. (*La algazara se acerca.*) ¡Vamos! ¡Es ahora cuando hay que gritar! ¡Con ánimo! ¡Allegro vivace!

Narradores Uno y Dos (*Allegro vivace*): ¡Electo! ¡Mortal Pérez electo!

Dolores (*Muy lírica*): ¡Abran puertas y ventanas! Lo primero que se va son estos zapatos que tanto me apretaban, esta cartera comando, estos sartenes. Y ahora: ¡traigan agua!

Auxilio: Pero muchacha, ¡si tú sabes que no hay ni una sola gota en este maldito pueblo!

Dolores: No es de esa agua la que quiero. Agua oxigenada: ¡seremos rubias!

Socorro: ¡Seremos blancas!

Auxilio: ¡Seremos pálidas!

Clemencia: ¡Rubias como pajuza de maíz, como cerveza rubia!

Dolores: Hay que empaquetar. Si, nos mudamos a una casa mejor. En una calle céntrica. Nos vamos a Camagüey, a La Habana. En litera alta y baja. Llamen a la costurera, de parte de Dolores Rondón....Dolores Rondón... qué nombre de concejala... Dolores de Pérez... Lola Pérez Rondón... No hay nada que hacer. Somos el nombre con que nacemos (*En la fiesta, alguien pisa un perro que da un aullido.*)

Socorro: ¡Aquí está la costurera!

La Costurera (*Que es Auxilio mascarado. En su nueva metamorfosis, la parca trae unas enormes tijeras, la cabeza rapada, como un maniquí de costura, con un bandeau —un centímetro—. Le recorren el pecho líneas de puntadas negras*): ¡Luz y Progreso!

Dolores: Ay, pero si me parece que la conozco. ¿Dónde nos hemos visto? Ya sé: en el velorio de

La costurera (*Da un paso atrás, quiere despistar*): ¿Yo en un velorio? Jamás. Los crisantemos me marean, las velas me sofocan, el café me ataca al hígado, la mala noche me amarilla, etcétera.

Dolores: Me confundo entonces. Pero hablemos de lo importante, de lo que se usa en La Habana: queremos seda verde botella, piel de la que hace toser, collares, guantes, sombreros con flores y pajaritos y espejuelos de esos con que uno ve sin que lo puedan ver.

La Costurera: ¡Como los muertos!

Dolores: ¿Cómo?

La costurera: Como los tuertos, que se tapan los ojos, pero ven, siguen viendo, ven demasiado.

Dolores: Ah, bueno (*gritando*). ¿Pero qué pasa, no hay nada que tomar en esta casa? ¡Daiquirí para la costurera!

(*Vivas al triunfo, a Mortal.*)

EL ORGULLO Y PRESUNCIÓN

En la capital de la provincia

El peluquero: Que el relajo sea con orden. Con orden. Cambia de amante, Dolores. De color de pelo. De casa. Pero no de dioses. Que hables fino, que digas la ese al final de las palabras, como corresponde a una concejala, que por pura ostentación y sin haber jamás tenido el menor dolor de muelas te hayas puesto dos dientes de oro, que tomes whisky on the rocks y tom collins, que te hagas la ciega para no conocer a tus amigos, que te acuestes con tus criados rubios, que abandones al pobre gallego al vértigo de la alcaldía, donde, como todo el mundo sabe, obedeciendo a tus consejos, recluta desde los puntos más recónditos de la provincia un ejército de mamboletas hecho a tu imagen y semejanza... todo te está permitido. Todo. Pero con orden. Con apariencia de orden. Con orden en el desorden. Me trabo en las palabras. Quiero decir que no debes olvidar el vaso de agua, los girasoles, los gallos. Quiero decir que no debes olvidar los dioses.

Dolores (*con la cabeza metida en un casco plástico. Operática. Con orgullo y presunción*): ¿Qué tiene la servidumbre? Primero la vieja anticuaria con sus risitas burlonas, todo porque le pedí sillas retorcidas, colchón Simons. Luego el ama de llaves, la ojo-de-sapo, que no me reconoció en traje sastre. Luego la pastelera con su arroz con leche (*y en un gran sostenido*); ¡yo quiero Banana-Split! Y ahora tú, Atila del peinado, después de haberme destrozado las

trenzas, mis bellas trenzas lacias, el pelo, el cráneo, la cabeza toda; después de haberme aplicado las malolientes pomadas para desrizar, los cascos eléctricos para rizar, los masajes para desrizar otra vez, los peines calientes; después de haberme dejado tiñosa, cabecipelada, calva como una puntilla... ahora orden. Ahora santos. Ahora que se prepara otro banquete, otra candidatura, otra mudada, otra alianza política (*se lamenta, la pobre*)... ¿Hasta cuándo, Catalina, abusarás de la paciencia nuestra?

Relajo. Orden. Palabras llenas. ¿Cuál es más boquiabierta de las dos? ¿Cuál se traga a la otra? ¿El relajo se traga al orden, lo digiere, lo expulsa? ¿El orden se atraganta con el relajo? ¿Los dos se devoran, se temen, se huyen? No sé. Sólo sé que las cacerolas están debajo de la cama y los orinales en el fogón. Ése es el orden. Sólo sé que me habéis dejado calva.

El peluquero (*casi llorando*): No, Dolores. Has tomado demasiado. El bloody Mary, el vodka con jugo de tomate te saca de quicio. No es cierto lo del pelo. Te desrizamos, te hicimos rubia y morada como un pedazo de nube, te hicimos luego de llamas. No estabas contenta. Querías bucles concéntricos, torres al revés, proas de barco. Querías peinados flavios. Decías: “Soy Titi.” De allí los cascos de aluminio, los altos voltajes, los ácidos muriático, el peine caliente, la pestilencia. Ése es el orden de las cosas. Quisiste ser pájaro, gacela; detestabas tus ojos guachinangos. Allí vino la máscara de espinacas, la crema de piña-ratón, los masajes simultáneos y el beauty sunfluid de Helena Rubinstein. Se hizo lo que se pudo. Ése es el orden de las cosas. Las cosas redondas, limpias, clasificadas, archivadas, en fila, en la barriga del orden. Así son las cosas.

Dolores (*walquyrica*): ¡No! No me detendrás, no van a amarrarme como a una chiva. El que no cambia se estanca. Yo iré adelante, siempre adelante, como los tranvías. Hoy mismo haré las maletas. Me voy. De aquí a La Habana. No aguanto más esta ciudad polvosa, sin barcos, sin restaurantes chinos. Quiero Chop-suey, arroz frito, pollo con almendras, puerco azucarado. Iré a donde sea. A Pekín, a Hong-Kong. Calva como me habéis dejado. Tuerta, coja: no importa cómo pero llegaré a mi destino puntualmente, como un tren americano. La vida es una jabonera; el que no se cae, resbala. Me voy. Ganaremos las elecciones municipales, provinciales, senatoriales, nacionales. Seré senadora. Tendré cada

día más admiradores: ¡El poder está en las caderas!

Y a ustedes, servidores que no queréis seguirme, que desprecian el triunfo, que quieren seguir enterrados aquí como la culebra en la cueva, a ustedes dejo estas pajuzas rubias, mis últimos cabellos, esos alambres que me habéis torcido sobre la cabeza; a ustedes que desprecian la capital, la gran vida,

LA GRANDEZA Y EL PODER,

a ustedes que en la hora definitiva me abandonan, en la hora de la gran elección, de los frijolitos de soja, del pâté imperial, os libero de empleo y sueldo. Fieles, únicas entre toda la servidumbre revuelta y exigente, airada, irritada, colérica, tres consejeras me siguen: la costurera, la repostera y la anticuaria. La elegancia, y las dulzuras del presente y del pasado. Tres abnegadas. Al menos no faltarán los pasteles, el merengue helado, la naranja china. Me voy a los barcos. ¡Calva, coja, pero a La Habana!

(Tecleo de máquinas de escribir. Semáforos. Barcos. Sirenas que se alejan y se acercan.)

Narrador Uno: ¿Lo estás oyendo? La Habana. Ella lo ha querido, ella misma precipita su destino, salta hacia él como un pez hacia la orilla. Quiere Habana, quiere gran vida, quiere, como dice, imitar a nuestro ilustre clásico, la condesa de Merlín. Pues aquí está el comienzo del fin: ¡estamos en plena Habana!

Dolores *(con el énfasis de toda apoteosis política)*: Fieles servidoras, sombras mías. Comencemos en grande la etapa senatorial. Yo lo sabía, yo llegaría a senadora. Allí están los votos, allí está Mortal aclamado por las alianzas, los partidos, ¡el pueblo mismo! Han quedado atrás los tiempos de la provincia, del polvo, de los gallos. La bañera. Quiero un baño. La bañera repleta de ron. Y luego que me abaniquen con grandes pencas. Ésta es la vida que

merecemos las cuatro. ¡Hoy tiraremos monedas de oro a los negritos! Traigan la peluca, el corset más estrecho, la lentejuela, la orquídea que llegó esta mañana desde Miami. ¡Voy a Palacio! (*Suena el teléfono.*)

La costurera (*respondiendo a la llamada*): ¡No está, la señora senadora no está! (*Ríe, burlona, cuelga con estrépito.*)

Narrador Dos (*compungido*): Hay que reconocerlo. Dolores ha llegado a su barroco. Está superándose a sí misma, batiendo su propio récord. Todo esto va a terminar como la fiesta de los chinos. Las lecturas le han hecho mucho daño. La han enloquecido. Está bien que aprendiera inglés, que lo habla, entre paréntesis, como un haitiana; está bien que pidiera perfumes y flores congeladas a Miami, pero los clásicos cubanos han sido más fuerte que todo. Qué indigestión. Allí está, haciéndose abanicar por dos negras obesas a la salida de un baño de ron. Igual que la “Condesa de Berlín”, dice. ¡Válganos!

TODO LLEGA A FENECER

En La Habana, la apoteosis senatorial termina

(Suena el teléfono.)

La anticuaria (*que, como es natural, es una mutación de Clemencia. Acostada sobre una piel de lama, ceñida en seda rosa y oro —la cola del traje sirve de florero—, peinado alto con motivos vegetales cubanos. En la mano el teléfono modern style cuyo auricular es un cuerno pintado por un primitivo etiope*): No está la señora senadora, ausente por motivos de misión presidencial. (*Pero, ay, le dan una terrible noticia.*) ¿Cómo? ¡No es posible! (*Se para de un salto —se le rompe un tacón—. ¡Qué pálida se ha puesto!*) ¡No! (*Da un grito. Las otras dos parcas se acercan y gritan también: largos quejidos, crujir de dientes, aullidos que viran la tierra al revés*)

Narrador Dos (*atacado*): ¿Qué pasa?

Narrador Uno (*bíblico, con una barba patriarcal plateada, de caracoles,*

las tablas de la ley en las manos): Lo que tenía que pasar. ¿Se acuerda de la parábola de los animales?

Narrador Dos: Claro que me acuerdo, pero no me joda más con sus parábolas. ¿Qué pasa en casa de Dolores? ¿Qué se desencadena? ¿Qué dioses han llegado con bandera de muerte?

Narrador Uno (*sin alterarse*): A eso llegaremos. Comenzemos por la Zoofagia Cicloide: los sapos se comen las moscas, las culebras se comen los sapos, el toro se come las culebras, el hombre se come los toros. He aquí la explicación. Esta mañana, a las cinco. Calor sofocante en la cámara presidencial. Erotismos. Copas. Etcétera. Cambiando de sexo por razones obvias. Número uno: la mujer se come al toro. Pues bien, la bailarina llamada “La del Diamante en el Ombligo”,

(y aquí los fatigados espejos, las flores de neón, la cortina de fondo con góndolas y el bolero de Ravel, esa firma de todo strip-tease.)

Presidente: ¡Basta de danzas tahitianas! El ombligo dando vueltas y vueltas, describiendo círculos, abriéndose y cerrándose como ojo de cíclope, el ombligo, digo, me deja bizco, me da mareo. Lo veo dar vueltas y vueltas solo, como un trompo.

Danseuse: Delicioso homenaje, para mí que tanto he malgastado aquí mi talento internacional.

Presidente: Y yo mis pesos para ver caderas camagüeyanas.

Danseuse: Bien que he penado por ellos. Pegados están a la cartera. Una “actuación especial” en Palacio. Eso me habían prometido. Una actuación con luces y afiches de colores. Me miro aquí y no lo creo. Sin público, sin bravos, sin orquídeas en el camerino ni telegramas. Reducida a un cuarto y una cama. Yo que renuncié a todo por venir. Yo, esperada en el Negresco de París, en el Lido de Roma. Yo, la más cotizada, la “assoluta”, la de la cintura de chicle. ¡Ya me la pagarán!

Presidente: Mal has leído los folletos turísticos. Mal anda el mercado.

Quien mal anda mal acaba.

Danseuse: Mal acabarás tú y tu pandilla. Yo aquí, diosa de Papeete, con mis alhajas. Entre malversadores. Yo que para las luces de Palacio me doré los párpados a la Cleopatra, me compré un traje, un collar de tres vueltas, una peluca color zanahoria rallada con crema de espárragos; yo que había inventado un número “presidencial y ameno”, como me indicó la Rondón. Mal acabarán todos. Mal están acabando.

Presidente: Fuera de aquí, momia. Serpiente emplumada.

Danseuse: ¡Di más bien Diosa de la Libertad!

Narrador Uno (*cesa la música*): Y es así como se inicia el ciclo zoofágico. La mujer se come al toro. ¿Cómico, verdad? ¿Y el toro, qué hace el toro?

Narrador Dos: Se come a la culebra.

Narrador Uno: Claro está. El Presidente, insultado, como alma que lleva el diablo, llama a la serpiente, que es el primer ministro. El reptil duerme, pero el primer magistrado lo despierta con insultos, puesto que de él venían, igualmente importados, según decía, los licores, las drogas y la danseuse. Son, para salvar las cronologías y los órdenes, las seis de la mañana y estamos en la segunda etapa.

Narrador Dos: ¡Qué horror! Cada frase tuya, que parecía banal y gratuita, cobra un gran sentido, se integra a una maquinaria precisa. ¡Qué grande eres, autor de la Dolores Rondón!

Narrador Uno: Las alabanzas para el final. Son las siete ante meridiano: la serpiente va a devorar al sapo. Oigamos:

Primer Ministro: Desgraciado, hijo de puta. Haberme enviado esa cortesana asquerosa. Esa chusma camagüeyana haciéndome creer que era una delicada bailarina de Hawai. ¡Lo que ha sucedido! ¡Se acabó todo! ¡No se aparezca más por el Capitolio ni por la Cámara!

Secretario del Primer Ministro: Pero, distinguido señor, no se ofusque, no se excite, no se agite que el corazón no se opera. Mortal Pérez, nuestro dilecto amigo me la presentó, extraída del “Ejército de Arte” de Camagüey, su tierra natal.

Narrador Dos (*llora*): He comprendido. Pobre Dolores.

Narrador Uno: Conservemos la frialdad hasta el final. Es así como esta mañana a las ocho, mientras Dolores tomaba su baño de ron, Mortal fue acusado públicamente de trata de blancas, contrabando de drogas, importación clandestina de licores, atentado contra la moral pública, traidor al partido, ateo, etc..., y declarado persona non grata.

(Tomadas de la mano, lentas, sin peso, las parcas giran. Los nacarados pies apenas tocan el suelo. Los cabellos flotando. Opacidad submarina. Sus gritos nos llegan fragmentados, rotos.)

Dolores (*con sentido trágico de la existencia*): ¡Tierra trágame! ¡Tierra trágame! ¡Tierra trágame!

La costurera: Toda tragedia es repetitiva!

La repostera (*confitada metamorfosis de Socorro. A la cabeza, en equilibrio, un tablero con toronjas combadas, milhojas, brazos gitanos, panetelas borrachas*): ¡Toda repetición es retórica!

Dolores: Sí, tierra que me viste nacer, ¡ábrete ahora, cómeme, disuélveme, conviérteme en piedra! ¡Cuánta furia en los santos! ¡Cuánto fuego en mi cabeza! Servidores, si aún quedan, si aún no se han ido todos cargando con muebles y cortinas, tráiganme una bolsa de hielo y una limonada. ¿Cómo apaciguar ahora a los santos? ¿Cómo retroceder en el tiempo, virar el orden de las cosas? ¡Hielo! ¡Ventiladores! ¡Cuánto fuego!

La costurera: Aquí estamos, fieles esclavas.

La repostera: Te seguimos. No te perdemos ni pie ni pisada. Fuimos tu sombra en plena luz del día, ahora te conduciremos en la negrura.

La costurera: Aquí tienes, señora. Un batido de mango. Tómate con hielo y azúcar prieta la fruta que negaste a los dioses y que ya no te aceptan. Toma.

Dolores (*tan despreocupada como si estuviera en una canasta-party*): ¡Ay, qué sabroso está! ¡Qué dulcecito! ¡Mango filipino puro! ¡Qué suerte, después de todo, haber conservado la batidora! (*Y volviendo a la tragedia.*) ¡Mírenme camagüeyanos, hijos de la provincia más plana, la sin montañas, la del Laberinto de las Doce Leguas y los Jardines y Jardinillos de la Reina; mírenme, gloriosa estirpe del ganado vacuno!

La costurera (*hablado-cantado*): ¡y de los tinajones llenos de sapos!

La anticuaria (*hablado-cantado*): ¡y de los versificadores místicos!

Dolores: Miren el fin de mi carrera. Dejo lo que tengo. Nada me queda sino lo que he dado. Mirad mi casa: la servidumbre abandona sus puestos y huye, ratas de un barco que se hunde, hormigas de una cueva encharcada; los cobradores nos van rodeando. Lo dejo todo. Parto sin duelo. (*Otra vez en tono de canasta-party.*) ¡Qué bueno estaba! ¿No hay más? (*Y de nuevo trágica.*) ¡Que el cielo se parta sobre mí! Ya llega Mortal por la escalera de servicio, escondido, como un apestado, llorando, con los pies hinchados.

Mortal: ¡Qué dolor en los pies! ¡Qué tristeza! (*Las parcas lloran, se dan tijeretazos en el pelo, cubren los espejos con paños negros.*) ¡Silencio! No quiero llantos, sino una palangana de agua caliente, algo donde meter estos pies que crecen, que se hinchan.

La costurera: Ay Mortal, ¿qué será de nosotros?

La repostera: ¿Para quién ahora las fabadas, las eses y las zetas, para quién ahora la compra de votos de puerta en puerta?

La anticuaria: ¿Y el ojo de Piedad de Dios, y la paella valenciana, no volverán ya más?

La costurera: ¿Ya va mejor, señor?

Mortal (*suspirando*): Sí, ya va pasando. He caminado demasiado...

La repostera: ¡Y lo que falta!

Narrador Uno: Así llegamos a la última etapa, al juicio final: Dolores sale del baño y se encuentra con Mortal, descalzo, con los pies encima de la mesa de comer, uno de los últimos muebles que quedan.

Las Parcas toman la palangana de agua caliente y gráciles, danzantes, pausadas, van hasta la ventana y la tiran a la calle.

(¡Previsible simetría! Ésta, al caer, repite el ruido que se oyó cuando, en la euforia del éxito electoral, Dolores tiró sus cacerolas a la calle.)

Y SÓLO SE INMORTALIZA

Dolores (*lento, ma non troppo*): ¡Qué grande eres, Nada! ¡Qué sin bordes! Tú, única: dios sin pies ni cabeza. A ti mi vida, río inmóvil.

Ciudad sin muralla. Camino. Las torres no se alejan. Esta plaza vacía, este silencio son los mismos de antes; esta noche en que vuelvo al sitio de partida y me convierto otra vez en polvo y pobreza, esta noche en que espero es otra vez la misma noche impaciente de la partida, los ojos desvelados como entonces, las ofrendas dispuestas sobre el armario, una fruta ante cada santo. Pedía entonces que me abrieran los cuatro caminos. Salí temprano. Sin maletas. Como llego. El agua no se ha movido. La torre no se aleja.

Auxilio: Mientras los otros duermen, ella vela.

Socorro: Mientras gritan y cantan, ella calla.

Clemencia: Mientras comen y beben, ella ayuna.

Auxilio: ¡Vamos Dolores! Lo que se fue, se fue. Se fue el poder. Se fue el día. Toda la ciudad duerme. No hay ni un ruido en la plaza; se oyen volar las moscas en este hotelucho de frente a la estación a donde has venido a dar. Están todos durmiendo, roncando de lo lindo. Boquiabiertos. Sudando. Desnudos en

las hamacas. Meciéndose. Por el suelo. Entre botellas vacías. Soñando con los angelitos.

Dolores: Yo velo.

Clemencia: ¡Aprended flores de mí lo que va de ayer a hoy ayer maravilla fui hoy sombra de mí no soy! ¡Ven a cantar, Dolores! Y a pagarnos un trago, como nos pagaste uno aquí mismo, la noche que esperabas a Mortal para largarte. Baja al baile. No temas la simetría. Te esperan los bailarores, el danzón, la pianola.

Dolores: Yo callo.

Socorro: A la salud, Dolores. Ven al banquete. Al gran puerco relleno. Relleno con palomas torcazas tiernecitas, rellenas con flores. Todos comen. Comen y vomitan y vuelven a comer. No te pierdas el lechoncito, el rosado, asado entre hojas de guayaba, ¡parece un niño! La mesa está servida. ¡Aleluya!

Dolores: Yo ayuno.

Aquí esperé una noche. El mismo polvo, la misma plaza. Mortal vendría por la mañana. Íbamos a la riqueza y el poder. Todo igual. La provincia es fija. Pero me queda una alegría: la de ver tu rostro dormido, Dios, la de esperar a que despiertes, la de quedarme aquí, clavada frente a ti, mirándote. De mí te dejo testimonio: mi vida escrita en una piedra, junto a mi tumba. No la leerán sino los mendigos, los enterradores y las viudas, no la tocarán sino los lagartos y la zarza roja, o quizás las parejas de negros que hacen el amor sobre la yerba fresca del cementerio, sin miedo, ofreciendo la vida a la muerte. Para que te acuerdes de mí te dejo estas palabras, en diez versos mi vida, en mármol, para que no la borren ni la lluvia ni el viento:

Aquí Dolores Rondón finalizó su carrera, ven, mortal, y considera las grandezas cuáles son. El orgullo y presunción, la grandeza y el poder, todo llega a fenecer. Y sólo se inmortaliza el mal que se economiza y el bien que se puede hacer.

EL MAL QUE SE ECONOMIZA

En la provincia, antes de la candidatura de Mortal.

Dolores: Hermanos.

Babalao Uno: Entra.

Dolores: Vengo por un sueño.

Babalao Dos: Habla.

Babalao Uno: ¿Qué viste?

Dolores: Un banquete.

Babalao Uno: ¿Qué platos?

Dolores: Lechón asado, arroz amarillo y coco.

Babalao Uno: Buenos son.

Babalao Dos: Del gusto de Elegua.

Dolores: Vi más.

Babalao Dos: Di.

Dolores: Vi a los invitados, gente blanca. Y vi alrededor de la mesa pericos de todos colores que hablaban, y en el centro de la mesa una gran fuente cubierta.

Babalao Uno: ¿Y adentro?

Dolores: Todos los invitados se sientan muy contentos en medio del alboroto de los loros, yo destapo la fuente grande y adentro aparece un sapo hinchado, como si fuera a reventar, con los ojos rojos y saltones como de conejo. Y en la tapa, cuando la pongo al revés sobre la mesa, siguiendo el reborde, una culebra negra.

Babalao Uno: ¡Santísimo!

Babalao Dos: Vamos a ver.

(Tiran caracoles sobre una estera.)

Babalao Uno: Que las flores de piedra, que los ojos del mar nos digan.

Babalao Dos: Dicen esto: vas a encontrar un blanco de hablar mucho y muy fino. Con él vienen el oro y los manteles. Pero quédate allí. No quieras más. Ten cuidado. Cuida de ofrecer todos los días, de no escandalizar a los dioses. No reniegues. Son como perros, se van si no reconocen la mano del amo.

Babalao Uno: Y piden la flor que gira como ellos.

Y miel de abeja.

Dolores: Serán dadas.

Babalao Uno: Te vienen buenos días. Y detrás una espada.

Dolores: Dios nos libre.

Babalao Uno: Detente a tiempo. No ambiciones. Ofrece. Detente a tiempo.

Dolores: ¿Pero dónde? ¿Cuál es ese tiempo?

Babalao Uno: Eso no lo saben. O no quieren saberlo.

Dolores: No entiendo.

Babalao Uno: Es todo lo que dicen.

Dolores: Después de todo es un sueño. Y éstos, unos caracoles.

Babalao Uno: Sueños son.

Dolores: Y piedras.

Y EL BIEN QUE SE PUEDE HACER

En la provincia, poco después de la caída

Narrador Uno: ¡Ya estamos en el último verso! Hay que atrapar todos los temas, atarlos y desatarlos, coserlos, emparejarlos, mezclarlos, deslizarlos unos sobre los otros, con melódicos sonidos, tripas llenas de viento.

Narrador Dos: ¡La benemérita Gente de Letras nos acompañe!

Auxilio (*ortofónico*): De. O anterior. L, líquida. O posterior. Ere. E. S silbante. Do-lo-res.

Socorro: Do-la-res.

Clemencia: Entre los dos no hay más que una letra. Una sola. Una letra bancaria de la Santa Madre Caja del Royal Bank of Canada. ¡Dolores da dólares!

Narrador Dos: Aprovecha. Ataca el tema principal.

Narrador Uno (*es un locutor radial, como si anunciara un dentífrico*): Sí, señoras y señores, como ven, el dueño de la situación, el motor primero sigue siendo el juego de palabras, el salto de la muerte. Así se pierde lo esencial: la palabra corre ante el juego como el perro ante la rebanadora. Se ve en salchicha. Se ve en lascas, con aceitunas, entre panes... y huye. Huye ladrando y, lo dice el dicho, perro que ladra no muerde. De ahí tantas palabras ladradoras... pero desdentadas.

Dolores (*afligida*): ¡No queda nada!

Auxilio: Quedan. Quedan dólares. Lo sabemos. La cuenta está llena de ceros. Vamos, no te hagas la pobre. Haznos un cheque. Uno rosado, de los lindos.

Socorro: ¡Queremos batido de mamey, camisas de seda color mamey, slacks black and white, sombreritos. Dólares verdinegros!

Dolores: La cuenta se acabó. La carrera se acabó. Las vacas gordas se

acabaron, están tísicas, deshidratadas, viudas de toro, hechas tierra.

Narrador Dos: ¡Otra zoología desquiciada!

Narrador Uno: Tú que decías que todo era útil, que todo servía para algo. Mira qué situación. Dime de qué ha servido, de qué está sirviendo esta devoración en cadena, de qué sirve la vida de Dolores Rondón, de qué servirá su muerte. ¿Se han “modificado los comportamientos”? ¿Se han “asido las esencias”? Nada. Deliciosa Nada batida con leche.

Auxilio (*dodecafónico*): ¡Donde hubo fuego cenizas quedan!

Socorro (*quevediano*): ¡Poderoso caballero es Don Dinero!

Clemencia (*réquiem rápido*): ¡Qué vomitivo!

Dolores (*doloroso, de un acto sacramental*): Sólo quedan estos pesos. Los últimos. Los de la luz y el agua. Tómenlos.

Auxilio (*en jazz de Duke Ellington. Duke al piano, Cootie Williams a la trompeta, Ray Nance al violín, Chuck Connors al trombón-bajo, etc.*): Exhibiremos vistosos modelones...

Narrador Uno (*repetitivo y maniático*): Como si todo esto fuera a entrar en alguna cabezota, a entretener a alguno de los...

Socorro (*en bossa nova*): De Schiaparelli, Chanel y Christian Dior...

Narrador Dos (*furioso*): lectores babosos, sentados en sus sillas, frente al sopón soporífero de cada día...

Clemencia (*como Eartha Kitt sobre un récamier dorado, muy felina*): Y usaremos perfumes exclusivité...

Narrador Uno: ¡Ésas son las cuatro partes que unieron, las esencias!

Narrador Dos: ¡Qué ópticas!

Auxilio (*que es Ella Fitzgerald*): ¡De la Maison Rocha!

Narrador Uno: Todo sirve, es definitivo, todo vuelve al todo.

Dolores: Es decir a la nada.

Narrador Dos: A la nada.

Auxilio. Socorro y Clemencia (*emblemáticos y señaléticos*): ¡Sí!

(*Acorde de guitarra.*)

LA ENTRADA DE CRISTO EN LA HABANA

“La serpiente, la claridad verde, la vi junto a mi cabeza, salpicando vinagre; pero no a Mortal, ni la huella de su paso en el polvo que me trago buscándolo, en los guijarros que me rajan los pies, en la zarza roja. ¿De qué bebió? ¿Del pasto de qué bestias ha comido? ¿Lo mató la sed? ¿Le calcinó los huesos? ¿Le secó garganta y ojos? ¿Son ellos los que me miran, quemados, cenicientos, flanqueados de hilos de sangre? Es ésta la huerta prometida, esta ausencia de árboles, este crujir de dientes?”

Socorro se imaginaba encontrándolo, ceñida en damascos, portando sus senos sangrantes sobre una bandeja. Se veía infanta, flor aragonesa, pájaro plateresco aliabierto, clavado, entre manzanas y culebras de tapices flamencos, tocada de la mitra de fieltro, del sombrero cardenalicio a cordones de estambre, del de tres picos, esferas y octógonos de oro; tatuada de cenefas mudéjares, grabada en la heráldica púrpura de las Cortes, escrita en el cielo de un grabado, entre mástiles y ángeles retorcidos, señalando el puerto de Cádiz. Soñó su rostro desfigurado por el churrigueresco, por las maderas provincianas, por un jardín de piedra reflejado en la concha de un minrabo. Se concebía, la pobre, saliendo del Palacio de Dos Aguas, doblada bajo el peso de joyas crepitantes, puntuada la marcha de su alazán por una orquesta de tamborines marroquíes, custodiada por indios, sí, por indios con pericos brasileros, cestas de tabaco y caña. Llegó a sentir el olor cercano del azúcar prieta, el del sudor negro que gustaba con la

punta del dedo, experta catadora, el del aguardiente y las orquídeas podridas.

Así quiso ser Socorro, conquistadora de Mortal y del mundo, nuevo Cid, bastión de Castilla, inquisidora de mahometanos y circuncisos; quiso atravesar otra vez el polvo manchego, en una tropa de corceles, cabalgando sobre minaretes desunidos, balanceando incensarios barrocos sobre coranes cagados, fundando monasterios, degollando príncipes almorávides, lavándose luego con agua bendita.

...“Caminaba de mañana. Los ramos sacudían sobre las crines de su caballo menudo aljófara, y, mientras avanzaba, le ocultaban el sol, sin dejar filtrar más luz que la precisa. La claridad naciente sembraba a sus vestidos piezas de oro, fugitivas a sus dedos. Había frutas tan apretadas y de piel tan fina, que parecían licores prestos a ser ingeridos sin vaso, y aguas corrientes donde resonaban las guijas como alhajas en las manos de las hermosas...”¹

Poco duró. De poco sirvieron oros tantos. Estandartes y trapos rípiados, cabezas mitradas y tiñosas: todas se pudren. ¿De quién es el hedor? ¿Quién mueve el fiel de las vanidades? En un plato las cabezas de Auxilio y Socorro resecas, pelonas, coronando las diademas que antes las coronaron; en el otro sus biblias y visceras. ¿Quién las salva? ¿Quién da más? Recorriendo sus Moradas, buscando a Mortal vivo o muerto, preñadas de él, así cayeron las Fieles en la Sierra de Ronda, así las sorprendieron los pistoletazos, el chasquido de las toledanas abriéndose, el “alto” ronco de los bandoleros y sus manos desgarrándoles las caderas, el olor a hombre y a uva.

Se defendieron con las uñas. Esgrimieron bulas y detentes. La sed de los profanadores fue más fuerte.

Ahora van rodando, izas de a duro, cortesanas de a sangría, las mejillas mordidas, los hombros tatuados de escudos enemigos. Dando caderazos van, zapatando por los cortijos, arrastrando la sandalia teresiana, sí, con esas caras resecas y porosas como turrónes, los ojos de vino, dobladas sobre los jamelgos como picadores embestidos, arrastrando, macarenas pisoteadas, sus oros falsos.

A pesar de esos pesares quieren bailar. Gritan “¡tengo sangre de reyes en la palma de la mano!” y taconeán, y vuelven a taconear. Pero bostezan. Se les

destemplan las guitarras. Pierden el paso. Se quedan cosidas al tablado. Les salen ojeras. Se engarrotan. Sudan. Los ojos se les secan, y entonces ven junto a sus cabezas una serpiente, una claridad verde.

¿Macarenas deshilachadas? ¡Nunca! Recuperaron la bolsa (¡que no la honra! —dicen). Bajo esos harapos llevan sedas, esa preñez se aprieta con fajines, y en ellos van las firmas de los plateros cordobeses en brazaletes martillados, relicarios con huesecillos de santos, dijes que lució Mortal, cofres que guardan sus cabellos. ¿Las compadecéis, tocadas de las vulgares alas anchas de tunantes y muleros? Pues debajo van turbantes que son botijas de doblones y, de las sandalias, la doble suela es un árbol genealógico en cuero repujado. Sí, llevan el linaje en los pies, las muy majas; pisan las vides de más de una corona: Ese vino hizo de provincias virreinos, ennoblecó generaciones de traficantes y negreros. Buscan un imposible, es cierto, pero van muy bien pertrechadas. Mendigan avisos por garitos y colmenas —los burdeles malagueños—; en esas celdas, pordioseras apócrifas, cartománticas, celestinas, sobornan princesas negras, huríes de harenes magrebíes, eunucos mal castrados que les responden con sus voces de contralto:

Auxilio y Socorro (con las manos juntas, los ojos tornados hacia el cielo — y en ellos, claro está, la cruz reflejada): Tristes hermafroditas, por ley de contraste sabréis de él, pasó por estos lechos, ¿lavasteis sus partes en las abluciones de antes y después del acto, besasteis los anillos de sus pies, untasteis de óleos y canela su pecho, perfumasteis el aire, a su paso, de jazmines granadinos?

Y el coro de los obesos pintarrajeados responde gimiendo sobre las coronas de naranjas ensartadas, rajándose los mantos blancos.

El coro (*los sopranos en las celdas, lánguidos, acompañados de címbalos*): ¡Sí! Dos veces lo vimos, dos veces honró nuestros lechos. Gustamos de su jugo y hoy sentimos su sed más inextinguible que el *ayma*;² templó nuestras guitarras, dejó nuestras copas rebosando... partió a Córdoba, partió a Medina, se quedó, todo al mismo tiempo, ¡porque él está en todas partes!

LA ESPERA EN MEDINA AZ ZAHARA³

Capitales no, birretes de madera agujereados de letras coránicas; el nácar de los textos se repite alrededor de las cabezas como los animalejos en un plato ziri, arma loas y preceptos, y de esas simetrías estrelladas descende un follaje negrísimo —las greñas de las Moritas— entorchado a las columnas de mármol de sus cuerpos. A sus pies, río inmóvil, el polvo azul que fue enlosado de albercas y fuentes. En él, agua en el agua, disuelto el de Azahara.

Aquel rumor de aljibes, es ahora el de la zarza creciendo; aquella humedad, una incandescencia naranja, levitando sobre el suelo: jardín que el sol duplica y evapora; aquellas terrazas, sótanos, sus festejos, duelos.

Inclinan el oído Auxilio y Socorro: nada, no han quedado ni pájaros. Así pasan días y noches las Veladas, exactas a las ruinas, aguardando.

—Esperar es convertirse en nada —canturrean de tiempo en tiempo, y por sus cuerpos cuarteados dejan trepar las sierpes. Son salamandras, dulces alimañas; ofrecen a Mortal esa fijeza.

No comen, no beben, ni juntan los entiesados párpados. Descifran los capiteles vecinos y de esa lectura reciben augurios de La Llegada y paciencia. Entonces sonríen con sus ranuras harinosas, mueven sus pupilas de radios blancos y rosados, y piensan que el día del júbilo está próximo.

Así pasa un tiempo que no tiene dirección ni medida, hasta que llega al palacio una cuadrilla de excavadores. Ruinas de estuco, alguien las señala y se derrumban. De esos escombros, sacudiéndose, salen dos vendedoras de gatos monteses y biblias. Renuevan el asombro de los paisanos, allí paradas, en medio del coro, detenidas en un gesto de arenga; en cestas los felinos batallando entre salmos.

—No por estos pedruscos, oh labradores, ni por joya arqueológica alguna venimos, no; sino por los indicios de nuestro dueño. Buscáis palacios vacíos; nosotros a un rey que los merece. Ya las piedras ascienden. Decidnos si por ellas ha pasado. Se llama Mortal y “viste traje celeste de los telares de

Almería”.⁴

Quieren tomar cabalgadura los sanchescos, huir de las divinidades de ojos almendrados.

EN SUEÑO

Interrogantes, las Majas brincan delante del capataz. Portadoras de banderillas, las agitan como flautines dobles y desprenden del suelo sus piececillos, entrecruzándolos, chocándolos a un lado y otro de la cintura, bailarinas de jota. ¿Van a lanzar una jabalina? No. Se impulsan, saltan, se tocan en el aire; el chasquido es el de dos platillos mohosos, o el de una pandereta llena de agua.

El capataz quiere atraparlas y corre debajo de ellas, las manos abiertas, girasoles torpes, siguiendo el trayecto de las Diestras.

Las Cabeza de Perro se imaginan: en levitación, ángeles descompuestos, armadas de cubos estriados, la cabeza al revés, los falsos cabellos —tiaras de piedras y palos—, cayendo, oro en el oro, en una copa que alzan entre las manos. Un paño añil las viste y en él, pliegues concéntricos, se insinúan codos y rodillas. Éstos se tocan (y en cruz), porque las Princesas son dos saltimbanquis, y el suelo las letras de un evangelario.

El capataz, muy abajo, barbudo, siguiéndolas con los ojos, tirándoles pedazos de porrones para ahuecarlas y hacerlas caer, sí, lo ven con cuernos en media luna, orejas lanceoladas y una cola de cerdas negras sacudiéndose en el aire (para no hablar de la otra, ese bucarillo rebosante, al descubierto); babea, quiere lamerles los pies.

Ellas desnudas, garzas entrecruzadas sobre un plato de uvas y laureles, clavadas en un blasón de madera, en rojo sobre la mitad blanca, en prusia sobre la de plumas.

Auxilio y Socorro estaban durmiendo en un camastro, entre cabezas de toro y sátiro, rodillas, volutas de capiteles corintios y astillas de platos omeyas.

Así descubrió el día los escombros y el citado plato de uvas, y el capataz, el otro dador de fuego, sus cuerpos desnuditos bajo las sábanas. Es cierto que, como en el sueño, les lamió los pies. Bebió de ellas. Les dejó en los senos un olor a aceituna. Se despertaron húmedas y sobresaltadas. Auxilio gritó: “truhanes, tunantes, sátiros”. Y Socorro: “herejes, endemoniados”. Saltaron de los cojines, y no al polvo, sino a un tapiz que lo cubría. En él dejó el capataz la huella de sus pies callosos cuando, haciéndose el inocente, se acercó a ellas.

—Aquí está, oh madres castas, este presente (*y señaló el tapiz con un gesto de rey de copas*), indicio de su estancia que dejó Mortal al marcharse. Dáselo —me dijo—, para que lo amen como a mí me aman. (*Y se volvió sobre un talón, danzante.*)

No nos extrañe pues que las Cabezotas, desnudas aún, paseen el paño entre las ruinas. Lo acarician, sí, le ofrecen pasas, queso fresco y leche de cabra, se paran ante él para que el sol no lo destiña, lo llaman “estandarte”, o “diosdado”, o “agua quemada”.

Auxilio (*bostezando*): Pensó Mortal en nuestra honra: tapiz para taparnos. Vendido sería nuestra fortuna, empeñado casa y cocido, negociado en los telares de Almería la más espesa de las joyas.

Socorro (*que lo incensaba*): Calla, urraca, panzuda. Dártelo ha sido echar tartas de alicante a los cerdos. Necia, estos oros traen sentido, lengua de Mortal hay en ellos. Mensaje hilado; no será canje de colgajos.

¿Agita los suyos Auxilio? No. Es su risa: huesecillos en un cubilete, arena que arrastra el río.

—Cabecidura, imbuida estás de dicharachos. Nada dice nada. Vendámoslo presto, o será codicia de bandoleros y ratas. Al polvo se viene el polvo. El agua pudre los hilos.

—Los de tu destino ya hieden, Sancha, Olla de Albóndiga. ¡Vete! Tu parte te la doy. Consúmela en fabadas.

Rechina, muerde la felpa la tijera, la divide según la línea media, como al

destino de las Pálidas. Es cuando ya está cortado el tapiz que se miran, se vuelven a mirar y de momento se abrazan jeremiqueando, en un grito pelado. Las infelices, se soplan los mocos, se ripian los vestidos, se doblan como con retortijones de vientre, crispadas en muecas que no pueden desfigurarlas más de lo que están. Son un lamento, un golpe de pecho, un jipío que no cesa.

—Mira lo que hemos hecho (*y se dan palmaditas en los hombros*).

—Fue mi culpa. Yo, la trascendente, la necia (Socorro).

—No, mía: golosa, jamás harta (Auxilio).

Y se abrazan y se besan. Pero ya es tarde.

Nota:

En el tapiz, la fe, joven desnuda (se cubre con las manos un seno y el sexo) se apresura a entrar al comedor, pero ya ante la puerta, cerrándole el paso, está la práctica, vieja narizuda y biliosa. Esta última es a su vez detenida por un indolente paje carirredondo cubierto con un sombrero de plumas que se abren como lirras ante el rostro disecado de la anciana. Las mujeres cuchichean y se empujan, goloseando el banquete.

El rubio príncipe ha gustado la sopa y sonrío. Debajo de la mesa, entre sus piernas, se esconde un niño asustado y juegan dos galgos. El plato principal, carne de puerco o de jabalí, ha sido presentado en una fuente en forma de nave, la vela es de piel moteada y el mástil de madera termina en un capitel en forma de piña. Hay tres cirios encendidos, copas de nueces y un plato con granadas abiertas.

(Socorro indagaba el sentido de la tela. La descosió del forro por ver si ocultaba mensaje escrito; no halló más que el reverso deshilacliado de platos y cabezas: islas de nudos, puntadas negras. La cicatriz de las costuras trazaba en la lona otro banquete que era como una burla del visible, desvaído y terroso. El plato de granadas era un remiendo verdinegro; los comensales títeres bizcos. Junto a la bordura una mano zurda señalaba un retazo estriado, desprendido del resto.

Socorro recosió el tapiz, llorosa, pinchándose los dedos.)

Un joven moreno, hipo, rechaza los manjares y da órdenes a la orquesta. Ésta se compone de tres flautistas de pómulos inflados, una mandolina, un arpa y un tambor. El arpista, casi enano, parece dirigir el conjunto. A su derecha el tocador de mandolina inclina la cabeza bajo el peso de un turbante de abundantes vueltas, y a su izquierda, el tamborilero tristón se contrae para sostener su instrumento (un barril con dos tapas de cuero y una cadena) y apretar en la boca un flautín agujereado.

Junto a él, otro personaje (un músico) enseña algo a la fe y la práctica, pero no vemos lo que es, porque en su lugar hay un zurcido en los hilos.

SOCORRO

enrojecía piedras, con ceniza ardiendo, y esperaba sobre los ciscos el alba, como un ladrón en acecho. Ayunaba de pie, en lo más húmedo de la rápita, repitiendo jaculatorias y salves. Abandonó, por indulgentes, a sus confesores y extendió su mitad de tapiz (que había vuelto a descoser, interpretado según números y astros, hecho objeto de plegarias) ante un calvario, para que fuera pisado por los fieles, manchado de sus pústulas y lágrimas.

Mendigó. Vivió de pan y agua. Padeció el cilicio. Se aplicó las disciplinas. Bebió hiel y vinagre. Se consideró como una ramera y suplicó que la despreciasen.

Los ojos se le hundieron de vigilar en las noches, los pies se le rajaron de llevarlos descalzos. Se quedó en el hueso. Perdió el pelo.

Nota:

Junto al borde derecho de la tela, en una franja que no habían profanado los pies, quedaban un brazo del príncipe y el cuerpo de hipo. Una monjita muy pía creyó reconocer en él a Nuestro Señor. Así es que lo separó del resto, lo enmarcó en un sudario, y lo colgó detrás de una puerta.

AUXILIO

¡Qué olor a canela! Es que, con cencerros y bucranios, Auxilio ha prendido leños olorosos entre sus cabellos, segura de que tanto aroma favorece la venta. Aunque tiesa, cuando marcha se dirían cien cabras pastando, tal es el campaneo de las latas. Va envuelta en la mercancía: la compra es tentación de otra, más deleitosa. En otras palabras: cubre su desnudez con su mitad de tapiz, y, fuera de él, no lleva sobre sí más que el sonoro peinado.

Así se presentó a palacio. Perdió ambas telas: la brocada, y la que dejó a vuestro entender. Salió vestida, y si tintineaba, era menos de latas que de oros.

El marqués, que era veterano, no desdijo con ésta sus victorias pasadas. No lo amedrentó la sorpresa, y consumó la toma con los rituales campaneos. Cuando al fin envainó el sable, lo festejaron con añejos abundantes.

Nota:

El tapiz fue a dar a un comedor de invierno. Como los tijeretazos dejaban manco al príncipe, los bordadores decidieron eliminarlo y con él la bordura floral que enmarcaba tres de los lados. Lo colgaron entre cuernos y escopetas, cosido a un festón azul con cabras y puttis, sobre una alacena de madera. De las orlas se hicieron sobrecamas; el cuerpo del príncipe, víctima de dos restauraciones, fue a dar a la basura.

A AUXILIO

Saliste cuajada de oro, pero pronto fuiste a dar al barranco. Quebraste tu incensario bailando el porompompero, se te encallecieron palmas y calcañales, perdiste honor y pelo. Te arrastraste, hueso y pellejo, embadurnada en blanco y carmín, por esos caminos de Fuengirolas, como un santón mendicante, sin que escucharas almuédano, ni vieras blancura de cúpulas, ni rompiera tu ayuno voz

alguna. Se te fueron en manzanilla y anís del Mono los últimos colgajos; ibas y venías chancleteando, emborrachándote en las bodegas de los barcos magrebíes; por las noches te untabas de perfumes y salías a esperar los segadores. Te dejaban el sudor, la leche y unos duros. Volvías con ojeras, la cabeza amarilla, los labios mordidos. Cantaste, fuiste una zejelera con un gran lazo rosado, una tañedora de adufe; atravesabas tu pompón canoso con una flecha de brillantes.

Te llamaron La Paca, La Muerta-Viva. Ya no podías ni con tus huesos y maldijiste a Mortal, al tapiz y al día en que naciste: eras una vieja narizuda y biliosa.

A SOCORRO

De brazaletes te privaste y de los buñuelos con miel que tanto te gustaban; diste a la mácula tu tela y a los pobres tus prendas. Te nombraste Ruin, Sierva, besaste los pies de los leprosos y compartiste con ellos tu agua con fideos. Mortificaste hasta el desmayo tus pellejos. Gozaste de raptos, éxtasis, don de lágrimas; llegaste a oír voces, a ver a tu lado una columna de luz que se elevaba hasta el cielo; hiciste lumbre con un puñado de hierba (te cubrías con las manos un seno y el sexo); olvidaste tus sentidos y viste la claridad verde, la serpiente que aparece a los elegidos. A quien no viste fue a Mortal, ni supiste qué de él había sido, ni apartaste de tu pecho su rostro, tu única memoria, más punzante que las espinas, mirándote, revolviéndote las entrañas, enterrado en tu corazón como una brasa.

Así un día Socorro, que arrastraba —rosario en mano— sus pies sobre piedras y zarzas, creyó verse a lo lejos, avanzando hacia sí misma.

—¡Un milagro más! —agradeció al Dador en voz alta. Siguió andando. Entonces tropezó con Auxilio.

—¡Cantemos! —exclamaron. (*Y tomándose de las manos*):

No hay premios ni castigos:fiel el infielLos muertos y los vivos hacen ronda con Él.

Y lloraron con gran contento.

—No sé cómo decirlo —sollozaba la Una; y la Otra: —No sé cómo decirlo.

Así hasta que se calmaron, y desataron sus lenguas. Sellaban de ese lloro en un lacrimatorio cuando pasó junto a ellas una tropa de labriegos borrachos. Iban cantando, con cantimploras y hoces al hombro y un ciervo adobado en una vara. Rieron en gran manera, tanto las encontraron desaforadas y dementes. Quisieron bailar con ellas. Les hacían señas con las manos tocándose lo que se tocan, y burlones, se empujaban unos a otros. Las vieron en tanto menester, tan golosas, que les tiraron panes y pasas. Ellas, aunque hambrientas, se los volvieron a tirar, como si fueran carbones encendidos, y les gritaron “que no era ésa el hambre que tenían; que sólo las hartaría noticia de un gallego de piel como trigo espigado, de lengua casta y ojos de venablo”.

Ellos, con risotadas:

—Rumbo a Cádiz va, y va de vuelo.

Oyendo aquello quedaron tan sonrientes y contentas que pidieron los panes y las pasas que antes habían rechazado, y aún más, carne, vino, especias. Raudas, partieron.

Alegres pasaron el día. A la mañana del siguiente ya estaban encerradas en paños negros, una de ellas con cofia de olán almidonado, la otra con la afrenta pelona aún al aire. Traían yegua, aunque renca, misal y un porrón de jengibre. ¿Habían matado a una monja? ¿Pillado una clausura? ¿De dónde sacaban tanto trapo? No lo sé.

Las hacía proliferar la alegría.

Ya juegan a saltaperico y a la marisola —“que no quiere llantos nuestro

Pastor, sino guitarras tañendo” —, pierden el verde yedra de los párpados, ríen, sí, como lo lees, ríen y van al trote, Socorro encaramada en la montura, bajo un parasol flechado que, abierto, impulsa a la bestia cuando hay buen viento; Auxilio delante, tirando las riendas, apartando con su bastón la maleza, persignada a cada barranco.

Socorro. —Día de alborozo es, que no de duelo. No fatiguemos más himnarios, que Mortal nos aguarda. Él antes era una ausencia partida en dos, ahora una sola sed, secándonos, una figura sorda entre las piedras.

Auxilio. —Entonces no sabíamos buscarlo. Preguntar por él. Sentíamos su hambre y, piecitos locos, corríamos hacia todas partes.

Socorro. —Éramos pájaro en aire.

Auxilio. —¡Y ahora salamandras en fuego!

Ya la amazona desenvuelve pergaminos, se moja con saliva el índice para sentir la dirección del viento, anota la frecuencia de las aves, lanza al galope la potranca y tararea: “este” o “nordeste”, con su voz de caramillo.

Cuando les sopla de popa se contentan de gran manera, creen que Mortal auspicia su unión y las empuja hacia él.

Socorro (*en primo*)—

“Mírame, para que tengas ojos y pueda refrescarlos en los tuyos.”

Y Auxilio (*en segundo*)—

“Entraste en mí. Me ungiste la tonsuray dejaste en las brasas los sentidos.”

El dúo espantaba pajaritos y lagartos; serpientes y gamos se deslizaban detrás de la zarza negra para acecharlas. El mimbre crujiente de los serones apretaba alfombras, santos de madera y carabinas; en una cacerola, entre hojuelas de laurel, comino, alcaparra y pimientos, tintineaban un rabito de ciervo y dos orejas. ¡Buena corrida debieron dar para merecer tan insignes

trofeos!

Así buscaron, ay, mas no encontraron. Heridas de amor caminaron, corrieron por los campos. No olían sino a albahaca y a romerillo; no comían sino yerbas y flores; atravesaban, pájaras pintas, los bosques y los arroyos de una lanzada, gritaban a todo pulmón a ver si él las oía; cifraron en sus anillos —aros de lata que les quedaban— la palabra HERIDOR, y adiestraron palomas mensajeras para que los llevaran a todos los rumbos.

Se detenían en cada árbol, por ver si en alguno había grabado su nombre; distinguían, de la yerba, los distintos verdes, buscando la huella marchita de sus plantas; se quedaban las noches en silencio, velando: oían la savia empujando los retoños, las agallas de los peces palpitando, y lejos, en la otra ribera, el ardor de los ojos de los tigres, el sueño de los hombres, la vigilia de los almuédanos. Un aire caliente las envolvía como si él lo hubiera respirado; entonces lo soñaban con fuerza, a ver si aparecía, repetían su nombre hasta perder aliento para conjurarlo: querían inventarlo con palabras, contar todos los peces y los pájaros y los frutos, las alimañas y las sabandijas todas, para ver si faltaban los que lo habían alimentado, las que había aplastado a su paso.

Buscaron, ay, más no encontraron. Quisieron desistir, ser otras.

A paso largo, palomas bajo la luna, atravesaron puentes, noches, valles de ruinas blancas. Vieron al fin detrás de las colinas una lumbre como de muchas lámparas encendidas; una franja de palmas la cernía. Era el mar: entre líneas de arena, la de las cúpulas, entre deltas de salitre, la mancha azul de la bahía, almenada.

Solazadas a la vista de Cádiz, entre loas y alabanzas, envueltas en guirnaldas —ángeles guardianes del puerto—, extendieron mantel junto a un arroyo, para reponerse y dar gracias. Saboreaban unos girasoles con miel contemplando las terrazas de espuma y las naves cortándolas, cuando oyeron un rumor como de balsas rotas, y luego unos alaridos. Cebradas por las sombras de los sauces, se acercaban por la orilla, huyendo, unas cabras montesas. Saltaron el mantel. Viraron la jarra de vino. Seguían a las alzadas dos pastores desnudos

y empapados. Se detuvieron al ver las escudillas de madera, la jarra de tinto al revés, manchada la yerba de morado, y a Auxilio y Socorro asustadas, perdices heridas, granadas abiertas en las manos.

Las Flamencas se pusieron de pie, y recatadas, tornaron la cara hacia el arroyo. Con una mano se tapaban los ojos —Auxilio se llevó un espejito ante los suyos para mirar a los pastores sin deshonorarse—, con la otra, señalaban la jarra, acusadoras.

Ellos tartamudearon un “buen provecho”, y con los calzones mojados, hechos un lío entre las manos, se taparon lo que creyeron más urgente: el socorrido gesto de la Pudicicia. Por encima de las telas húmedas se les asomaban los vellos en espirales minuciosas; otros, como bozo, les sombreaban el pecho. Eran robustos y dorados y de barbas y cabellos de iguales mechas. Se sonrojaron al verlas tan cubiertas: una cretona floreada las apretaba como una mortaja; de ella emergían las manos, garzas disecas, las cabezas rapadas; un lazo blanco, prendido de la última mecha, las remataba como una giralda. Bajo esas mariposas tísicas las Corzas sonrieron.

Y extendiendo a los pastores la escudilla de granadas:

—No os detengáis, que se os van las montesas.

—Sí, que corríamos tras cabras huidizas, y estamos ante ciervos vulnerados.

¿Y esa musiquilla? Son los órganos mecánicos. Mira: dale a la manigueta. Que no se pare el rollo. El rollo ahuecado que es la música. El Tiempo como un pergamino giboso. Míralas. Entran en Cádiz las Renacuajo. Las siguen los muchachos en tropel, cantando coplas y aplaudiendo. Los órganos gaditanos deslizan alrededor de Auxilio y Socorro sus cajas sonantes, pintados de tortuguitas saltadoras, flores de plata y pájaros indios. Y ellas se escapan, que no quieren esa música, sino la de Mortal, que es música callada.⁵

Preguntan por él. Los tocadores de pelo azafrán las siguen, muñeques, rotando maniguetas y cabezas. Capirotes. Y ellas se tapan los oídos, se

esconden en las puertas —¿lloran?—. Quieren desistir, ser otras.

Buscaron, sí, indagaron, sobornaron, rogaron avisos de puerta en puerta. No las entendían. Las empujaban. Les tiraban panes viejos y cacerolas de sopa podrida. Les cogían con las puertas los dedos. Allí se quedaban enganchadas. Los niños las apedreaban. Los gatos iban a olerías.

FRAGMENTOS DEL DIARIO DE BITACORA DE AUXILIO Y SOCORRO. UNO.

Auxilio:

JARDINES Y JARDINILLOS DE LA REINA. Sí, los techos este mar tiene de helechos y las torres de cuchillos. ¿Son de corales los brillantes las islas ensartados?

Socorro:

No, son de rostros cariados. ¿No vas que esos puntos rojos son hongos y fueron ojos de careyes y de ahogados?

FRAGMENTOS DEL DIARIO DE BITACORA DE AUXILIO Y SOCORRO. DOS.

Ayer el mar estaba anaranjado y en calma. Vimos atravesar junto a la nave un banco de sirenas, algunas de las cuales se prendieron a la proa y nos acompañaron durante muchas leguas. Los marinos les echaron nueces y avellanas, que a ellas tanto les gustan. Daba gloria verlas jugar en el agua.

Por la noche navegamos lentamente, por miedo a atropellar tritones; éstos nos asediaron en bandas de hasta ciento y no nos abandonaron sino hasta el alba, enredados entre los sargazos. Pasaron muchos pájaros y ángeles que no se alejan nunca a más de una milla de la costa, así es que la tierra debe estar

cerca... *Vimos un ramo de fuego caer sobre el mar.*⁶

Hoy por la mañana, peces, franjas verdes en el agua —¿islas?—. Auxilio bailó para los marinos con collares de conchas por todo atuendo... Yo dije una salve.

Un viento nos sopla de popa y al casco vienen a pegarse hipocampos. Auxilio cazó algunos y los frió en aceite. Parece que los marinos los encontraron apetitosos. Larga siesta. El agua dulce se nos acaba.

INFORMES POSTERIORES identifican a Auxilio y Socorro con dos organistas de la catedral de Santiago de Cuba. El Museo Bacardí conserva en su gabinete de estampas, dos partituras compuestas por ellas y, según toda posibilidad, de sus puños y letras: una es un *stabat mater*, si bien sencillote en su instrumentación, correcto de texto, y la otra un canto profano sobre el amor y las estratagemas de Cupido, seguido de contradanza para clavicordio, ambos sin fecha en el original. Cuál es la autora de cada obra, y si asimismo pertenece a la de la primera una “Lección de Difuntos” a dos voces, para soprano y contralto, y a la de la segunda una “A la piña y al sol de Cuba”, canción para mezzo y piano, muy endulzada por la opereta italiana, son temas discutibles, pero al fin y al cabo secundarios.

Otras noticias menos dignas de crédito —transmitidas por una tradición oral dudosa—, atestiguan que las famosas mujeres que, siguiendo el trayecto de la invasión liberadora, agasajaron la isla en tinglados, o bajo carpas blancas de peregrinos y nómadas, no son otras que las Moritas.

Grabados de la época, anónimos o firmados por artesanos locales, nos muestran a las Ónticas sobre un fondo de estandartes y cirios.

Pero si estos episodios no son más que borrones, escritos sobre ellos han quedado los que se suceden entre los últimos días de Cádiz y los primeros de Santiago. Hay un diario de bitácora en el que las Ojos Fijos dan fe de la exaltación que les produjo “la incandescencia del trópico” y hasta se permiten una décima dialogada, sonsa y de justa métrica, sobre los Jardines y Jardinillos de la Reina, un archipiélago de la costa sur de Camagüey.

Es después del desembarco cuando su historia común se bifurca, o se duplica de un reverso burlón, como si los hechos bailotearan ante sí mismos.

Seguiremos la versión que va desde los días de gloria coral, en la catedral santiaguera, hasta la desaparición de las organistas en La Habana, víctimas de una nevada.

DOMUS AUXILII

Yo —Pero, y a todas estas, ¿qué se hizo Mortal? ¿No lo buscan más, lo han olvidado?

—¡Ay, niño! —me responde Auxilio, y con una vuelta de camera salta de la hamaca—. Toma, para que te refresques, chico —y me da una champola de guanábana.

Yo (*¡qué rica!*): Empino el vaso. A través del fondo la veo en un rondel lechoso, manchada de azúcar, cóncava.

—¿Qué quieres, mi vida? —continúa (*¡Cómo ha cambiado!* —*me digo*)—. La realidad es nacer y morir, ¿por qué llenarnos de tanta ansiedad? ¡El que no cambia se estanca, mi socio, así es que ni hablar!

Retiro el vaso, para oírla bien. Gesticula, chancletea, habla con las manos en las caderas.

—Mira, monada, lo buscamos, sí, pero si viene bien, y si no (*y bosteza, ay, que parece que va a tragarme*) el día se nos va en la siesta. ¿Cuál de los dos es más rubio? (*Y levanta —¡qué sol!— una cortina de canutillo.*)

Le manchan el cuerpo girasoles pálidos: los reflejos de un vitral. Sombras de arabescos se rompen entre sus manos: hierros, manzanas de vidrios rosados. La luz la araña, un olor a melao la envuelve, el morado de los techos difiere apenas del de sus ojos.

Yo: Por qué no decirlo, Auxilio, estás como en tu casa. No es más

brillante que el de tu cabeza el oro de las frutas tropicales, ángeles del Caney te coronan de nísperos, escriben tu nombre en mameyes.

Auxilio: Vamos, joven, no sea tan cubano. (*Y llamando*) Socorro, Socorro, oye lo que dice este indígena (*soy yo*).

Socorro: ¡Para nativos estoy! —Viene de la cocina, semidesnuda, con un racimo de platanitos colgado a la cintura, cantando—:

Mamá yo quiero saberde dónde son los cantantes, que los siento muy galantes y los quiero conocer...

Entra. Se deja caer en un sillón de mimbre. Se echa fresco con un abanico de guano, abriendo las piernas de un modo que a decir verdad a mí mismo me deja perplejo. Es increíble lo que el calor afloja. Mejor es cortar esto. Pasemos a otra cosa.

Es decir subamos a los pupitres de la Schola Cantorum. Ante ellos las Pasionarias se han ido carcomiendo, trastes funambulescos de sacristía, gusarapos de agua bendita. Las pobres, pasan la noche entre estas tarimas, sonando las campanas y engrasando los órganos. El día se les va en Te Deum, siestas y pan con sardinas. Cuando salen de la catedral, las beatas bigotudas les gritan detrás de las cortinas, envidiosas de la vida clerical que llevan (las apodan Las Murciélagos) organizando fiestas de catecismo y rifas. Los domingos por la tarde, dicen que dicen, terminados los servicios, se escapan a bailar al Níspero. Allí se aprietan con mulatos y guachinangos; luego se van borrachas a las cervecerías, a esperar la mañana —¿recordando a Mortal?— en la bachata.

Eso les da cuerda para encaramarse en las torres por otra semana. Pero no se puede repicar y andar en la procesión, y ésta de las Jabaítas va a terminar mal.

¿Cuándo se presentó ante ellas por primera vez el Mulato? ¿Cómo entusiasmó su voz de tener diplomado, su violín, aquella senectud vociferante? ¿Cómo tuvo acceso, no a capillas y sacristía, sino a entrepaños de torre, a tarimas, a los catres más secretos? Hizo resonar los órganos y, ¡viva la virgen!,

los vientres cranachianos de las organistas.

Auxilio: ¡Resucitó con su deje dulzón aquellos amarillentos latines!

Socorro: ¡Espantó las polillas con su tufillo senegalés!

Ellas, devotas, ya de la ascesis española pasaban a la mística criolla; eran mártires y confesoras de medio Santiago (vírgenes era imposible), pero cojeaban de un pie: el solfeo. Así es que viéndolas pedalear en seco, meter los dedos, impunes, en fusas por semifusas y corcheas por garrapateas, el Obispo de la diócesis, aquel regordete bonachón de manitas húmedas, ordenó que las asistiera un “apto”, que “no sólo con fervor se toca el órgano” y “hijas mías, la técnica es iodo en cuestiones divinas”. Sí, era un tecnócrata el canónigo, así es que, al día siguiente, ni corto ni perezoso, se apareció al deambulatorio de brazo del violinista. Éste traía una chaquetica bachiana y las pasitas envaselinadas; cuando tomaban el arco, sus manos revoloteaban como dos palomitas rabúas. Era bromista y retozón, y desde que vio a Auxilio y Socorro supo que las esperaba una alta música.

—Si en las torres —dijo el paganini sepia, sacándose de las mangas un pañuelo de encajes— hubiera rampas espirales para carrozas, se podrían montar los clavicordios y, el coro encaramado, ¡cantar una salve que se oyera hasta en el mar! —Y describió, con el pañuelo en el aire, la forma de una piña.

—¡Oh! —exhaló Auxilio y dio un frenazo con el pedal.

—¡Cantemos! —ordenó el Bruno. Y dio la clave.

¡Qué tristeza, mi amiga, la de aquellos mediodías! De cielo cucarachiento, de lluvia amarilla. Revoloteaban los pajarracos entre las sogas del campanario o caían dando gritos, descocotados contra el pararrayos. Pero ni las cabecitas latiendo entre las ranuras del entablado, ni los coágulos con plumas impedían que Auxilio y Socorro atacaran el pastel de cebolla de las doce. Se lo comían de pie, entre cintajos de semana santa, sepulcros desvencijados y molduras de reclinitorio.

Lloraban de dos a cuatro, ovilladas entre los cojines de un confesionario.

Lloraban y estornudaban, y no era rapé ni nada por el estilo lo que olían, sino el polvillo de los forros, arena que saturaba las naves, suspendiendo, asteriscos de oro, pulgas y piojos.

Saquen la cuenta: dos horas de secreción lacrimal diaria, con lo poco que bebían y lo mucho que orinaban —de allí la prosperidad de los jardines del este: sobre ellos desaguaban las gárgolas— y se explicarán por qué se fueron secando, como lagartijas en salmuera.

A eso de las cuatro, empezaba a pintarles mono el demonio de la siesta. Para sacudirse, daban unos cuantos campanazos y vesperales, se tomaban un guarapo (que subían por la mañana en termo, con las otras vituallas), y se entregaban a los rigores del pentagrama. En las campanas, huyendo del badajo, se daban cabezazos lechucitas ciegas.

A juzgar por las vetas concéntricas, tornasoladas y tan lindas, que las lágrimas cotidianas dejaron en el fieltro de los cojines, la estación de los llantos fue larga y tendida. Se ve que resistieron —¿las sustentaba aún el recuerdo de Mortal?— a los embates del calor almibarado; se ve que las afocó el desparpajo.

Hasta que un día: 1) echaron una pancita ovoide que se iba meneando delante de ellas cuando subían la escalera de caracol; 2) se aburrieron de todo, se cagaron en el solfeo y la teoría, se dejaron crecer horquetillas en el pelo y mugre en los tirantes del refajo; 3) contestaban a todo “lo que sea, socio”, “lo que no hay es que morirse”. Resumen: la siesta les royó los huesos, las amarilló, anemia perniciosa; nada, que les dio el soponcio caribeño —¡tan sabroso!— por su lado más flojo, que es el del ajiaco, el del danzonete cotidiano y el del colchón.

Se quedaban, embobecidas en las tarimas, días de días, sin bajar al mundanal ruido, abriendo latas y jugando al tute. Así es que un mediodía, el cura, acompañado del teócrata regordete, subió a gatas los traqueteantes peldaños y las sorprendió, a la hora del Te Deum, en pleno ronquido.

—¡Ya más afinados —exclamó el siervo de los siervos del señor— tenéis los aflautados tubillos bronquiales, que los de este armonio despatarrado!

Y ellas, en la modorra, fañosas, manoteándole en la cara. —Vamos hombre, que ya estamos hasta la coronilla de dar pedal. Teclea uno todo el día y no baja ni un solo santo. Imploramos en seco. Hay una gran sordera por allá arriba. Está bueno: ¡nos duelen falanges, falanginas y falangetas de tanto meter el dedo!

Ya las han oído, mis miñones; así es que ustedes comprenderán que cuando llegó el Bruno, violinista jacarandoso y muy tomador de prú santiaguero, encontró el terreno abonado.

Esto parecerá una redundancia, pero las clases se iniciaron en perfecta armonía. El virtuoso les enseñó misereres, pero también zarabandas, y de la salve, ay, pasaron pronto a la chacona. ¿Cómo las inició al daiquirí, la corona barroca de las bebidas orientales? ¿Cómo se volvieron tan adictas al “chiringuito” santiaguero? ¿Dónde aprendieron la receta del “saoco”, a saber: agua-ardiente con agua de coco, que pronunciaban ya “agüecoco”? ¿Quién les enseñó aquella mala costumbre: dejar los mojitos, los tamales y los rollitos de jamón del diablo entre las cuerdas del aparato, donde a veces hasta se podrían?

Ya la tapa del órgano, que lustraban barnices más que centenarios, era una tabla de lavar, acuñada de redondeles blancuzcos: eran las huellas de las copitas de hielo granizado, desbordantes de Bacardí con cerecitas, que allí dejaban, en el bailoteo. Y digo bailoteo, porque mientras la Una garabateaba en el artefacto cuatro o cinco pasodobles, la Otra los desmesuraba, encaramada en los brazos del Maestro, cuando éste no estaba entre los de Rita Pía, la nueva alumna, una santera y soprano en sus ratos libres.

Ya cuando habían festejado a los dioses danzantes se volvían a las lecciones. ¡Qué bonitos eran aquellos tríos, con el Bruno en el centro del órgano y las Remolinitos Rubios a sus lados, siguiéndole las manos con las suyas, aplicadas, del do al do, de tecla a rodilla, sí señor, que ellas le dieron un dedo y él se cogió todo el resto! ¿Te acuerdas, Auxilio, tú, despeinada por el soplido de los tubos, enrollando tus greñas de agua oxigenada en ellos, serpientes de oro en columnas de oro, melcocha musical que eras, sinvergüenzota?

Auxilio (*un poco apesadumbrada*): Sí, chino, claro que me acuerdo; ¿cómo voy a olvidar aquellos tiempos? Mira, alcánzame un traguito... ¿Qué se

harían aquellos bares del puerto, el Blanco y Negro, el Ambos Mundos, donde naufragábamos de madrugada? ¿Qué se hicieron las casas de cita santiagueras, aquellos jardines abiertos para pocos? Socorro corría desnuda entre los colonos y los contrabandistas haitianos, bailando las danzas de Lully, como les decía ella a aquellos tamboreos...

*(Y aquí se oye una danza de Lully que se vuelve un toque vaudoux.
Volvemos a los tiempos de la torre catedralicia.)*

EN EL MUSEO DE SANTIAGO

no escaseaban ramos minuciosos, paraísos terrestres, rostros armados con legumbres ni pacientes jardines pintados hoja por hoja.

Asomadas a las ventanas de sus Arcas de Noé, rubias, con la crin en llamas, iban pasando las barnizadas jirafitas. Los restauradores habían devuelto a las palmas la elocuencia de las cacatúas y el oro de los gallos. Sobre las mismas ramas se posaban colibríes y sinsontes. Entre las piedras, blancos y cuarteados como ellas, dormían lagartos; huía por los juncos —la delataba el rojo vivo de su pelambre— la de orejitas verticales, la jutía.

En los grabados el latín alternaba con el viejo francés de letras jorobadas.

—Ara chloroptere! Boselaphus Trago Canelus! —exclamaba Socorro señalando las esterillas de escama erizadas de espinas: miniaturas de róbalos y biajaibas.

Y el zunzún, cosido a la madera, volador fijo.

EN LA OTRA SALA

se empolvaba una “Plaza de Armas en Noche de Retreta” y una desdibujada “Vista de La Habana”, de Hill. Indios dulzones mostraban hojas de tabaco y tortas de casabe. Luego venía la colección del Castigo de la Maza,

Castigo de la Máscara y Castigo del Cepo: negros tintos en sangre, arrodillados entre grilletes y cadenas.

CRISTO SALE DE SANTIAGO

A lo largo de las naves parpadeaban los cirios en copitas de bordes dorados; en lo oscuro esas señas eran ojos de murciélago clavados contra los altares o enjambres de cocuyos escapando de una botella. Esa arena de luz lloviznada sobre Auxilio y Socorro las convertía a veces en náyades, otras en cabecitas de muerto de confite, según las cortaban las sombras.

El rumor de la cera crepitando se insertaba en el de un reloj oxidado y éste en el de sus descalzos pasos. Tocaban apenas el suelo, como pies de ahorcados, los pies de las Devotas. Bajo las lápidas que pisaban, entre hongos y reliquias mustias, yacían ocho generaciones mitradas: ojos vacíos miraban las mismas archivoltas, los días iguales amarillar desde la linterna los círculos de ángeles de la cúpula; leves como una bruma, amasijos de huesos sujetaban el oro de las túnicas que se incrustaba en ellos, apretaban, cartílagos resecos, relicarios y cálices.

Cabizbajas, avanzaban hacia la sacristía Auxilio y Socorro. Iban leyendo los In Memoriam grabados en el mármol. Tocaban los textos verdinegros con la punta del índice y se persignaban. Oían un gorjeo: eran las vocalizaciones de Rita Pía. Cuando empujaron las portezuelas, la encontraron frente al Bruno, que alzaba una batuta, con la boca abierta como la que en el libro primero de lectura va a deletrear Abanico Ala Ave.

Entre los armarios había un aire tibio, de cera, y una luz mostaza entre calderillas, incensarios y muñecones morados de párpados al revés. Un toldo amarillo la filtraba, estirado ante la herrera barroca de la ventana; el viento lo tendía —tambor—, lo inflaba —vela—. Los pájaros eran líneas de cruces en la tela, y los tranvías, al fondo del cuadrado naranja que recortaban los barrotes, sus largos troles chispeantes, dioses de códices corriendo con marugas encendidas.

Se abrió la bolsita de malla de platino que Socorro traía a la cintura y de ella salió un llave inflada, de punta doble. La hundió con cuidado en la cerradura. El seguro dio un campanazo.

Despatillado en un rincón del escaparate, los codos doblados contra el pecho y los brazos en rodajas, descansaba el Redentor, el sin pies ni cabeza. De las muñecas y los tobillos le salían garfios, y del cuello, cortado a nivel de la nuez, un gran tornillo. No tenía sexo ni rodilla. Lo cubría un barniz nacarado y por el vientre rosa viejo. Estaba carcomido. Olía a incienso y a naftalina. Por el costado herido se le vela una bisagra.

Sobre una tabla de madera blanca, entintada del letrero HANDLE WITH CARE, estaban expuestos los pies y una mano de uñas ovaladas. La otra, que empuñaba un asta de oro, y la cabeza, aparecieron en el fondo de una gaveta entre candelabros rotos, ojitos de Santa Lucía y escapularios.

En un santiamén lo armaron. El Bruno le atornilló la cabeza, hasta que los dos hilillos de sangre que le corrían desde los ojos se continuaron con los del cuello. Rita le peinó la barba y con un buclero mojado de cerveza le retorció en la peluca de cáñamo rubio varias conchas que vino a sujetar una corona de alambre de púas. Auxilio lo perfumó con su “Atractivo y Vencedor”. Sacó su ensarta de imperdibles. Le pusieron un refajo de velos, crujiente de almidón y sobre él un poncho de rubíes y piedras del Cobre y caracoles ensartados.. Se mantuvo en equilibrio, con su traje de luces, sobre sus pies planos, en medio de la sacristía.

Las Cristo’s Fans se alejaron para contemplarlo. Cuando se volvieron, cayeron de rodillas.

CON FONDO VERDE Y GRITANDO

—¡Loado sea Jesucristo Nuestro Señor que murió en la cruz para redimirnos! —Auxilio se desgañitaba en alabanzas, alargaba hasta el sofoco las íes de “redimirnos”, cogía impulso en soprano y, desgraciada, terminaba en bajo.

—Ten piedad de nosotros, ¡ay! (Fue Socorro, y se dio un golpe de pecho como si le hubiera dado el mal de San Vito.)

—¡Viva el Rey de los judíos y de los cubanos! (Fue Rita, y sollozaba de emoción.)

Y Él, frente al Bruno, se contemplaba en el espejo.

—¡Míralo qué bonito, míralo qué bonito! —gritó una negrita reguindada a los barrotes de la ventana.

Por la calle pasaron carros con altavoces; la voz gangosa de los amplificadores entraba entre ruidos de vidrios rotos y rechinar de raíles.

En el ámbito empañado del espejo se abrieron las portezuelas y apareció el cuadrado rojo del bonete, la manga de encaje, la pechera negra de vivos dorados: entró el Obispo.

—¡Oh, amados míos! —y se dio unas palmaditas en el vientre.

Por la ranura que dejaron los postigos entrejuntos se vio un resplandor en las naves: plata sucia de altares, discos rojizos bailoteando —cruces de cobre—.

En la humedad de la sacristía los fieles eran cinco guerreros ahorcados, dando vueltas a su alrededor, derviches, trompos, tiovivos. El suelo de rombos verde yerba, verde botella, se encontraba con las paredes anaranjadas en ángulos agudos, armando un espacio cuneiforme donde él reinaba, duplicado en el río de azogue.

—¡Apúrense, muchachitas, que vamos a salir! —Y el Señor Obispo agitó una campanilla que se oyó otra vez, lejos, devuelta por la cúpula.

Y agitó una campanilla que se oyó otra vez, otra, como si hubiera sonado en el Reino de la Muerte.

—¡Vamos a salir! —En las naves rompió una orquesta de tambores rajados, de guitarras llenas de agua, de cascabeles apagados.

¡Qué seseo de rezos! ¡Qué traqueteo en los bancos! Golpes de pecho. Jaculatorias. Sonaban las lloronas sus maracas, porque llevaba maracas este entierro, y sus claves de caoba los capirotes. Diablitos con faldas de guano y castillos de plumas amarillas sobre la cabeza se agolpaban en el bautisterio.

Él apareció en la puerta de la sacristía, tambaleándose, bajo un palio de palmas reales que sujetaban Auxilio y Socorro, envuelto en una luz blanquísima, como de grumos de leche. Cánticos y vítores. Bajo su bóveda de verdura fue avanzando entre franjas moradas de vitrales, sombras de estandartes, banderas.

Lo esperaba el sepulcro.

Se oía alrededor un aleteo, como el de una manada de gansos: era que las Oblatas iban todas de ángel.

Formaban ya en la girola, rosaditos olorosos a Heno de Pravia, con baticas de piqué blanco y canastos de guano tejido los bitongos de las Pías, desgranando rosarios de tiajuana y sudando pañuelitos inicialados.

Enanos gruñones pataleaban detrás de los altares, envueltos en cintajos de fieltro rojo.

Repetían su rostro los sudarios, el color de su sangre las enseñas de los abanderados, la plata de su tumba los cornetines de la Banda Municipal.

—¡Viva el Rey de Alto Songo! —eran las exaltadas de la diócesis, que desde por la mañana andaban empinando el codo. Y una de ellas sonó una maraquita.

Se encendieron los cirios eléctricos. Florecillas de papel crepé alfombraban la ruta del sepulcro. ¡Abran paso, señores, que va a salir el Verbo santiaguero! Iba a iniciar su viaje el rey lijado, resurrecto en su trono de aluminio. ¡Qué bonito! Apenas la sangre le manchaba la nariz y los párpados. ¡Si parecía que iba a reírse!

Ya el tambor mayor sacude la batuta (a sus años, lo que mejor sacude).

Ya el coro entona el primer Gloria—¡qué orgullo para el Bruno! Socorro deja en la escalera del púlpito las pencas de palma. Lo besa, lo instala sobre el sepulcro.

Auxilio da la voz de “¡Listos!” Alguien rompe a llorar.

El Rey se tambalea, luego parte, estable, bajo una lluvia de jazmines. Avanza hacia el pórtico, entre faroles de vidrios verdes. Esa llama le huye por la tiza de la cara, fulgor de peces podridos. Blanco y verde, se le abre en las manos reseca, en los pies perforados el óxido de los clavos, flores de tétano.

—Ahí viene el más lindo del Caney —aplauden los niños. Y sacan sus paquetes de confetti.

Caballeros criollos lo siguen. ¡Hay que ver que el vinito de la sacristía da aplomo! Marchan al unísono, pie tras pie, los vientres recogidos por los fajines In Excelsis Deo.

Soportando sobre sus hombros la preciosa carga van las Cantoras: delante, Socorro, que da la pauta, envuelta en un manto de rayón prusia, cosida una almohadilla en el hombro izquierdo, y Rita Pía, almohadilla sobre el hombro derecho, contoneándose de tal modo que parece que arriba va la farola de la comparsa Las Bolleras y no el Vencedor de Santiago en su tumba. El Redentor, allá arriba, debe estar que se come los hígados, ¡el pobre! Detrás Auxilio, con la mejor de sus pelucas, y el Bruno, levantan los dos mangos posteriores del sepulcro. Así es que fíjense, feligreses, ¡qué cuatro pilares lleva el Rubio de los Rubios, qué cariatídes para un mausoleo, qué cuatro patas para un banco!

Ya se alejan por la nave central. A su paso los fieles cierran los ojos, se arrodillan; besan, temblorosos, la alfombra por donde ha pasado. Se persignan. Otros corren. Se empujan. Lo tocan. Arrancan de su carro fúnebre una azucena.

Ya se acerca al pórtico. Desde el altar mayor se le ve de espaldas, recortado contra el rectángulo azul de la noche, luz llovida; manos alzadas y pañuelos. Ya esplenden, joyas mortuorias, las piedras del Cobre del manto: lo mueve el aire de la plaza.

—¡Bájelo! —ordena Socorro—, ¡que la corona va a hacer corto circuito con las bombillas del tímpano!

Se agachan los portadores. Está afuera. Se ilumina toda la plaza.

—¡Vuélvano a subir!

Y asciende, erguido sobre el sepulcro, orgulloso como un chulo, enarbolando un banderín blanco. Detrás, las piedras rojas, las manchas de oro: el estampido de su rostro en el Pantocrator de mosaico italiano. Un silencio. Cuentas de rosario pasando entre los dedos. Crepitar de velas.

El viento, en las terrazas, silbando entre las arecas.

Luego las campanas, el himno. Salen a los balcones señores de dril cien y jipi, niñas, con pamelas, que viran al revés cestas de pétalos. El humo de los habanos endulza un aire de volutas lentas que van a romperse entre los abanicos. La plaza está llena. Los santiagueros cantan.

—Adelante con los faroles, sí, ¡pero moderato, señores, per piacere! —ordena el Bruno. Y el Rubio baja los peldaños, siguiendo una parábola suave, como si fuera en una escalera mecánica. Lo recibe el Obispo.

No bien ha puesto pie en tierra que aparece bajo el pórtico, dolorosa, luna de ceniza, la virgen. Le han blanqueado con cascarilla, “para que se vea bien pálida”, la boca corazón y las mejillas. Son de plata sus lágrimas, y sus siete puñales.

Él atraviesa la plaza. Refulgen a su alrededor las trompetas, el aro de los tambores, los platillos chocando. Le abre paso el Obispo; entre sus manos, cubierto, el cáliz: sobre el paño rojo de sus mangas, encaje dorado. Delante van dos monaguillos balanceando incensarios. Cintas sinuosas de humo blanco. Detrás, pálido, el párroco dejando latinazos y, con la mano derecha, cruces en el aire. Lo flanquean mujeres de mantillas negras y altas peinetas, hombres rígidos, con velas y ramos de lirios.

—Vamos santiagueros, ¿quién es más macho que éste, quién más blanco? —aúllan las Cornucopias de Cráneos, y se dan golpes de pecho.

Auxilio (*que se ha enganchado un capuchón de fibras pintadas de blanco y negro*): ¡Sales de Santiago para entrar en la Muerte!

Socorro (*esgrimiendo un sudario en el que se ve el rostro de Cristo en medio de un corazón atravesado por una flecha con la inscripción "C loves S."* —*Cristo y Socorro*): ¡Entras en la Muerte para darnos la Vida!

Se agolpan en las aceras, bajo el halo verdoso de los faroles, abrigados, los viejos. Miran pasar al Endomingado, las manos juntas, y se retiran en silencio, a orar de rodillas en los cojines de las saletas.

En óleos cuarteados esplende la Virgen, sobre su medialuna, ante un cielo que ahúman las chimeneas de un ingenio, y en el cartón amarillento de los paravanes un Cristo mulato vela sobre Santiago: un laberinto de trapiches y barcos.

Míralos, desconsolados porque te vas de Santiago, oh Rey de los pies rajados.

Es Rita, cuando se detienen frente al Ayuntamiento y desde los portales los caballeros lo saludan, agitando sombreros. Cascabelean los diablitos, bailando en un solo pie ante el sepulcro. Contra las fachadas blancas, tocando claves, los capirotes: costuras negras alrededor del hueco de los ojos.

Luego la procesión se aleja. Van quedando terrazas vacías, lámparas encendidas, balances de mimbre meciéndose, y en la penumbra de los interiores los bruñidos relojes, los espejos, las opulentas copas de piña, el retrato de los antepasados.

En lo húmedo de la noche se pierden por las alamedas, por los suburbios.

Ya van quedando solos. En la ciudad la lumbre de los cirios ha trazado un signo blanco, una omega de tiza, dos peces opuestos y unidos por un hilo. O quizás una firma.

Así dejaron los últimos solares, el silbido del terral entre los mangles, las rayas de salitre en los aleros. Ya cuando iban a adentrarse en la noche cerrada, el

Bruno le hizo girar la cabeza, para que viera alejarse las hileras de ventanas. Cuenta Socorro que por las mejillas le rodaron dos lagrimones, y por la nuca, hasta los omoplatos.

Cuando le enderezaron el tiesto vio ante sí otros verdes, el asombro de otros pájaros en el sereno, los guajiros: ojillos detrás de las ventanas, más claros que las yaguas de los postigos, sombras chinas —pero con sombrerones de jipijapa— delante de los quinqués de carburo. Tapaban con periódicos las rendijas de las paredes, pasaban los cerrojos, y por entre los tablones de las puertas, blanqueados con cal, se asomaban para verlo pasar. Los bohíos eran cajas de cáñamo, las rendijas vitralitos amarillos, con plomos de letras de imprenta.

Siguieron los meandros de un arroyo, la carretera, se perdieron en la neblina de un bosquecillo, entre los conos de sombra de los... (y aquí, la enumeración exhaustiva de los árboles cubanos —sabicú, guamá, jequi. roble, anoncillo, etc.— con sus latines botánicos)⁷ ...hasta que Auxilio y Socorro, Rita y el Bruno, “molidos de cansancio”, dejaron el sepulcro sobre la yerba.

Por la madrugada —¿o fue el vuelco de un majá entre las hojas secas, el aleteo de una lechuza?— Lo sintieron toser.

Amaneció tieso de codos y muñecas; rígidas las articulaciones de los tobillos. Nada, que acostumbrado como estaba al clima de sacristía, templado por tantos suspiros y bostezos de ayunadores, la humedad se Le había metido en el aserrín de los huesos. Con los dedos agarrotados, un pie duro en el aire, como sobre un peldaño, estaba petrificado en un adiós: títere mal cosido, estampita de rifa. ¡Su encuentro con lo descampado cubano, con el ámbito insular lleno de *animitas* había redundado en artritis!

Lo desperezaron como pudieron. Le hicieron la gimnasia sueca y Le dijeron un Ex Aegypto Israel. El calor era —oigan a Auxilio— “más espeso que una sopa de harina”. Había algo dulzón en el aire, como cerca de una guarapera o de una colmena.

Se estiraban los acompañantes —los pocos que quedaban: al ver la manigua los más se habían resignado a la mística urbana—, se sacudían la paja

de uniformes y sotanas y corrían a orinar monte adentro.

(Cornetas empañadas. En los tambores, el rocío.)

Él sintió que algo Le traqueaba en las rodillas, que le flaqueaban las piernas. Escalofrió (“Padre mío, ten piedad de mí, que en tremendo lío me has metido” —pensó). Le picaba todo el cuerpo —¿Le habían caído niguas?—. Prometió mortificarse. No iba a esperar mucho. Oigan estos maitines;

Auxilio (*que se restituía con bija el rosa de los pómulos*): A ver si Lo cargas un poco, que es peor que llevar un chimpancé a la espalda. Me tiene tullida.

Socorro (*que se lavaba en un arroyito*): Tu infierno atizas, haragana, baqueta, sangrigorda. Etc., etc.

En ese estira y encoge llegaron a un poblado. Qué alivio para los pies hinchados: la plaza estaba adoquinada y por la juntura de las piedras corría un agua verdinegra; la desbordaba la taza de la fuente, rota.

¡Qué olor a café, qué humito caracoleaba en los portales! Los tazones de porcelana saltada sobre el hule vermellón de los manteles, el plano inclinado de las mesas, los taburetes apilados.

Saltaban las mujeres el raspapié. Salían con chancletas floridas, gastadas de contrafuerte: “muchacha, qué visita”. Abrían la casa. Sacaban farolas y las colgaban a las guásimas del patio, y del aparador raspaduras y las repartían. Se daban un peinazo: ¡a recibirlo!

AL OTRO DÍA

Frente al batey se extendía una arcada, y otra casi paralela: la sombra de la primera sobre las fachadas lisas, sin ventanas. Estos arcos sucesivos sostenían muros incompletos, o en ruinas, un segundo portal y la pendiente de los tejados. En un quicio se apoyaban los mangos de una calesa, y sobre la

sombra de las grandes ruedas, en la pared contigua, colgaban carabinas, telescopios, péndulos, y quizás pistoletas y espadas de empuñadura nacarada. De allí salieron, con gran vocerío y pañolones rojos al cuello, en tropel, los madrugadores. Traían acordeones. Guayos y maracas. ¡Qué musiquilla rascaban! ¡Le rompía el costillar a cualquiera! Era un jabaíto bembón de pasitas regulares y quemadas —encanto de Socorro—, quien tiroteaba así, con su voz navajosa:

tengo una cosita que te gusta a ti, que te gusta a ti, que te gusta a ti.

Se meneaba como una anguila, con una mano abierta sobre la cadera —¡qué dos sortijones dahomeyanos!—, y señalándose con la otra el objeto de tan elípticos versos.

Lo reanimaba el aroma del café carretero —acostumbrado como estaba al del incienso—, ese tufillo adobado que emanaba de las mesas. Le encantaba que Le corrieran detrás, que le gastaran a besos la madera de los pies, que lo perfumaran con agua ardiente. Quería que Le rogaran, pero con tiples y güiros; quería ángeles con palmas reales. Se creía que era un patriota, un orador martiano detenido en los hilos de un grabado; Se imaginaba en un gesto de arenga, subido a una tribuna tricolor, o echando a volar un gallo de pelea con las manos callosas, sus plumas cruzándole el rostro reseco y oliváceo. Le hubiera gustado que detrás se viera un cielo azulísimo, un sol de niebla dura y un cuarto menguante, varios cometas. Tenía vocación de redentor el rubito, Le gustaban las banderas.

Auxilio en seguida entró en la pachanga, para no citar —que sería darse un cabezazo contra la Redundancia— a Rita y al Bruno, que no tenían que entrar en ella, pues la llevaban dentro de nacimiento (según versión de Socorro).

No fue sino hasta que estuvieron dentro de la tienda, con el “apúrense, que hay que poner los flequitos”, que se enteraron: el que habían dejado a la intemperie y resbalando en el adoquín de la plaza no era el objeto de tales agasajos, sino que esperaban por el mediodía a un nuevo candidato que había prometido “dar agua corriente al pueblo y construir un camino vecinal que lo

uniera a los pueblos vecinos”. Eran para ése el torneo, las dos peleas de gallos pintos, el conjunto “Nacional”, las mesas de palitroque y la melcocha envuelta en papelitos de colores.

De toda la comarca, con cinchas ajedrezadas, los caballos competidores. Y a pie, tirándolos por las riendas, con enseñas negras y doradas, o azules y doradas, que reaparecían en estribos y orejeras, se acercaban ya los sonrientes, los jinetes patizambos, con guineos y naranjas chinas y jabitas de lima.

—¡Mal rayo los parta entonces! —se atacó Socorro, que ya se andaba revolcando por los rincones con los de la orquesta (según versión de Auxilio), tumbando de las paredes machetes y polainas.

—Pero ¿qué hago yo aquí, Dios mío? —y corrió hacia el portal entre el vapor de leche hervida, el destello de los jarros limpios y las marimbas.

Sintió alejarse el guatequito. Vio al Bruno llamándola, entre dos guitarreros boquiabiertos, con un fondo de cacerolas y espadas.

En pleno sainete atravesó la plaza, se echó de rodillas ante el Cristo y Le lloró sobre el ombligo —allí le quedaba la desmelenada cabeza.

—Perdóname Dios mío, no supe lo que hice. (*Y sin ningún sentido de la transición dramática* —añade Auxilio): —¡Mazamorra! ¡Pústulas en el pie! ¡Se pudre, sí!

Dio un paso atrás, otro, sin volverse. Abrió las manos, se las acercó a los ojos, escudriñándose las palmas:

—¡Y yo que Lo he tocado! Estoy infectada: ¡alcohol!

Y Él, para verla bien, apretaba sus pupilas de vidrio, esas piedras opacas, que el tanto ver sobre ellas el techo de una gaveta había empañado. Estaba empapado de rocío. Cristo de bagazo. Tenía un pie eczemoso y verde, y en el arco una flor lechosa, de hongos. La nariz Le chorreaba y el borde hinchado de los párpados.

—¡Alcohol, por lo que más quieran! —Y salió disparada hacia la tienda.

—¡Y del bueno! —le contestó el Bruno, que la esperaba con los brazos abiertos, en el portal. Y le vació encima una copa de ron con hielo.

De allí salió en rastra. Enyuntadas, Lo tiraban Auxilio y Socorro. Él iba de pie, las manos esposadas, amarrado a un madero. Le habían quitado la corona y puesto un sombrero de yarey, porque lloviznaba, echado jugo de limón en el pie y agua de colonia en la cabeza. Para que la llaga no se Le viera, Lo habían rodeado de búcaros con flores de cera. Así El Podrido emergía de un jardín opaco, que no deshojaban las sacudidas del carro.

Caían en cunetas. Se atascaban en lodazales.

A Socorro se la comían los mosquitos; pero estoica, cantaba:

esta noche ha llovidomañana hay barro,

Cuando Auxilio le contestaba arreciaba el aguacero:

pobre del carretero que hala este carro.

Y El Apestoso atravesaba la llovizna, los pies entre jarrones floreados, las piernas entre flores fijas. ¡Qué ardor!: Le rodaba el agüita hasta las ñañas.

—Seré bigamo, pero no maricón —pensó. Y miró de reojo al Bruno, que se reía, envidioso.

Era que las Dos Mujeres Lo frotaban con piedras de alcanfor, Lo envolvían en frazadas, Le introducían en cada axila “porque va y tenía fiebre de un solo lado” un termómetro vulvoso con filigranas y números romanos. Hasta le pedían a San Lázaro que Lo librara de la lepra galopante.

Iban a cruzar el Jobabo crecido, la rastra colgada a una arandela, la arandela rodando por una sogá atada a una palma de cada orilla. Y haciendo equilibrio los últimos justos.

Como el de un barril rodando, lleno de piedras, el ruido de las aguas.

Jicoteítas coloradas saltaban hasta el madero, se agarraban con las uñitas, se perdían en los remolinos lentos. Las truchas subían de un volido, daban coletazos, salpicaban, y se quedaban boqueando, apretadas entre las tablas.

—¡Se pescan ellas solas, las criaturas del Señor! ¡Ojalá que no se Le ocurra multiplicarlas ahora! (Auxilio).

Abajo, la corriente arrastraba techos arrancados, arbustos con sus nidos.

—¡Y manitas azulosas, diciendo adiós, de ahogados! (Añade Socorro, que ni respira, para no moverse, “que no todo el mundo camina sobre el agua”.)

Dejaron en Oriente al resto de la peregrinación agitando pañuelos y estornudando. Rita quiso prenderse de la rastra y pasar a nado, pero al fin la convencieron de que se quedara en tierra. El Bruno dejó con ella el estuche del violín y tres candelabros, para aligerar la carga. ¡Qué despedida! Desde la otra orilla todavía la vieron, detrás de la franja de fango, moviendo los tres bronces como un semaforista. Luego se volvió un borrón entre los otros. Al aterrizaje, una ráfaga Le llevó el sombrero. El Bruno Lo alzó por la cabeza y Lo plantó en la yerba. Entonces le vieron aquellas placas de pus que Le blanqueaban la pierna hasta la cintura.

La oreja pegada al vientre, Lo auscultaron las Magdalenas. Algo Le burbujeaba por dentro.

Socorro (*los ojos exorbitados*): ¡El Mal royendo!

Por cierto que la felpita de los lóbulos y las perlas de los pendientes rozándoLe la ingle Lo contentaron de gran manera. ¡Qué lástima que no hubiera una cámara fotográfica a mano: sonreía!

ILUSTRES ARENAS, mal Lo recibieron las de Santa María del Puerto del Príncipe.

Oigan los wellcomes que Le empetaron las damas camagüeyanas, parapetadas detrás de las conchas y cuerdas de sus ventanas:

a) Dejarás nuestras torres mudas, pero te hundirá las naves el bronce de tantas campanas. (*¡Lo habían asimilado a un corsario!*).b) Viento de leprosario, ángel de alzados, jefe de cimarrones.c) Langosta del ganado vacuno, salazón del agua, etc.

Él, que estaba en tantos gobelinos, en tantas mesitas de noche: torcaza herida, caballero de yeso pintado, con sus ojitos de azul químico como los de un juguete mexicano, Él, cuyos signos —peces paralelos, coronas, cruces y clavos— ennoblecían el vidrio de todos los pisapapeles y, en cemento, gastados por la lluvia, los medallones de todas las fachadas,

Él, que aparecía en tantos retratos de familia.

Y sin embargo no Lo reconocieron.

Se rascó lo que consideró más simbólico de la situación (¡ya tenía las manías cubanas!) y le hizo al Bruno la señal de “adelante”.

Le nublaron la cara las sombras de los dátiles, en los jardines negros de las Mercedes, la araña de los arbotantes del coro. Quiso perderse en los laberintos de los fabricantes de ángeles, entre los quioscos de orfebres y los vendedores de libros viejos. A lo largo de las márgenes del Tímina espejeaban en la bruma, bajo el halo amarillo de las bujías, las vitrinas de los rastros españoles: tablas catalanas con santos decapitados y todas las arterias de sus cuellos; cuadros de balones que ascendían alzando sacos de arena y cintas verdes: sobre las plataformas, en smoking, con bigotes de manubrio y con anteojos, valientes Matías Pérez oteaban las nubes.

DECLARACIÓN DEL BRUNO

Y aquí hay que anotar un hecho, para que quede constancia de él y le valga a su autora indulgencia plenaria o perpetua paila. Helo aquí: el Redentor señaló uno de aquellos balones. Sabido es que Su débil eran las ascenciones.

Doy testimonio de que con los pocos pesos que le quedaban y ninguna esperanza de ganar otros, mucho menos en esos castos parajes, Auxilio quiso ofrecérselo, quizás porque Le había visto nuevas manchas y sabía que tarde o temprano iba a recuperar el regalo. Fuera por lo que fuera, salió a comprarlo.

Cayeron las persianas todas. Los vendedores la escupieron, le tiraron la puerta en la cara.

Se apagaron las luces. Doy fe de que así terminó el paseíto camagüeyano.

Vieron las hélices negras entre las palmas: los seguían helicópteros del ejército. Los piloticos lampiños bajaban a los caseríos que Él iba a atravesar para intimidar al pueblo y comprar galletas de la Paloma de Castilla. Cuando ellos llegaban, los hombrecitos uniformados los señalaban con grandes lápices y, aterrados, levantaban el vuelo. A través de los vientres plásticos de los aparatos se les veía gesticular y abrir mapas.

Para molestarLo, los pilotos Lo espolvoreaban desde arriba con migas de pan.

Otro run-run. Se agacharon todos —menos Él, claro está, que Se hubiera lastimado las pústulas—, pero no vieron nada. Era el metro.

No hay regla sin excepción: salieron a recibirlo, y con gran algazara, los herbolarios de Ciego de Ávila. Sacaban de las boticas y Se lo enseñaban para divertirlo, serpientes de madera enroscadas en espejitos, morteros, viejos pomos con nombres de hojas en los que faltaban letras, las tapas adornadas con paisajes florentinos y franceses.

Gárgolas mecánicas, los seguían, levantando remolinos con sus hélices, cinco pajarracos de baquelita. Cortinas de polvo Lo cercaban. Si los tres fieles se detenían, decrecía el ruido de los motores y la hilera de máquinas transparentes se inmovilizaba en el aire, perpendicular a la carretera. Se abrían entonces los remolinos, y una espiral de paja los iba rodeando.

Si huían hasta las grutas de hormigón armado, o se escondían junto a los

ríos, en las fondas sobre pilotes abandonadas, la cuadrilla los escoltaba —y el zumbido sordo—, formando una V cuyo vértice, un aparato con dos propulsores, planeaba sobre Su cabeza, como una paloma de Espíritu Santo.

Auxilio (y *arreciaron los motores*):....., (abría y cerraba la boca —¿gritaba?—; le entiesaban la cara las ráfagas. La calva monda y lironda).

Socorro:, (*con gestos sobrios*).

El Bruno las tocó y les señaló la boca de un subterráneo. Se hundieron en las escaleras mecánicas, bajo un panel de SUBWAY. Con Él y la rastra a cuestras atravesaron un merendero (ay, pero ya los dedos del pie Le chorreaban pus, se Le caían en pedazos), los cabarets del River Side (las pústulas Le habían comenzado en la otra pierna y, como un cinturón de medallas podridas, Le rodeaban el vientre), pasillos con amplificadores; en la radio del mediodía los golpes de gong, las sopranos de los programas chinos maullando y los anuncios de jabón Candado.

Lo bañaron en azufre. Subieron contentos, por el ascensor de la otra boca del metro. Inmóviles, como una banda de auras tiñosas, los esperaban a la salida los helicópteros.

A Auxilio le rompía los tímpanos el estrépito de los autogiros; a Socorro el corazón la corrupción del Corpus Christi.

Ya los aparatos no los seguían a igual distancia, sino que, uno a uno, descendían en picada, como maitines pescadores, casi al ras de techos y árboles; entonces en el carapacho de plexiglás se abría una compuerta, el copiloto se asomaba un segundo “como el cucú de un reloj” (el Bruno), y les tiraba un flash. El mosquito volvía a ocupar su sitio en la V. Bajaba el siguiente.

Entrados en los cerezales de Las Villas, Él quiso que lo abandonaran a Su suerte (les señalaba la carretera, con una mano blanda, y con la otra Se agarraba a un tronco), que Lo dejaran podrirse en el marabú.

Por la noche Le quitaban el poncho y Lo dejaban al descubierto —para que el sereno Le refrescara las llagas—, a la luz de la V de focos parpadeantes.

Lo encontraban por la mañana reblandecido, lloroso, picoteado de pájaros.

Descendían por las colinas villaclareñas. A lo lejos, rayando los campos rosados, las líneas negras del ferrocarril iban a perderse bajo los techos de las fábricas de kirch, se bifurcaban del otro lado, atravesaban los pinares y los caseríos pesqueros, o bien seguían a lo largo de los ríos que arrastraban esteras de troncos blancos, custodiadas de veletas y sapos, hasta perderse en la curva de las ensenadas, bajo la humareda roja de las destilerías, entre los tanques de los muelles.

Cerca de una vuelta del camino oyeron timbres. Cuando doblaron, vieron encenderse dos triángulos amarillos de borde rojo y caer ante ellos una barrera: cerrándoles el paso, en el crucero se detuvo un tren blindado.

El timbre cesó. ¡Qué silencio! (Se sentían observados.) De pronto, los vagones se abrieron, cajas despegadas, y por las paredes, ahora rampas, bajaron tanques. De las torrecillas salían redes repletas de esponjas verdes (“¡Gigantes trozos de menta!” —Auxilio), radios de pila, grabadoras cuyas bobinas giraban.

—¡Hay que apelar a la devoción popular, sea como sea! —declaró Auxilio, y se estampó la primera letra en una nalga.

Me explico: bailaba frente a un traganíquel, y endiablada, perdón, y entusiasmada, iba componiendo sobre su cuerpo desnudo —que parecían impresos en papel estraza—, los textos del Señor: con cuños de madera se los grababa encima, monogramas dorados.

Nadie había venido a recibirlos a Santa Clara. Ella rajó sus vestidos de cólera, se persignó y se compró un juego de imprenta: (a Él):

Haré de mi cuerpo Tu libro, ¡leerán de mí!

Y Socorro (*a los villaclareños asustados, detrás de las rendijas —apretadas familias en racimos—, escondidos bajo las faldas de sus madres*):

Venid, devotos: ¡he aquí la carne hecha verbo!

Y Auxilio se desencadenó, sobre tambores ardiendo, con las cornéticas de la orquesta de John Coltrane.

Acudieron, y en coro. Al compás de la batería, Auxilio se meneaba de pies a cabeza, y desde el ombligo, que irradiaba una O, hasta el punto y aparte de la rodilla le fulgían las letras.

A Él se le iban los pies, los ojos, detrás de la banda oscilante de textos: quería bailar, sabía que el baile es el nuevo nacimiento, que después de la muerte nos enfrentarán con la orquesta de mambo. ¡Qué lástima!, no podía ni dar palmadas. Estiraba el brazo y sentía como si se le rompieran las axilas. Ya estaba listo: tenía las tetillas moradas, el pecho en ronchas, la garganta ardiendo, se ahogaba, le dolían los ganglios del cuello. Si la orquesta arreciaba —la aguja en las estrías rayadas—, para Él eran botellas rompiéndose unas contra otras, cornetas tocadas debajo del agua.

—¡Cinturita de chicle! — (eran los fieles). El Bruno daba unos pasos alrededor de ella, mirándole las caderas como si leyera.

—Pero, ¿y los helicópteros?

Estaban allí. Presenciando el show en palco. Los pilotos comiendo rositas de maíz. Cuyos paquetes tiraron cuando se acabó el disco.

De Matanzas, ni hablar.

LA ENTRADA DE CRISTO EN LA HABANA

¡Qué acogida en La Habana! Lo esperaban. Su foto ya estaba, repetida hasta el hastío o la burla, pegada, ya despegada, desgarrada, clavada en todas las puertas, doblada sobre todos los postes, con bigotes pintados, con pingas goteándole en la boca, hasta en colores —ay, tan rubio y tan lindo, igualito a Greta Garbo—, para no hablar de las reproducciones en vidrio del metro Galiano. Dondequiera que mires, Él te mira.

El Bruno: Yo no camino más; yo me siento. Estoy atacado: ¡Lo retratan más que a una botella de Coca-Cola! que Lo cargue otro. Aquí me quedo.

Y se quedó, con un ataque de hipo.

Las fotos, tomadas desde arriba, pero a distinta distancia: mancha negra, meandro de la carretera campos cultivados; cabeza rubia, punta de pies sobre la tarima, fondo de macadam; mechass blancas y delante su perfil; close up: Sus ojos. Sus ojos; mechass blancas, perfil; mancha oscura, carretera.

Venía una negrita corriendo a toda máquina, con un banderín que ondeaba al viento, las patillas minúsculas apenas se veían sino por las medias blancas, venía corriendo a toda máquina, sus piernas bielas, le traqueteaban las rodillas —león hitita—, con un banderín en alto que decía INRI, dijo: al fin llegas, Te esperábamos, se le aguaron los ojos, perdió el habla (“la atacó un soponcio, emocionada, ¡como si hubiera visto a Paul Anka!” —Auxilio), hizo unos gestos como de alegría, dio unos cuantos pasos hacia Él y cayó.

No pudo recogerla. Se Le vinieron encima otras dos, otros. Llorando y abrazándolo. Descendían de las colinas, tocando barriles y tamboras con palos envueltos en trapos. Las mujeres abrían las puertas, se daban palmadas en los labios, azoradas; un grito; se tiraban al suelo; querían tocarlo; besaban la tierra por donde había pasado.

Los niños Lo traían en detentes, en muñequitos de paja. Su nombre en todas las vitrinas. Se Lo comían en caramelos de menta. Estaban disfrazados de él, con coronitas de espinas (blancos de cascarilla) y florecitas de sangre. ¡Todo era tan bonito!

Acudían de todas partes, se encaramaban en los árboles para verlo, querían Su autógrafo.

Tosió. Sintió que avanzaba de pronto, empujado por la gente, que retrocedía, madero flotando en el oleaje, que volvía a avanzar. Sudaba. Tenía escalofrío. Le pisaban los pies. Le soplaban en la cara los alientos tibios, el vaho espeso del Carta Oro; en los oídos las trompetas de Luyanó. (Los flautistas eran

dos enanos amarillentos y ojerosos —pómulos inflados bajo una boina negra.) Sentía manos viscosas acariciarlo, y sobre los muslos labios húmedos, moluscos. Le cubrían el cielo los banderines, las astas Lo cercaban como una empalizada de lanzas rojas. Le faltaba el aire. Braceaba en un vapor ácido. La verdad es que no estaba hecho para el proletariado: el tumulto Lo asfixiaba.

—De ésta no paso —Se dijo. Apretó los ojos, cerró los puños, Se mordió los labios. Quiso patalear. Girar con los brazos abiertos (y ojalá con dos cuchillos en las manos), abrirse paso, huir. No Lo obedecían sus guindajos. (Cláxones timbres campanas.) Zarandeaba una mano, como si estuviera agitando dados en ella. Trataba de detenerla: Le temblaba un pie, o el otro, o la cabeza. La mano gesticulaba sola. Los pies. Brincaba. Se le sobresaltaba el cuerpo, rana pinchada, Lo recorría un corrientazo. Bailaba el rock sin quererlo. (De un balcón soltaron globos, de otro palomas.)

Oyó como si Le susurraran al oído. Al mismo tiempo Auxilio y Socorro se volvieron hacia Él. Otra vez (pero el estruendo de las orquestas, los aplausos, los vivas): frase de tartamudo, palabreo (Me hablan ángeles bámbaras —pensó). Sin mover la cabeza, miró hacia donde Le hablaban. Atento, oyó “rojo”, y en seguida: “Me duele en el fondo de los ojos.”

Vio a Auxilio y Socorro sacudir la cabeza, quedarse inmóviles, separar las manos abiertas —devueltas al fervor de las catacumbas—, pasar del blanco al amarillo y otra vez al blanco. Ya por las mejillas les rodaban dos lagrimones. Ya musitaban entre sollozos “milagro, milagro.”

Entonces comprendió que estaba hablando.

Se oyó decir: “Me estoy helando por dentro.”

Del altar mayor del Carmen, Lo envolvieron con el manto de la virgen. De los hombros, recto, Le caía el espeso paño bordado de hojas de oro. Lo remataba un festón de cordones negros que se entrelazaban formando tréboles o rosetones de perlas.

A cada paso marcado por los portadores Se le estremecía la cabeza rubia, los párpados cerosos, Se le hundían más aquellos ojos enfermos. (De lejos, era

una virgen de cofre sienés). Le tiraban flores, Lo aplaudían. Sin volverse, saludaba a la multitud aglomerada en los balcones, con la sobriedad de una princesa desde su Mercedes. En las guirlandas y los broches del manto Se le enganchaban claveles.

—Bienaventuradas ustedes, sabias sino vírgenes, que Me han seguido a sol y sombra —hizo tres movimientos de antebrazo, como los de un negrito-alcancía que agradece quitándose la gorra. Se le acabó la cuerda: las manos. Le pendían, de trapo. No llegaba a tocarse los párpados:

—¡Qué frío, Dios mío, qué dolor detrás de los ojos!

Y ellas se quitaban sus mantos, los doblaban como fajines y Se los enrollaban a la cintura, o transidas de delirio místico (“¡Tu fuego, alegremente, me consuma!” —Auxilio), los rypiaban, y con esa estopa Le rellenaban los intersticios de las articulaciones, Le abrigaban las bisagras. Querían arrancarse las pupilas para dárselas. Lloraban de un solo ojo, para que Él no las viera. Se iban poniendo lila, las uñas negras, como si el mal azul se las fuera comiendo.

(La opacidad del cielo: terrazas de cera.

Y allá, sobre las calles, el mar: espuma fija, banda de arena.)

Él se deslizaba sobre el tumulto —portado en hombros—, raudo, cegado por los flashes, seguido por las cámaras —verde cóncavo atravesaba los lentes—. Majestuoso, era como una estatua de ácana desenterrada del lecho de un río, los ojos cuencas llenas de cangrejos, la cara roída, los brazos rotos, los pies esponjas negras. Cintas y pencas de guano bendito se abrían ante Él, como los sargazos ante el casco de un barco.

Correctas, ordenadas por generaciones, desde los balcones Lo contemplaban las familias. Delante, junto a las rejas, los niños de traje blanco y pajarita negra, meciéndose en caballitos de madera, con sus tabacos de chocolate entre los dedos. Las niñas, almidonadas, llevaban aros amarillos que tocaban sus falditas perfectamente cónicas, cubos de arena y paletas. Detrás,

severos, los padres de bigote y perilla y puchas de flores en la mano; las madres abrigadas, con sombreros y buscanovios. Y al fondo, recostados a las puertas, rígidos, riendo al pajarito de la cámara, los abuelos, canos, casi muertos.

Las plazas: teatros de palcos idénticos. Sucesión de caballitos, aros, puchas de flores, caballitos.

Lo mareaba esa repetición, y la de los coros. Socorro Le tocó la frente con el reverso de la mano: estaba ardiendo. Le apretó la madera y vio que Se le hundía y le quedaba una aureola blanca. Ya estaba todo podrido.

—Rey de los Cuatro Caminos, ¡sálvanos la zafra! —gritó un campesino tambaleante, con una botella de ron en la mano y Se le reguindó, llorando. Auxilio trató de defenderlo. Pero ya era tarde. Le había arrancado una mano. Le quedaba un muñón de palo, una astilla. De la que salieron huyendo hormigas.

El pueblo afluía por todas las calles convergentes. Se empujaban. Se apretaban. Era una jungla de piernas finas, nudosas cañas que soportaban nalgas infladas y redondas como caimitos. Los troncos se doblaban, volvían a su posición inicial, mecidos por ráfagas. Entre ellos, saltando sobre los anchos pies —ranitas— zigzagueaban asustados negritos echándose fresco con abanicos.

Habían instalado una gran tribuna —gradas y andamios— y sobre ella un palio de damasco rojo que suspendía cuatro alabardas doradas. Flotaban las enseñas.

Los helicópteros volaban alrededor de la plaza. Desde la tribuna los fieles les tiraban puñados de bolas negras que se abrían en el aire: flores de seda china. Quedaban flotando: jardines negros. Caían; en los pétalos, incompleto, al revés, impreso Su nombre, roto.

El cielo era un papel estrujado. Carpa opaca. Lo recorrían ondas lentas: resaca de una salina. Algo en el aire iba a romperse.

—Acérquense —les dijo—, mírenme bien.

Soy el que da Rostro. El que más dice. Mía es ya la hoja del Códice. Mía la tinta y lo pintado. ¿A dónde me llevan?

Pero una ráfaga helada Le abrió el manto, arrancó las banderas.

Temblaban. Se calentaban unos a otros con el aliento. Tenían los ojos muy abiertos. Murmuraban “éste es el día miedo después de la muerte cambio podrido Casa de lo Negro”. Se echaban a llorar. Rezaban cabizbajos. Se golpeaban la frente. Él Se oyó decir: “Dios mío, ten piedad de mí.”

Entraban las familias. Cerraban las persianas. Pasaban cerrojo. Amontonaban los muebles, y los niños encima, contra las puertas, para que el viento no pudiera abrirlas. Cubrían con sábanas los espejos.

Arreció la ventolera. (Los negritos soltaban los abanicos, se abrazaban a las piernas, metían la cabeza entre las rodillas.) Oscureció. Fue cuando encendieron las lámparas que en sus inestables conos se vieron los puntos blancos garabateando el aire, luego en orden, con lentitud de astros, remolinos de agua labrada: nevaba.

Ellas se acurrucaron bajo Su manto. Querían calentarlo “pero ya estaba jodido” —Auxilio—; y a otra plegaria. La nieve Le ardía en la cara, otra fiebre. Parecía un prisionero, un ahogado. Tenía los ojos hundidos y acuosos, los párpados amarillentos, supurantes los labios, el cuello tumefacto. Hasta la garganta Le subía un ramaje de venas negras. Nudos de ganglios inflados, animales blandos, Se le podrían entre los huesos y el pellejo. Si tosía, sentía algo abrírsele por dentro. Si escupía, era un agua sanguinolenta lo que quedaba en el pañuelo. Respiraba apenas, sonaba como un asmático chupando aire. Encorvado. Jadeante. Pez en seco.

—Vamos, hombre, que estás de lo más lindo. ¡Pareces una Virgen de la Misericordia! (*Es Socorro, para que se ponga contento.*)

Estrías paralelas sobre el asfalto. Tapiz de flores de ceiba. Musgo blanco.

Y Él:

—“De cuantos espectáculos he visto ninguno”

Un ataque de tos Le rompió los bronquios. Lo golpeó un aluvión de copos (¡Plumas de diminutos pájaros! —Auxilio); los dispersaban las hélices.

—“Si muero en la carretera no Me pongan flores” (Él). —Y trataba de sonreír, de animar a los últimos seguidores. Pero si los repicaban los tambores salpicaban agujas de hielo.

Liso, un cielo de estaño ocupaba casi todo el paisaje. De la franja de techos rojos sobresalían campanarios y aspas. Puentes abiertos, barcos varados: el Almendares los repetía. A lo largo de las vertientes nevadas, que manchaban de trecho en trecho andamios y grúas, saltaban peces moribundos. Venían gaviotas a picarlos.

Él Se apretó la garganta. Sintió que algo se Le abría en el cuello. A la boca Le vino un gusto a cobre, a sal tibia. Escupió sangre.

Era ya un esperpento, un trapo blanco. Auxilio, en gran lloro, Le pasaba la mano por la cabeza, Le secaba el sudor de la frente, Le susurraba al oído “ya pasará, ten fe, ya pasará”. Y Socorro, en gran lloro, Le daba golpecitos en el hombro, Le besaba las sienes, Le susurraba al oído “ya pasará, ten fe, ya pasará”.

Oblicua, la nieve. Espirales rotas en los aleros, vetas de tinta blanca que Él veía borrar, armarse otra vez a cada ráfaga, más abiertas.

Los ojos Se Le vidriaban en el fondo de las órbitas. No los movía. Ellas Lo arrastraban unos pasos; se miraban; volvían a gritar. El cuerpo se Le sacudía. Lloraba. Y cuando Se calmó:

—¿A qué tanto gemido? -dijo—. Guardar el carro es una fiesta. La vida no comienza sino después de la muerte, la vida.

Boqueaba.

Abriendo la nevada, pasó, veloz, una calesa.

De zinc, a lo lejos, los lagos habaneros. Pasarelas cubiertas los cruzaban.

En las márgenes severas torres de fortalezas, palacios de cedro, altos palomares entre cerezos, ruinas de sinagogas, minaretes truncados: allí la Infanta, helada, se cruza con San Lázaro.

—Vamos, ¡sálvate si puedes! —oyó que gritaban. Alzó la cabeza como pudo. Lo que vio fue la tribuna bajo la avalancha.

—Dios mío —gemía— ¿por qué no Me has tirado la toalla?

Los fieles abandonaban la plaza en grupos, bajo impermeables de hule amarillo que sostenían con los brazos en alto. Los guías llevaban faroles. Los helicópteros los enfocaban con sus linternas: líneas de punto.

—¿Quiénes son los que quedan? — (¡el pobre!).

Y Ellas:

—Las Constantes, las Fieles, las Sombras.

En las fachadas de los Palacios de Indias la nieve emparejaba capiteles, molduras, flores de cemento. Portones clausurados; sobre los hierros se alargaba la sombra azul de las aldabas. De los medallones con cabezas de virreyes quedaban medias lunas, retorcidas máscaras. (Por las cornisas huían ardillas.)

Sumergidos jardines. Fuentes silenciosas: los tritones babeaban hilos de hielo.

—“Cortinas de migas de pan” (Auxilio).

—“¿Quién, en lo alto, sacude sus manteles?” (Socorro).

Se Le zafó una mano. Cayó al suelo, hinchada; en la palma, una llaga.

Así quedó un momento sobre el paño blanco; los nudillos morados. La mancharon, desde la muñeca, tres gotas rojas. La sepultó la nieve.

LA ENTRADA DE CRISTO EN LA MUERTE

Vio en la nieve rápidas manchas rojizas, sombras de cobre. La tierra se le iba. Perdía pie. Sintió que iba entrando en otro espacio. Zona ardiente, oía el agua por las hinchadas hojas, el sueño de culebras y pájaros, el acecho. Detrás de las lianas, el asustado vuelo de los sinsontes. De las frondas más altas caían, nublando el día, cascadas de musgo, tupidas esteras verdinegras. Tigres livianos llevaban entre sus fauces patos chorreando sangre. Él oía Sus pasos en el lodo, sobre las hojas húmedas. Con el del agua entre las rocas Le llegó el rasguido de un tres. Luego los tambores, sí: era la orquestica de mambo, la que nos recibe del otro lado.

Su cuerpo Se le volvió extraño: amasijo de palos podridos bajo la nieve. Auxilio y Socorro Le cerraron los ojos. Se vio torcido, gárgola rota.

Mientras, atravesaba bosques reverberantes, empalizadas de caña que terminaban en hojas de oro. Ya se acercaba. Ya entre el chisporroteo de las flores se divisaban los músicos. Sabía que iba a bailar. Que bailar es encontrarse con los Muertos.

Que quien bien baila, entra.

Se vio desmoronar. Cayó en pedazos, con un quejido. Madero al agua. La pelada, la leprosa, Su cabeza partida en dos. El hueco vacío de los ojos, los labios blancos y perforados, la nariz en el hueso, las orejas tupidas por dos coágulos negros. Y más allá, la frente, el globo frío de los ojos, el tronco, con un brazo que se hundía en la nieve como para buscar algo enterrado. Y hacia arriba la curva de la espalda. Las piernas en pedazos; la nieve las iba sepultando.

Y los tres zapatazos, el eructo, el primer compás. Dio un salto. Dos pasos más, dos pasos. Llevaba el ritmo con las manos. Daba una vuelta. Con un pañuelo blanco. Bailaba en un solo pie. Le agitaban junto al oído sus

cascabelitos los de la orquesta. “¿Quién como yo?” —Se dijo. Y daba cintura. Los músicos lo rodeaban, en coro. Dos veces cambiaron de golpe los tamborines batá y dos veces los atrapó, con una cabriola. Era rubio y bello. De blancos pies. Giraba. Del otro lado. Superpuesto a sí mismo. Era rubio. Estaba desnudo. Con un pañuelo blanco. Volvía a gritar. “¡Azúcar!” —Le gritaban. Reía. Llevaba pulseras de oro. Menos brillantes que sus ojos.

No supo que la nieve se detuvo. Riachuelos de fango agrietaban el mantel blanco, lo estrujaban en las alcantarillas. Hubo sol. Pasaron otra vez, llenos, rechinando en los raíles, echando chispas, los tranvías. El río corrió. Se soltaron los barcos.

(Conversaban, en los parques, los viejos.)

Entonces atravesaron la plaza las Fieles, las Parcas. Lo fueron recogiendo, buscando en el fanguero. Pedazo a pedazo Lo envolvían en un paño, con amor, con cuidado. Se volvieron, apresuradas.

Ya iban alcanzando los portales cuando, desde los helicópteros, llovió la balacera.

París, marzo de 1965

NOTA

Tres culturas se han superpuesto para constituir la cubana —española, africana y china—; tres ficciones que aluden a ellas constituyen este libro.

A esas fábulas son comunes tres personajes —o temas—: Mortal, español rubio, de habla castiza, que detenta los atributos, siempre inciertos, del

poder; Auxilio y Socorro, también llamadas las Floridas, las Siempre Presentes, las Siamesas, las Divinas, las Sedientas, las Majas... las Parcas. (A ellas va a unirse accidentalmente una tercera hermana: Clemencia.)

En la primera narración —*Junto al Río de Cenizas de Rosa*—, Mortal Pérez es un viejo general lujurioso que persigue la imagen de Flor de Loto, cantante —cree él— de la Ópera del Barrio Chino. Aquí todo es mirada, contemplación, realidad evanescente. Si en verdad Flor de Loto es una impostura pintarrajeada, Auxilio y Socorro están dotadas (y abusan) del poder de la metamorfosis: coristas de la Ópera, y ramerías de ocasión, van a hacer proliferar sus cabezas, brazos armados y piernas para asustar al general —Orquestica Sivaica—. Será luz, ausencia de luz. En un café cantante coexistirán con sus mutaciones. La “yerba” —haschisch— y el “azúcar blanca” —cocaína— que distribuye Carita de Dragón, alucinan este ámbito de artes simétricas: Pintura y Tortura.

En *La Dolores Rondón*, Mortal no es más que un político de subrayada oratoria en sus etapas de concejal, aspirante a senador, senador y senador depuesto. Pero esas altas y bajas marcan la vida de Dolores Rondón, mulata camagüeyana. Este relato —sonoridad, acción: teatro— elucida una décima grabada en una lápida del cementerio de Camagüey. Como única obra, la escribió Dolores Rondón para su epitafio. El sainete, en diez “momentos”, respeta el orden de los versos (no el cronológico) y las exigencias de su género.

En *La Entrada de Cristo en La Habana* Mortal es un joven amante ausente que va a metaforizarse en Cristo. Auxilio y Socorro lo buscan; el deseo de Mortal que las aqueja va a convertirse en sed de vida eterna. Las dos mujeres ilustrarían aquí dos vertientes de la hispanidad —en el tapiz, la Fe y la Práctica—, opuestos que imán tan los continuos virajes del texto: si el comienzo evoca cierta fastuosidad, Zurbarán, pronto aparecen las *vanidades*, Valdés Leal; si Socorro quijotiza, Auxilio es un refranero sanchesco. Con un Cristo de madera y con el Bruno —en el tapiz, el Príncipe y el invitado, Hipo— ambas van a peregrinar a lo largo de Cuba. A la corrupción de esa madera corresponde la del tiempo, la del contexto: anacronismos cada vez mayores, superposición al cubano de otros paisajes, reiteración e irrealidad de la nieve.

El *Curriculum Cubense* es la presentación de los personajes. Auxilio se conduce torpemente en el selfservice y la descripción delirante de sus fotos, que reparte a los presentes, no basta para imponer otra imagen de ella. Socorro, por su parte, vuelve frustrada de su visita a la Casa de Dios. En la *Domus Dei*, el que busca “brilla por su ausencia”. Ambas quieren desaparecer, ser otras: de ahí la incesante transformación, la abundancia de afeites, de artificios.

El general desea a Flor de Loto; Dolores desea el poder; Auxilio y Socorro el cuerpo de un hombre, la salvación del alma. Este hombre es el mismo, estos mundos se atraen, van a fundirse, se reflejan: en medio de la Orquestica Sivaica aparece un altar yoruba, en la recepción de Cristo en La Habana un decorado chino. Los monólogos de Dolores subrayan este espejeo.

Entre sus figuras constantes, a lo largo de los siglos, la Retórica ha catalogado la *excusatio propter infirmitatem*, esa confesión de modestia, de incapacidad ante el tema a tratar, que debe preceder todo discurso. No la utilizo aquí (aunque esta denegación sea una de sus formas): la impertinencia de las páginas que preceden la declaran por mí, de sobra.

notes

Notas a pie de página

¹ Adaptación de un poema de Mutanabbí (915-965) número 175, wafir, nun, traducción de Emilio García Gómez.

² Sed de leche de camella, que sintieron los antiguos árabes.

³ Medina-Az-Zahara, cerca de Córdoba, palacio construido en 936 por Adb Er Rahman Anasir III para su favorita Azahara.

⁴ Verso de Ben Guzmán, siglo XII.

⁵ En esto, y en mucho más, que San Juan me perdone.

⁶ Colón.

⁷ Delicia fonética que no falta en ningún opúsculo cubano, desde el *Espejo de paciencia* —1608— hasta nuestros días.

Table of Contents

CURRICULUM CUBENSE

JUNTO AL RÍO DE CENIZAS DE ROSA

LA DOLORES RONDÓN

LA ENTRADA DE CRISTO EN LA HABANA

NOTA

Notas a pie de página

